

Franz García de Paredes

**Panamá:**  
**cuentos escogidos**

---





## Prólogo

FRANZ GARCÍA DE PAREDES

El cuento panameño se configura como expresión literaria autónoma, una vez que se despoja de sus semejanzas y diferencias con las otras formas narrativas breves procedentes del costumbrismo romántico de las letras hispánicas, tales como “el artículo de costumbres”, “las tradiciones” y “las memorias o recuerdos”. Es por ello que el cuento panameño propiamente tal aparece con la generación modernista<sup>1</sup>, y constituye su aportación literaria más importante a la literatura panameña. De esta generación sobresalen dos cuentistas: Darío Herrera y Salomón Ponce Aguilera. Darío Herrera es el primer panameño en publicar un libro de cuentos: *Horas lejanas* (1903). Es el narrador más representativo de su generación y uno de los más destacados del modernismo hispanoamericano. En su oficio de cuentista confluyen todos los aciertos y excesos del modernismo (cosmopolitismo, exotismo, evasión, etc.) Por su parte, Salomón Ponce Aguilera, aunque modernista por situación generacional, no asume del todo las preferencias de su generación, expresándose siempre en un costumbrismo rezagado, lo que le resta a sus relatos valor representativo.

---

1. He tratado de captar en esta nota introductoria el proceso empírico de la evolución del cuento panameño a través de una sucesión de generaciones, tal como las ordena Cedomil Goic en sus estudios de la novela chilena e hispanoamericana, sin el rigor y sistematización con que la emplea el estudioso chileno. Ver *La novela chilena: los mitos degradados*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968, e *Historia de la novela hispanoamericana*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, 1972.

La generación siguiente, la mundonovista, que reacciona contra el cosmopolitismo y el exotismo de la generación modernista está representada en la evolución del cuento panameño por Ricardo Miró, la cifra más alta de la poesía panameña, y a quien se deben algunos relatos de corte ruralista con algunas notas características del americanismo y nacionalismo literarios que propugna esta generación. Es obvio, sin embargo, que el peso de su producción poética le restó importancia a su labor de cuentista que, a pesar de todo, no deja de tener sus méritos literarios.

Después del matizado mundonovismo de Ricardo Miró se manifiesta en la narrativa panameña un grupo de escritores dispuestos a continuar la brecha abierta por él, cultivando una literatura vernácula de escaso vuelo imaginativo. Este programa de exaltar el campo como expresión del alma nacional, expuesto por Ignacio de J. Valdés Jr. en el prólogo de sus *Cuentos de la ciudad y el campo* (1928), fue seguido por algunos de sus coetáneos, entre ellos José E. Huertas, José María Núñez y como brotes más tardíos Moisés Castillo, Lucas Bárcena, Graciela Rojas Sucre y Gil Blas Tejeira. Las ambiciones del grupo plasmadas en el prólogo de Valdés Jr. no fueron, sin embargo, más allá de un costumbrismo superficial carente de intención social.

Con la aparición de “El sueño de Serafín del Carmen” (1931), primer cuento de Rogelio Sinán, se manifiesta una tendencia estética de claro signo renovador que reacciona contra el realismo imperante. Rodrigo Miró califica esta nueva tendencia como “Empresa esteticista que trata de universalizar nuestro ambiente literario, renovando la técnica y ensanchando horizontes”.<sup>2</sup>

Los escritores más representativos de la primera generación de esta tendencia, y a la que le corresponde romper con el realismo mimético de la tradición realista en el cuento panameño, son: Rogelio Sinán, Roque Javier Laurenza y Manuel Ferrer Valdés. El primero es, sin lugar a dudas, el más importante y, como se sabe, uno de los cuentistas más celebrados de Panamá y del continente americano. Su obra narrativa se distingue por su poderosa imaginación, su amplia cultura litera-

---

<sup>2</sup> *El cuento en Panamá*. Introducción, selección y bibliografía, Panamá, 1950.

ria y su gran dominio de la técnica y lenguaje narrativo. Laurenza es, al igual que Sinán, un escritor de enormes recursos narrativos, aunque menos original que éste. Lamentablemente Laurenza sacrificó su talento creador en la persecución de actividades ajenas a la literatura. Ferrer Valdés, el más joven de la trilogía, aunque alejado del experimentalismo surrealista de Sinán y Laurenza, continuó en el rumbo trazado por ellos, contribuyendo a afianzar las tendencias estéticas del momento.

Pero fiel a la constante secular de nuestras letras, no demora en reaparecer, con la generación siguiente, una tendencia regionalista que, sin rechazar las innovaciones formales que trajo el surrealismo de la generación anterior, propone la representación de un mundo polarizado en oposiciones de clase que tienen su base en desigualdades económicas, políticas y sociales, postulando desde nuevas perspectivas ideológicas, una extensión de los criterios mundonovistas del americanismo y nacionalismo literarios. Los cuentistas de esta generación son: César A. Candanedo, José María Sánchez Borbón y Mario Augusto Rodríguez. Paralela a esta tendencia hay otra más latente que mantiene sus lazos con la generación anterior. Aquí destacan Renato Ozores, Juan O. Díaz Lewis y Tobías Díaz Blaitry. De los regionalistas, el más destacado es José María Sánchez Borbón. Sus vigorosos cuentos ambientados en su región natal de Bocas del Toro, en los que la violencia del paisaje y las dramáticas circunstancias que agobian a una población multiétnica, se nos presentan a través de un realismo que no desecha las contribuciones de la generación anterior. En Candanedo, sus cuentos de ambiente daríenita y chiricano proyectan un realismo testimonial y descriptivo. Mario Augusto Rodríguez, por su parte, cultiva en sus cuentos una prosa de más subido valor poético que la de sus compañeros de generación, pero más limitada en la visión del paisaje y sus circunstancias.

Una vez que la veta regionalista empieza a agotarse, los escritores de una nueva generación se dan a conocer. Estos escritores se definen por un irrealismo que busca alejarse de la representación realista del mundo en favor de la apariencia, la ilusión y lo fantástico. Entre los cuentistas más notables de esta tendencia irrealista se cuentan: Ramón

H. Jurado, Carlos Francisco Chang Marín y Boris Zachrisson. En el caso particular de Chang Marín, las preferencias literarias de su generación se muestran un tanto débiles, pero es obvio que el componente irrealista está presente en sus cuentos, a pesar de su postura de escritor comprometido. Por su parte, Jurado y Zachrisson testimonian los rasgos más sobresalientes del sistema de preferencia de esta generación en donde la ilusión y lo fantástico aportan las notas más características del mundo narrado.

La última generación de cuentistas panameños que aquí se estudian, lejos de caracterizarse por ciertos rasgos comunes como sucede con otras generaciones, manifiesta una renovada conciencia de la literatura y del género. Supone, en todo caso, la liberación de los modos de representación tradicionales y esta formada por: Ernesto Endara, Eustorgio Chong Ruiz, Justo Arroyo, Pedro Rivera, Dimas Lidio Pittí, Rosa María Britton, Enrique Jaramillo Levy, Enrique Chuez, Roberto Luzcando, Moravia Ochoa López, Berta Alicia Peralta y Giovana Benedetti.

Después de esa última generación han aparecido, como es natural, nuevos nombres en el panorama del cuento panameño que merecen destacarse: Isis Tejeira, Héctor Rodríguez, Beatriz Valdés Escoffery, Claudio de Castro, Juan Antonio Gómez, Julia Regales de Wolfschoon, Félix Armando Quirós, Antonio Paredes, Rafael Ruiloba y otros muchos que sería imposible enumerar por razones de espacio.

Esta antología requiere una explicación con el fin de señalar algunos problemas en la compilación del material. Es por ello que el limitado número de autores representados, así como la brevedad de las notas biográficas y bibliográficas obedece más que a un criterio personal a normas dadas por los editores. A pesar de estas limitaciones, nos hemos propuesto brindar, a través de los autores seleccionados, un panorama que refleje lo más fielmente posible la evolución del cuento panameño. Es obvio que el lector avisado echará de menos algunas figuras consagradas. Tal omisión, demás está decirlo, no disminuye ni un ápice sus valiosas contribuciones al género.

Darío Herrera

## La nueva Leda

La tarde está linda, mamá; hoy no siento fatiga, no he tosido desde esta mañana... ¿Ves? Respiro muy bien, y creo que pronto estaré bien. Déjeme ir a Palermo: no es día de corso y el paseo me pondrá mejor... te lo aseguro.

La madre contempló a la hija con su angustiada mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demacración terrosa del rostro de la joven, aparecía difundida una leve aurora; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada animación, cual si en aquel organismo, corroído por la tisis, comenzara a realizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fue concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoroso tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluido mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral, sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo, impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva, e imprimía a sus músculos agilidad y fuerza... Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar a su lado a alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas, hacía varios años. El mal se le inició durante el paso peligroso de la infancia a la pubertad, y su manifestación más significativa fue una melancolía constante, que la retrajo de

---

DARÍO HERRERA (1870-1914), obra: *Horas lejanas* (1903) y *Horas Lejanas y otros cuentos* (1970).

todo trato social. No se la veía desde la época en que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedora belleza. Así atravesó en su victoria, inadvertida, por entre los concurrentes de Palermo, y fue a situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina...

Y en la tarde declinante, el lago esplendía como un espejo, en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejeaba en el vacío, y descendía a posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos e intermitentes, llegaban el ruido de los carruajes, el rielar de las bicicletas, o el murmullo de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un momento, recobraba su imperio; y entonces, vibraba más claro y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua; y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improviso, en un recodo del lago, muy cerca surgieron dos cisnes; avanzaron, e inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; el otro negro como el terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes... Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, perezosa, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta, furtivamente, le extrajera de los pulmones dosis de aire. El cisne negro la entristecía sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuorio, y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia sus ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando años antes viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en París, o en Roma, o en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían

bañadas en una luz blonda. El cuello del ave se estiraba hasta el rostro, y su pico posábase en la boca audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos... Aquel cuadro, mirado con indiferencia infantil había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña; y de su estado latente pasaba ahora a evocación activa cristalizándose, lleno de revelaciones...“¡Qué dulzura suprema —pensaba Julia— la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro...!”

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió a recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas le detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquier otra parte. Sin embargo, y a pesar del abrigo, un escalofrío más recio le frotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienas adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía violentamente; pero, el dolor escapaba a su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluida de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo... Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidieron, perdiendo sus perfiles y contornos. Luego se borraron, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos sólo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era anormal. Así lo comprendió Julia. Diose también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso a casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa, y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta a toda acción física, cerró, resignada, los ojos al peso insostenible de los párpados... Entonces, a través de ellos —cual si fueran substancia translúcida— vio operarse

una como representación teatral, en la que, a un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejando una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero, a ratos, colábanse por entre ellos hilos finísimos de un líquido más denso, un líquido congelante, a cuyo roce el cuerpo le tiraba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol enorme, níveo, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera; y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en la joven jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centrípetos. Verificaba la aproximación de espacio, en silencio. A medida que se acercaba, engrandecía, abillantándose su blancura, hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto a ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provocándole una transpiración copiosa. Enseguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendieron y empezaron a abanicarla rítmicamente... Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera ofensivos; antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco a poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire removido por aquel inmenso abanico carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fue odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar delante de los ojos de ella —de nuevo abiertos, casi exorbitados— alargó los brazos para asírsele; para, a su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle con todo su sufrimiento...

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: su mano se agitaba en el espacio persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasquea, siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en zigzaguar

tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin cansada abatió los brazos, recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa víbora blanca —la cual, después de oscilar burlona ante su vista, le reanudaba en los labios la horrible succión del aliento— convirtió los ojos a lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aquella techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así erguida, el malestar interno seguía su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, trasmutando el aire, enviándoselo en ondas crecientes de gas asfixiador. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío...

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura la obligó a bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva... La mirada agresiva dardeándola con sus pupilas fosfóreas en centelleos malignos. Luego, el pico volvió a penetrarle por el seno izquierdo, taladrándose, y empezó, dentro, a hurgarle en el pulmón, a mordérselo, a desgarrárselo, deshilachándose fibra por fibra con parsimonia feroz. El suplicio de ella era horroroso, y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia...

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura, cuando de ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, a la vez, lúgubre y espléndido. Y a su presencia, el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante... “Éste viene a seguir más cruelmente la obra del otro” —se dijo Julia, desesperada. Pero ¡oh prodigio! el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternales, con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron, y la arparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella comunión de su cuerpo, infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anestesiaba el

Rogelio Sinán

## La boina roja

—**M**ire, doctor Paul Ecker, su silencio no corresponde en nada a la buena voluntad que hemos tenido en su caso. Debe usted comprender que la justicia requiere hechos concretos. No me puedo explicar la pertinacia que pone en su mutismo.

Paul Ecker clava sus ojos verdes en el vacío. Siente calor. Transpira. Las pausas isocrónicas de un gran ventilador le envían a ratos un airecillo tenue que juguetea un instante con las rojizas hebras de su barba.

*(...Allá en la islita no hacía tanto calor. Era agradable sentarse en los peñascos a la orilla del mar.. Hundir los ojos en la vasta movilidad oceánica... Ver cómo se divierten los raudos tiburones... Y sentir la caricia del viento que te echa al rostro la espuma de las olas...)*

—Hemos tenido, doctor, no sólo en cuenta el merecido prestigio de que goza como biólogo y médico sino también las múltiples demandas de clemencia enviadas por hombres celeberrimos, por universidades, academias, museos... ¡Vea qué arsenal de cartas!... De Londres, Buenos Aires, Estocolmo, París... Ésta de Francia nos hace recordar que dos años antes tuvo usted el honor de presidir el Gran Congreso Mundial de Ictiología que se reunió en La Sorbonne ... ¿Recuerda?... Menos mal que sonrío.

(¡La Sorbonne!... Sí, allí la conoció ... Tenía el aspecto de una inocente colegiala pero ¡qué embrujadora!... Lo que más lo sedujo fue su faldita corta azul marino y aquella boina roja levemente ladeada sobre una sien...

---

ROGELIO SINÁN (1902-1994), obra: *A la orilla de las estatuas maduras* (1946); *Dos aventuras en el Lejano Oriente* (1947); *La boina roja y cinco cuentos* (1954); *Los pájaros del sueño* (1957); *Cuna Común* (1963) y *Cuentos de Rogelio Sinán* (1971).

*“Sólo quiero su autógrafo —le dijo—. Yo me llamo Linda Olsen y estudio en La Sorbona. Me interesan las ciencias. Quisiera hacer prodigios como Madame Curie... ¿De qué Estado es usted? Yo soy de Atlanta.”)*

Paul Ecker se estremece sin saber definir si es por el aire de los ventiladores o por otras mil causas que procura olvidar sin conseguirlo.

El funcionario prosigue:

—En estas cartas nos ruegan ser clementes... Nos mencionan sus recientes estudios sobre diversos temas de ictiología y, asimismo, como dice John Hamilton, por la gran importancia de su *Memoria sobre la vida erótica de los peces* en la cual relaciona con las fases lunares los cambios de color que, durante el desove, sufren ciertas especies.

*(...Por culpa de John Hamilton se la encontró de nuevo en Pensilvania... ¿No me recuerda ya? ¡Soy Linda Olsen, la de la boina roja!.. ¡Qué memoria la suya, doctor Ecker! Claro, como no llevo mi casquete purpúreo ni la faldita azul... ¿Qué tal me veo con lentes? Parezco gente seria, ¿verdad? Tal vez por eso no me ha reconocido... jamás olvidaré nuestros paseos en París... ¿Recuerda, en el otoño, cómo caían las hojas?... ¿Y el paseo vespertino en las barcazas del Sena? ¿Y aquella tarde alegre en lo más alto de la Tour Eiffel? Tengo en casa la foto, ¿ya recuerda?... Bueno, doctor, no quiero fastidiarlo... Le debo declarar de todos modos que este encuentro no ha sido casual.. He venido a buscarlo porque en la prensa he visto que el Instituto de Piscicultura lo envió a estudiar los peces del Archipiélago de Las Perlas cerca de Panamá... ¡Qué maravilla!... ¡Pasar un año entero disfrutando del Trópico, del mar, del sol, del aire, libremente y en íntimo contacto con la Naturaleza!... ¡Tiene usted que llevarme!... Es necesario que yo sea su asistente... ¡Doctor, se lo suplico!... Vea que tengo razones para hacerle este ruego ... Ya estoy desesperada... Mire si no: usted sabe que me gradué en Paris... Bueno, de nada me ha valido todo eso. Todavía ando cesante... ¡Sí, sí, no he de negarle que recibí una oferta de John Hamilton! ¡Qué ofensa! ¿Se imagina? Yo, asistente de un hombre de color.. ¡Oh, sí!... Todo lo célebre que usted quiera llamarlo... Ni me lo diga... Yo sé que es candidato al Premio*

*Nobel.. ¡Sí, sí!... Pero aun así.. Usted comprende, doctor..)*

El juez respira incómodo. Se enjuga la calva con el humedecido pañuelo. Y, haciendo mil esfuerzos por conservar la calma, declara:

—Todo ello nos obliga a ser un tanto indulgentes... pero necesitamos saber de todos modos el paradero de Miss Olsen... Cuando lo hallaron a usted sobre la playa de Saboga, parecía enajenado... Llevaba en la cabeza la boina roja de ella... Su ropa, hecha jirones, daba a entender su lucha con las olas entre los arrecifes... Tenía además las manos y los pies rasguñados. La sangre de una herida más honda había manchado parte de la camisa... A medida que fue recuperando su lucidez mental daba diversos y hasta contradictorios detalles del siniestro lo cual fue buen estímulo para que los marineros de la Base imaginaran e hicieran circular las más extrañas versiones del suceso... Unos, al ver deshecha la pequeña chalupa, pensaron que iba usted con Miss Olsen cuando lo sorprendió la tempestad... Otros, por ciertos datos inconexos que usted dejó entrever, supusieron que usted había empujado a Miss Olsen entre los tiburones... Hubo quienes creyeron lo del suicidio por no sé qué percance sentimental...

*(...¿ Cómo iba a asesinarla? ¿ Suicidio? ¡Ni pensarlo! Las causas y los hechos eran muy diferentes; pero ¿cómo decirlos sin despertar la duda de que fuesen producto del desvarío causado por el naufragio?... Todavía le quedaba en los oídos la escalofriante risa de la haitiana y aún parecía oír sobre las olas el canto de Linda Olsen tremolando como una banderola ... )*

—Por eso decidimos celebrar esta audiencia preliminar muy en privado. Sólo estarán presentes las personas estrictamente necesarias y eso cuando hagan falta. No le hemos dado pase ni a los señores de la prensa. Usted comprende sería un gran desprestigio para la ciencia. Y así nos lo ha advertido por cable cifrado el Instituto de Piscicultura... Aún de Washington se recibió un mensaje en el que insisten sobre la discreción que este proceso requiere tratándose de una celebridad como usted... Sin embargo, no debemos negar que ciertos trámites de obligada rutina... Oh, tan sólo para cubrir las apariencias... Ya que, según lo han confirmado sus colegas de la Universidad, no existe indicio algu-

no que no dé fe absoluta de su inocencia... De todos modos, usted debe ayudarnos... ¿Por qué motivo insiste en su rotundo silencio? Yo no podría eximirlo de rendir declaración de los hechos... La ley lo exige, mi querido doctor... Mire, para ayudarlo, le voy a refrescar la memoria... Hace un año, tal vez un año y medio, llegó usted a la Base Militar de Saboga con buenas credenciales y en compañía de su asistente Linda Olsen... Iba usted a explorar todas las costas del Archipiélago y a seguir estudiando, como dice esta nota del Instituto, "...la época de la freza en ciertos peces de desove heteróclito, como también la ovulación de las hembras denominadas partenogenéticas..." El Comando Militar de la Base le prestó la más franca cooperación... Se le asignó, para uso exclusivo de usted y su asistente una lancha a motor y dos adjuntos un maquinista de raza afrodinense, Joe Ward, y un marinero blanco, Ben Parker...

*(...Paul Ecker se contempla a sí mismo en la Base Militar de Saboga. El Comandante los recibió cordial y se mostró festivo con Miss Olsen que lucía nuevamente su boina roja. "Se va usted a aburrir en ese islote" —le dijo. Sorprendida, Miss Olsen le preguntó a su vez: "—¿Es que no vamos a residir aquí?" "Y él yendo hacia la puerta, contestó: "—No, señores. Vengan conmigo al porche". Y señalándoles un islote cercano, agregó: "—¿Ven esa ínsula con varios farallones? Es allí donde está el laboratorio. Las investigaciones las inició Frank Russell, pero como era médico militar, no hace mucho se embarcó para el Asia. Yo mismo sugerí la conveniencia de traer a un civil. Les aseguro que van a estar ustedes muy cómodos. Verán en el islote una cabaña debidamente equipada. La asea Yeya, una haitiana, que cuida las gallinas y cultiva la tierra. Es vejancona. Le dicen "la Vudú". Habla una jerga rara, pero entiende el inglés. Ella verá la forma de que nada les falte. Si aún necesitan algo, pueden mandarme a Joe. Es buen muchacho. Vivirá con ustedes y les será muy útil. No hay nada que él no sepa. Es cocinero, mecánico, marino y hasta —¡asómbrense!— gran tocador de banjo. Ben Parker es un buen ayudante y toca armónica. Es aparcerero de Joe. Siempre andan juntos...)*

El funcionario mueve su corpulencia provocando un discordante

chirriar de muelles flojos y de piezas gastadas.

—No sé por qué motivo, al poco tiempo, usted mismo solicitó el retiro de ambos jóvenes, ¿no es así?

El doctor Ecker sufre un ligero estremecimiento. Mira al juez, suplicante. Y, moviendo en el aire entrambas manos con gesto de impaciencia, declara:

—Hay circunstancias en las que...¿Sabe usted?... Es tan complejo todo esto que... Para explicar los hechos y evocar claramente la pura realidad sería preciso acusar a personas que a lo mejor son inocentes...

—Si hay fe de esa inocencia, no las complica usted en absoluto ... Y, además, ya le he dicho que esta causa la estamos ventilando con la más rigurosa reserva... Puede estar bien seguro de que nada de lo que aquí se diga saldrá de este recinto. Prosiga usted.

—Nuestros primeros días en el islote fueron de una belleza inexpressable... La casa era muy cómoda... Mientras la vieja la arreglaba y atendía a la cocina, Linda, los muchachos y yo, deambulábamos de roquedo en roquedo reconociendo las encantadas costas... No podría describirle la sensación de magia que iba sobrecogiéndonos en aquel tibio ambiente de luz, color y trinos... Yo, pecador de mí, perdía mi tiempo, si así puede decirse, entusiasmado por múltiples hallazgos de índole puramente científica. Ben y Joe, los dos jóvenes, tenían que acompañarme cargando mis enseres... Aquello, al parecer, los distraía; pero, ella, en pleno goce de su explosiva adolescencia, languidecía de hastío... A veces nos seguía coleccionando conchas y caracoles, pero más le agradaba vagar entre los árboles. Y era que, sin nosotros, no quería estar en casa, porque sentía no sé qué desconfianza contra la vieja... Era más bien como una especie de repulsión, de asco, de vago presentimiento. Por las tardes, después de las labores, yo solía dar con ella largos paseos románticos... Debo advertirle que jamás pensé en la posibilidad de un idilio. Hubiera sido ridículo, ¿comprende usted?... Mi edad y la misión que fungía me daban cierto tono de tutor frente a ella... De modo que por ética profesional y, sobre todo, por mi constante razón de estar en éxtasis, abstraído, embebido, no podía darse aquello...

Ecker reprime un gesto que deja traslucir una ligera aflicción.

El funcionario comprende que ha presionado un punto neurálgico. Casi inconscientemente oprime un timbre.

—Descanse usted, doctor.

Y, al entrar el ujier, se enjuga el rostro mientras le dice:

—Tráiganos agua fresca.

El doctor Ecker vuelve a clavar sus ojos en la verde lejanía del recuerdo.

¿Cómo hacerle entender a aquel obeso señor de piel viscosa lo que fue para ellos el farallón?... ¿De qué modo hacerle inferir que aquello tenía cierto epicúreo, sabor de égloga antigua, de pastoral pagana, de bucólica sinfonía tropical?...

*(...Trastornado por la naturaleza alegre de la isla, enceguecido por la gran soledad que lo rodeaba frente al mar y el cielo, y obsesionado por el jovial efluvio de Linda Olsen, Paul Ecker despertó como a un mundo jamás imaginado, sufrió una especie de mágica metamorfosis, y, al dejar la crisálida que lo hacía parecer severamente científico, sintió de sopetón el estallido solar y la excitante fragancia de las olas... En vano resultaba que, tratando de aferrarse a la ciencia, procurara esconderse entre las celdas de sus razonamientos... Cuando más concentrado analizaba ciertos epifenómenos como el de las anguilas que cambian de color durante el celo o cuando iba a sacar la conclusión de que las glándulas hipófisis rezuman las hormonas... oía la voz de Linda que, subida a los árboles o hundida entre las olas le dejaba entrever su boina roja... Recordaba Paul Ecker varios acantilados en forma de escalones donde dejaba el mar pequeñas pozas que Miss Olsen usaba para bañarse... Una vez cayó en una de la que no podía salir porque los bordes estaban resbalosos... Él escuchó sus gritos y, pensando en Andrómeda atacada por el monstruo, se lanzó a rescatarla... La tuvo que sacar así desnuda —¡maldita timidez!— tras mil esfuerzos y graves resbalones... Esa noche Linda Olsen hizo bromas y rió bajo la luna poniendo en entredicho su varonía. Hubo, claro, un instante en que la sangre se le encendió de pronto... Sintió que se iba hundiendo en un abismo profundo... Y esa noche fue Andrómeda quien*

*devoró a Perseo... Desde entonces...)*

Una golosa mosca queda presa en las alas del gran ventilador.

El mofletudo custodio de la ley se abanica.

—Se dice que Linda Olsen iba a tener un niño, ¿no es así?

—Desde luego

—Todo ello a consecuencia...

—¿De qué?

—De sus amores...

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, en definitiva, queda casi probado...

—Que el hijo no era mío.

—¡En que quedamos, mi querido doctor!

—Creo haberle dicho que Miss Olsen erraba de un lado para otro, rebosante de vida, plena de juventud, trastornada por los encantos mágicos de la isla. Yo no podía atenderla... Usted comprende... Yo estaba dedicado en cuerpo y alma a vigilar en las charcas y entre los arrecifes la heteróclita ovulación de los peces... Mis severas costumbres ponían entre nosotros una muralla rígida de austeridad...

(... Más allá de ese muro, todo era égloga bárbara, pagana libertad en la que él, lujurioso, saltaba como un sátiro tras una ninfa en celo...)

—¿Cómo se entiende entonces que Linda Olsen?...

—Déjeme usted decirle... Convencida de que yo no era el tipo que requerían sus veleidades de juventud, sonsacaba por turnos a Ben y a Joe con el pretexto de que la acompañasen a buscar frutas... Yo no veía en todo ello nada malo... Comprendía que eran cosas de adolescencia... Me pareció al principio que Miss Olsen se divertía flirteando con Ben Parker. Eso era lo normal dado su enojo contra la gente de color... En efecto, noté que Ben y Linda se perdían con frecuencia. Sin embargo, pude entrever que al poco tiempo Ben Parker la rehuía... Desde entonces (¡caso bien anormal!) ella buscaba a Joe para sus juegos y andanzas... Aquello parecía divertirla, pues la sentía reír de buena gana... También me sorprendió lo acicalado que andaba el negro Joe, quien, a la luz de la luna, solía entonar canciones quejumbrosas al son del banjo. Aún recuerdo una de ellas de indudable intención enamorada...

¡Qué bonita boina roja,  
la boina mía.  
Oh mar azur...  
Cuando la veo se me antoja  
una sandía  
de Carolina del Sur...!

Una tarde, lo recuerdo muy bien, yo examinaba al microscopio no sé qué tegumentos... Me estaba adormilando por causa del bochorno, cuando escuché los gritos de Miss Olsen. Pensé que a lo mejor la habría picado una coral o acaso una tarántula... Al asomarme atónito, la vi venir corriendo, desgredada, gritando... “¡Socorro! ¡Me ha violado!”... Noté que el negro Joe, loco de pánico descendía hacia la rada casi volando... Bajé por el barranco precipitadamente para pedirle explicaciones, pero él logró embarcarse, cuchicheó con Ben Parker, y ambos partieron en la lancha... Sin perder un minuto, subí hasta el promontorio para hacer las señales con el semáforo dando parte a la Base, pero lo sorprendente, lo increíble, fue que en ese momento Miss Olsen, muy sumisa y al parecer tranquilizada, se me acercó rogándome que por favor desistiera de dar la alarma... Me explicó que un escándalo podía perjudicarla... Prefería que el abuso quedara impune... Yo, que la había pensado toda plagada de prejuicios, sentí la más profunda veneración por ella; resolví defenderla, darle amparo y aun brindarle mi nombre, ya que su gesto para mí era un indicio de plena madurez y de cordura total... Desde esa tarde, viéndola acongojada, resolví distraerla y procuré interesarla nuevamente en los asuntos científicos que ella había abandonado no sé por qué...

—Perdone: ¿Ben y Joe no regresaron a la isla?

—No por cierto... Cuando fue el Comandante a investigar...

—¿Qué inventaron?

—Le habían hecho creer que yo deseaba estar solo. Desde luego, preferí confirmar esa versión... Y aún dije al Comandante que como ya era tiempo de la freza, prohibiera que sus hombres se aproximaran al

islote porque espantaban a los peces y hasta podían interrumpir el desove... Cuando él quiso insistir, le aseguré que la Vudú nos bastaba para los menesteres de la casa... Desde entonces, ya no hubo distracciones y nos dimos de lleno a los cultivos y a la atinada observación de las aguas... La haitiana vivía distante de nosotros, y poco la veíamos; sobre todo porque pasaba el tiempo pescando en alta mar. Navegaba en una frágil chalupa que parecía una nuez entre las olas... Fue entonces cuando Linda pareció darse cuenta de que en su vientre...

—¿El niño! ¿Era del negro entonces?

Sólo puedo decirle que era de ella. Yo iba a reconocerlo como si fuera mío, pero las cosas tomaron otro rumbo.

El doctor Ecker pone el oído atento. Cree escuchar a lejos un canto misterioso que parece surgir de entre las olas y siente nuevamente la infernal carcajada de la haitiana que lo persigue a todas horas.

El juez insiste:

—Y en resumidas cuentas, no estaba usted seguro de que el niño fuese suyo o del negro. Sé que hubo relaciones...

—Exactamente. Ella y yo... Usted comprende. De allí mi estado de ánimo, de duda. Sobre todo, porque existe en mi vida un precedente que me hacía presentir dificultades. Me refiero... No sé si ya le he hablado de mi primer divorcio por incapacidad genésica... Mi suegro, que era rico y muy dado a esas sonseras de alcurnia, deseaba a todo trance un nieto debidamente sano, robusto y fuerte que le heredase el nombre y la fortuna. Nació un niño, varón, pero tarado, contrahecho, deforme... Menos mal que sólo duró unas horas... Se estudió el historial clínico de mi gente y se encontró... Usted sabe... No hace falta insistir sobre estas cosas. Mi suegro me obligó a cederle el puesto a un semental de indubitable fecundia... A aquel fracaso inicial debo mis glorias en el campo científico... Conociendo el oprobio de mi destino, preferí refugiarme entre mis libros y me negué al deleite de una familia. ¿Por qué insistir, sabiendo que mis hijos nacerían defectuosos? Por eso, en el islote, procuré estar distante de Miss Olsen... Sin embargo, las cosas no suceden siempre según queremos. La soledad a veces nos precipita en brazos de la lujuria... Ocurrió pues aquello, y ella esperaba

un niño que suponía hijo mío, lleno de vida, rozagante y hermoso... Yo, que estaba inseguro de su paternidad, me angustiaba... Mi zozobra crecía a la par de aquello que iba a nacer... Era un dilema sin solución posible, pues si me ilusionaba creyéndolo hijo mío, pensaba en monstruos, en seres anormales, en fenómenos; y si lo presumía hijo del negro, ¡imagínese!... Una secreta esperanza me confortaba a veces al juzgar que, a lo mejor, aquel ambiente embellecido de la isla podía haber ejercido una influencia benéfica sobre la gestación de la criatura... Sólo por eso o a lo mejor llevado por mi interés científico, no quise deshacer lo dispuesto por la Naturaleza. Lo que más me aterraba era que Linda pudiese abandonarme al enterarse de mi fatalidad; por eso, puesto a escoger entre los dos alumbramientos posibles, yo prefería el del negro... Linda Olsen me pedía que la llevara a la Base para que la atendieran debidamente. Yo se lo prometía, pero estaba dispuesto a realizar yo mismo la operación en la isla, sin testigos odiosos, habiendo decidido adormecerla para que ella ignorara la realidad hasta el momento oportuno... Era tal mi impaciencia, que los días y los meses me parecían más lentos... Aún faltaban como siete semanas para la fecha justa, cuando me di a pensar que a lo mejor el cálculo estaba errado, ya que me parecían excesivos sus sufrimientos y la abultada tirantez de la piel... Olvidaba decirle que así como avanzaba el lapso genésico, Linda era presa de caprichos extraños... Le agradaba pasarse horas enteras sumergida en el mar; y a pesar de su estado casi monstruoso, obsceno, se negaba a usar malla alegando que no la resistía... A la hora de comer, daba señales de la más absoluta inapetencia... Sin embargo, después la sorprendía comiendo ostiones y otros mariscos, vivos... Aquella noche, los truenos y relámpagos habían sobrecogido a Linda Olsen. La veía horrorizada... Temía morir en la isla... Y, ya obcecada por los terrores de la muerte, llamaba a la haitiana para que la ayudara a bien morir... Yo me había dado cuenta de que la negra Vudú se dedicaba durante mis ausencias a prácticas ocultas para aliviarle a Linda los dolores... La tempestad rugía bajo las fuertes trallazos de la lluvia... Contorsionada sobre el lecho, la grávida gemía, atormentada por los desgarramientos más atroces... Yo, que ya enloquecía por la tensión de

mis nervios, preferí (no había otra escapatoria) precipitar aquello para salvar a Linda. De lo contrario, yo estaba bien seguro de que, aún faltando un mes, su organismo no podría resistir...Enfebrecido por la más angustiada desesperanza, me resolví a operar... La inyecté... Al poco rato le entró un sueño profundo... En ese estado como de duermevela nació por fin aquello. No quiero recordarlo... Era una cosa deforme, muerta, fofa ...Temiendo que Linda Olsen pudiera darse cuenta al despertarse, corrí bajo la noche aún tempestuosa y eché el engendro al mar; así borraba toda huella o vestigio de su fealdad. Desde entonces tengo los nervios rotos...

No debe preocuparse. Lo importante era salvar a Linda Olsen.

—Y la salvé en efecto, pero tuve el temor de que al saber la verdad me abandonara, y preferí inventarle la mentira de una criatura negra. “¿Dónde está? —me gritaba—. ¡Quiero verla!” No sabiendo mentirle, me enredé más y más hasta quedar frente a ella convertido en un vulgar asesino.

*(Paul Ecker se estremece.. Abre los ojos desmesuradamente como sobrecogido por una extraña visión. Cree oír de nuevo la carcajada de la haitiana y el misterioso canto del huracán. Ante sus ojos se extiende el mar inmenso, y le parece ver surgir de sus olas la cabeza de Linda con las pupilas fijas como en estado de trance. Sólo Paul Ecker oye su voz que dice:*

*—No me agradan los negros... No puedo remediarlo... Es algo que he llevado en la sangre desde pequeña. Son taras de familia que no es el caso discutir. Con todo y eso, confieso que Joe Ward no tuvo nada que ver con nuestro asunto... Si a alguien le cabe culpa es a mí...Yo te mentí, Paul Ecker, premeditadamente o por irreflexión momentánea... Mejor dicho, no hubo ficción alguna, más bien malentendido...Lo cierto es que el ambiente de la isla me hechizó transformándome, me hizo ver en mí misma a otra persona distinta de la de antes... Para mí, pobre víctima de las inhibiciones sociales, aquello era un milagro de libertad... Allí en la isla no había prejuicios que me ataran... Deshice mis cadenas y me sentí a mis anchas, con ganas de gritar, de hundirme íntegra en la embriaguez del ambiente. Todo en la isla me parecía un milagro*

*de la Naturaleza... Los colores del mar; el juego alegre de espumas y gaviotas; el canto de los pájaros; el brillo de la luz; la exuberancia de vida; la canícula; y el olor penetrante de la tierra después de la tormenta.*

*Todo hablaba de amor, todo era un himno pagano que me inundaba como en una vorágine lujuriosa, lasciva... Mi juventud ardía...*

*Mi cuerpo joven se deshacía en un delirio deslumbrado ...Por eso, en pleno goce de mis actos, retozaba descalza bajo la lluvia ... Quería ser una nota en el gran canto de la Naturaleza... ¡Con qué placer ansiaba vengarme de la vida dejada atrás...! Por eso me entregué sin preámbulos al rubio Parker ... Lo hice sencillamente, como lo hacen los pájaros y las aves del mar .. Aquello para Ben sólo fue un rato de ofuscación ... Pensó en las consecuencias y, aterrado, ya no quiso acercárseme .. Me huía... Yo, en cambio, lo deseaba sin compromiso alguno... Quería saciar mi sed, pues ya era tarde para frenar mi impulso. Y, decidida a dominar sus temores, dispuse darle celos coqueteando con Joe. No he de negar que, aunque siento repudio contra los negros, no probé desagrado sino más bien placer... Me causaban deleite las piruetas y las mil ocurrencias de Joe Ward... Joven fuerte, radiante, tenía los dientes blancos y reía con una risa atractiva... La atmósfera de la isla y la fragancia de la brisa yodada me lo hicieron mirar embellecido como un Apolo negro... Comencé a darme cuenta de que estaba en peligro de entregarme, pues ya me le insinuaba con insistencia... Él, viéndose deseado, fue cayendo en la urdimbre devoradora... Una tarde (Ben Parker lo esperaba en la lancha, pero Joe prefirió jugar conmigo) yo le tiraba frutas desde un árbol cuando de pronto me zumbó un abejorro... Asustada, quise bajar del tronco y resbalé .. Joe, acercándose, me recibió en sus brazos y me besó en la boca... Sentí como una especie de vórtice que me arrastraba... Ya a punto de caer, lancé un grito y huí aterrorizada... Cuando tú, Paul, saliste, tuve vergüenza de parecerte una chiquilla ridícula, e irreflexivamente grité como una histérica: “¡Socorro! ¡Me ha violado!”... ¡Pobre Joe!... Sobrecogido de pánico, se tiró cuesta abajo y, embarcándose, puso rumbo a la Base en compañía de Ben Parker. Luego, puestos*

*de acuerdo, no quisieron volver.. El negro dijo que había visto fantasmas en la isla... Seguramente lo que sí presintió fue la horca y el espectro de Lynch . La premura que tú pusiste en mi defensa y tus prolijos cuidados, aparte de tu oferta de matrimonio (que yo no comprendí a primera vista) me hicieron acercarme a tu vida, a tus estudios... Luego, al notar que iba a ser madre, me apresuré a aceptar tu propuesta matrimonial. Que el niño era de Parker, no había duda; pero eso qué importaba... Yo sabía que tú estabas embebecido... Me casaría contigo, y la criatura tendría un padre más digno que el rubio marinero... Cuando me puse grave... Recuerdo que esa noche llovía terriblemente... Brillaban mil relámpagos... Y me atemorizaban los truenos y el estruendo del mar... Después, no supe más... Al despertarme, ya era de madrugada... Pensé en mi hija... No sé por qué pensaba en una niña, con su carita linda y sus bracitos que yo le besaría... ¿Sería idéntica a Ben ?... Abrí los ojos... Me vi sola en la estancia... Pensé. “¿Qué será de Paul Ecker y de mi niña?...” Llamé. No hubo respuesta. De pronto oí tus pasos. Esperé ansiosa. Entraste... ¿Qué te pasaba? Te noté preocupado, las ropas húmedas, el semblante sombrío. “¡Pobre!” —pensé— seguramente se ha fatigado mucho”. Te acercaste a mi cuerpo con dulzura infinita; me besaste las sienes, me hablaste de tu oferta de matrimonio y aun me dijiste que ya faltaba poco para el viaje de vuelta a Filadelfia... Yo, desde luego, sólo insistía en mi anhelo de ver a la criatura, pero no me hacías caso... Seguías hablando como si nada... Cuando, ya recelosa, te insté a mostrármela, te vi tartamudear. Adujiste primero que hiciste lo imposible por salvarla. Después, compadecido, me dijiste que era una niña negra ... Aquel infundio me iluminó. Tuve la clara percepción del crimen ... Vi enseguida que habías matado a mi hija por celos de Ben Parker. Bien sabías que era de él.. ¡Asesinaste a mi niña, a mi pequeña criatura hermosa y bella!... ¡Asesino, asesino!...)*

El funcionario golpea impacientemente la mesa con un lápiz como para llamar la atención del acusado.

Luego, con gran paciencia, dictamina:

—La circunstancia del naufragio y a lo mejor los golpes recibidos

le han grabado los hechos, exagerándolos al punto de crearle en la conciencia un fastidioso complejo de culpa. Sin embargo, lo que hizo aquella noche es lo normal. ¿Quién va a acusarlo por no guardar un feto?... Lo que deseo saber son los motivos que lo obligaron a embarcarse en una frágil chalupa, bajo la tempestad, en compañía de Linda Olsen. Yo pensé que, creyéndose incapaz de operarla, quiso llevarla a todo trance a la Base; pero debió ser otra la razón, ¿no es así?

*(...¿Cómo explicarle al juez la gran verdad, si a medida que avanzaba hacia ella la creía menos real? Ya él mismo comenzaba a dudar de lo que había comprobado con sus manos en las que aún persistía la sensación del milagro. ¿Cómo hacerle entender sin prueba alguna que aquel raro prodigio no fue ilusión de sus sentidos? Paul Ecker sabe bien que si declara la verdad que él conoce, traerán a un alienista para que la examine. Sin embargo, sólo piensa en aquello... Esa noche, mientras la tempestad ponía su infierno de luces y de ruidos, él, deseando conocer la verdad y ya cansado de ver sufrir a Linda, resolvió adormecerla... En ese instante surgió el raro misterio... Vio una carita fina, muy tierna, sonrosada, y unos bracitos tersos impecables... Sintió un júbilo tal que estuvo a punto de descuidar el parto... Y ya anhelaba recibir en sus manos a la criatura para sentirla suya, perfecta y sana, cuando aquello saltó, dio un coletazo y rebotó sobre el lecho... Quedó paralizado, con la esperanza en éxtasis como si de su gesto dependiera la paz del mundo... Lo que bullía frente a él, sobre las sábanas, era un mito viviente: un pez rosado como un hermoso barbo, pero con torso humano, con bracitos inquietos y con una carita de querubín... Aquella cosa de rasgos femeninos tenía todo el aspecto de una sirena... Él las había admirado en obras de arte, en poemas... Todavía recordaba los divinos hexámetros de la Odisea; pero jamás pensó ni por asomo que una hija suya... ¡cáspita!. ¿Qué misteriosa génesis la originaba?... Recordó que, al marcharse Ben y Joe, es decir, cuando Linda recuperó a su lado la afición al estudio, una mañana, con las primeras luces, iban a darse un baño entre las rocas, cuando ella lo llamó haciéndole señas desde un pretil... La inquietud de sus gestos lo hizo entrever la magnitud del hallazgo... Se cubrió a la ligera*

*y, acercándosele, fueron ambos testigos, desde el reborde, de una escena de amor que era un poema de la Naturaleza... Nadaba entre las aguas un pez enorme de colores fastuosos... La nacarada bestia (notaron que era una hembra) se apoyó en sus aletas, dejó gotear sus huevos hacia el fondo arenoso y, la misión concluida, se retiró con suaves ondulaciones... Al poco rato, llegó el macho gallardo, nadó parsimonioso sobre la freza y, acomodándose con ritual ceremonia, fue cubriéndola con su rocío blancuzco... Satisfecho el instinto, se alejó muy orondo... La especie estaba a salvo... Deslumbrados por la pasión científica, Linda y él sumergiéronse para observar de cerca la ovulación... En mal momento los juntaba la ciencia... La impresión producida por lo que habían mirado, la tibieza del agua y el olor excitante de aquella mezcla... Sólo al Pensar en ello se le crispan los nervios... Fue un grito de la sangre que no pudieron sofocar.. Era el dictamen de la Naturaleza... Y sucumbieron entre aquella sustancia gelatinosa... Todo estaba muy claro: la pequeña Sirena con su piel sonrosada tenía ancestros oceánicos..... Era el connubio del pez y el ser humano... Sin embargo, la Pasión de la ciencia se impuso en él... Fue superior a su fracaso genésico... Y, olvidando la burla que le estaba jugando el destino, pensó en la trascendencia del acto en sí... Nada en el mundo tendría más importancia que aquel hecho científico. Su nombre volaría en alas del triunfo, de la fama, del genio...Las universidades le brindarían honores y condecoraciones...Y ya veía su nombre en los carteles, anunciando la gloria de Paul Ecker, cuando notó que la sirena perdía vitalidad y retardaba sus saltos poco a poco como lo hacen los peces sobre la playa... Comprendió que siendo el mar su elemento, no tardaría en morir fuera de él... Ya apenas susultaba y abría la boca, agonizante, poseída de asfixia en un esfuerzo final de vida o muerte... Oh, en ese instante, todo lo hubiera dado por salvarla... La recogió en sus brazos con el mayor esmero y, apresuradamente, corrió hacia el mar... Ya las primeras luces anunciaban la aurora y el huracán había cesado... Sólo seguía cayendo una llovizna suave, persistente... Se hundió en el agua casi hasta la cintura y en ella sumergió a la sirena con la ritualidad de quien impone el bautismo... Poco a poco la notó revivir. Y, al ver*

*que ya su cola abanicaba las aguas lánguidamente la dejó rebullirse para ver si nadaba. ¡Fue una absurda locura!... Nunca debió intentarlo... La sirena dio un coletazo fuerte, hizo un esguince y, aunque él quiso evitarlo, sumergióse fugaz... Aún percibió un instante sus relumbres entre la transparencia y, al perderla definitivamente, se quedó como en baba... Había dejado huir de entre sus manos la gloria, y había ocurrido todo con tal celeridad que aún Paul Ecker se imaginaba aquello cual jirones de nieblas entre el sueño... ¿Cómo explicarle a Linda aquel misterio? ¿Cómo hacerle creer lo que ya él mismo condenaba a la duda?)*

El juez insiste:

—Si había ocurrido todo ¿por qué desafió usted la tempestad en esa frágil chalupa con Miss Olsen? ¿No quiso resignarse a aceptar la realidad de los hechos?

—Pareció que en efecto se resignaba, que creía a pie juntillas lo que le dije... Yo me mostré solícito con ella e hice venir a la haitiana para que la cuidara. Había quedado muy débil y fue preciso restaurarla con tónicos y caídos... Cuando ya se sintió fortalecida, la acompañé unos días en sus paseos, y, como ya las lluvias iban cesando, proseguí mis estudios entre los arrecifes... Fue entonces cuando noté en Linda los trastornos que me pusieron en estado de alerta... Linda sufría una angustia cuyas causas no me sabía explicar... Le asediaban los fantasmas del mar en pesadillas nocturnas con sobresaltos... El mundo de los sueños era para ella un antro de tormentos del que se liberaba despertándose con alaridos de terror... No se atrevía a dormirse, pues se veía rodeada por monstruos pisciformes que danzaban en una extraña ronda de risas, cantos, espumas y coletazos...; una especie de carrusel proteico con ritmo acelerado en cuyo vórtice le parecía caer hasta ir hundiéndose en viscosas sustancias de frialdad tan intensa que le paralizaba las piernas... Yo tenía que frotárselas porque se le dormían y alegaba que eran un solo témpano de hielo... La vieja haitiana diagnosticaba que eso era de índole reumática debido a que Linda Olsen pasábase las horas sumergida en el mar, no tan sólo por el goce del baño sino que había insistido en su nauseante costumbre de alimentar-

se con moluscos vivientes... Esta rara manía que antes supuse antojo de gravidez llegó a acentuarse al punto de serme intolerable... Su gran voracidad no hacía distingos entre algas, y babosas... La vi engullir medusas a mordiscos con la fruición de quien deglute moldes de gelatina...

El funcionario no logra reprimir un gesto de asco.

Confundido, no sabe qué decir y explica:

—Por lo que veo tratábase de una extraña psicosis... Afortunadamente el psicoanálisis...

—¡No hay remedio mejor que el sol, el mar y el aire!... Lo grave es que el conflicto fue agudizándose con manifestaciones de terror...

—Motivado...

—Por un poder ignoto... Ella explicaba que se sentía atraída por un abismo de deleitables transparencias... Ese augurio de goces con posibilidades de agonía la ponía en trances contradictorios de repulsión y simpatía como ocurre con la inexperta adolescente que, sintiendo la seducción erótica, frena el deseo por miedo de la culpa... Esa idea nebulosa de su trastorno adquiría a veces la seductora forma de tritones que la inhibían cantando obscenidades cuando no retozaban con carcajadas ebrias... De allí su afán constante de chapalear entre las ondas tan intenso, que a veces levantábase del lecho, sonámbula, y, desnuda, se dirigía a la playa a grandes saltos... Estos diversos síntomas me fueron indicando su fatal propensión a convertirse en sirena... Tenía que darle alcance, despertarla y devolverla a su lecho... En ese estado de éxtasis me hablaba y razonaba sin percepción exacta de sus actos... Una noche me confesó que estaba enamorada del mar, y, seducida por él, aseguraba que llegaría el momento en que tendría que dársele definitivamente... Meditando sobre ello elucubré lo del Complejo de Glauco de que tanto se ha hablado en los periódicos... Debe usted recordar que ese héroe mítico comió de ciertas yerbas y se sintió atraído por el mar hasta el grado de no poder frenar su ciego impulso... El pobre no tuvo más remedio que sucumbir. Sumergido en sus ondas, las nereidas lo metamorfosearon en tritón o algo por el estilo... Yo, en mi tesis, traté de demostrar que tal complejo resulta frecuentísimo en nuestros días...

La extraña enfermedad se manifiesta en gradaciones diversas que van desde el ligero chapuzón deleitable hasta el suicidio fatal, cuando el ahogado, con los ojos abiertos, reposa al fin sobre algas que hacen las veces de mortaja...

El juez siente un ligero estremecimiento. El desagrado le hace expresar su encono:

—Si sabía que el conflicto podía llegar a excesos tan macabros, ¿porqué se descuidó, por qué motivo no puso usted reparo?... Pienso que lo acertado hubiera sido conducirla a la Base.

—¡Ni pensarlo!

—¿Por qué? ¿Quiere explicarse?

—Porque sencillamente Linda era para mí el único campo de experimentación. Oh, usted no sabe lo que eso significa para un científico... Yo deseaba sacar mis conclusiones sobre el nuevo complejo, lo cual hubiera sido imposible sin el debido estudio de su proceso evolutivo hasta hallarle solución terapéutica... Y aunque esa le parezca una razón egoísta, no era la única... Si me sentía capaz de mejorar a Linda Olsen, ¿cómo iba a darme por vencido?... Se habría clasificado como un fracaso de mi parte. Dejar que otros colegas atendiesen el caso me hubiera parecido un absurdo, ¿comprende?... Se habría venido abajo mi teoría del complejo. Por tal motivo...

—...No tuvo usted reparo en descuidar una vida...

—¡No! ¡Eso no! ¡Se lo juro! ¿Quién más capacitado que yo para atenderla, sobre todo cuando en el caso de ella yo no veía al paciente casual sino algo íntimamente ligado a mis afectos? Mi pasión por la ciencia no era tanta como para sacrificar a Linda Olsen. Muy a la inversa. Mi vida hubiera dado por su existencia... Yo deseaba curarla siguiendo un plan preestablecido... Lo malo es que nosotros, a veces, creamos síntomas jamás imaginados por el paciente... Con gran razón se ha dicho que las enfermedades las hemos inventado los médicos... En el caso de Linda me apasionó el complejo de Glauco a tal extremo que sólo hablaba de él. A lo mejor todo ello fue contraproducente.

—¿Qué insinúa usted con eso?

—No sé... Suposiciones... Tal vez fue mi insistencia lo que la hizo

pensar que era posible transformarse en sirena.

—Siga usted.

—En efecto, vi presentarse en ella síntomas parecidos a los de Glauco... Por ejemplo, noté que lo de la parálisis de sus piernas era, hasta cierto punto, ficticio, ya que podía moverlas... Se las imaginaba, eso sí, unidas como si algo invisible les impidiera su ritmo individual. A cada rato se las palpaba inquieta, pues tenía la impresión de que su piel iba adquiriendo características viscosas... No había duda de que el mal avanzaba sin que yo hubiera hallado su mejoría... Y era que meditando sobre las mismas causas que motivaron su dolencia, recordé que en la noche del parto lo que más la afectó fue el explosivo fragor del huracán. Los truenos y relámpagos, el bramido del mar y los silbidos del viento le infundieron la idea de un cataclismo final en el que todo se hundía... No era difícil, pues, imaginar que una impresión parecida podía serle benéfica... Por eso yo esperaba con verdadera vehemencia la borrasca... No sé por qué tardaba... Ya usted sabe que en las islas del Trópico son frecuentes las lluvias. El buen tiempo dura pocas semanas... Sin embargo, para desesperarme, no hubo días tan espléndidos como aquéllos... Con lo que yo pensaba que hasta los mismos elementos se oponían a mis planes... Y en verdad resultaba que cuando convenía la bonanza para estudiar la freza caían lluvias tan fuertes y torrenciales que enfangaban las aguas; y cuando me hacía falta un ciclón, no soplaba ni la más tenue brisa.

Viéndolo bien, la culpa no era suya —dice el juez—. Por lo que me ha contado, he podido inferir que, asimismo, Miss Olsen fue solamente víctima de la fatalidad... Si, como habrá observado, me interesan los hechos, no es porque abrigue dudas de su inocencia, sino por liberarlo del complejo de culpa que lo deprime. Prosiga usted, doctor.

—Posiblemente no le he contado todo con el orden debido, pero recuerdo un síntoma que aumentó mi zozobra. Una mañana me había alejado un poco entre los árboles con la idea de cazar, cuando empezó a llover y resolví regresar. Llegando al promontorio, me di cuenta de que era un simple amago, una garúa pasajera, y, distraído, me quedé contemplando el raudo vuelo de las gaviotas. De pronto vi a Linda Olsen, desnuda, dando saltos con rumbo hacia las olas... Me apresuré

a bajar para llevarla nuevamente a su lecho... La haitiana había salido con el mismo propósito, pero al ver las piruetas que en cada brinco hacía la enferma, se echó a reír con esa risa brutal característica de los negros. Al oírla, Linda Olsen dio muestras inmediatas de desagrado... Yo pensé que la burla podía ser un estímulo para que la paciente, sintiéndose en ridículo, dejase de saltar y utilizara normalmente sus piernas... Pensando en ello y además contagiado de hilaridad, me eché a reír también; de modo que Yeya y yo asediamos a Linda a carcajadas... Lo que yo había previsto no se produjo, pues sin poder frenarse, Linda perdió la calma, y proseguía dando saltos enfurecida; sintiéndose agotada y ya frenética se echó al suelo, gritando, poseída de un ataque de histeria... Me apresure a atenderla y, al acercármele, noté que se asfixiaba por falta de aire. No sé por qué pensé que lo más cuerdo sería llevarla al mar... Así lo hice, corriendo, y, al chapuzarla, me quedé sorprendido... Linda reía feliz como si nada y hacía raros esguinces... chapaleando con las piernas unidas. Ya no dudé que el mar siendo la causa, podía ser el remedio de su trastorno... Sólo hundiéndose en él podía salvarse, si era que en esa lucha no era el mar quien vencía hasta poseerla definitivamente... Y así fue en realidad...

—¿La risa de la haitiana no tuvo consecuencias desagradables?

—Creo que sí, por desgracia. Aquella burla fue una prueba nefasta. Como es de suponer, desde ese día Linda no soportó junto a ella a la Vudú. La estridencia de aquellas carcajadas había herido su sensibilidad de tal manera que las oía por todas partes: en el bramido del mar, en el susurro del viento y en el canto de las aves marinas. A veces despertaba y con las manos, se cubría los oídos para no oír la risa y un misterioso canto que la angustiaba sin poder definirlo ... Yo mismo, al despertarme para atenderla, creí una noche oír ... Usted comprende... Ya me sentía agotado... Recuerdo que al librarse de la atroz pesadilla me confesó que ya sentía muy próxima su repulsiva y total metamorfosis... Había soñado que se veía en el mar ya convertida en sirena y había experimentado lo que es tener las piernas transformadas en cola... “¡No quiero que eso ocurra!” —me decía.

“ ¡No me dejes! ”... Y se me echaba al cuello llorando... Al día si-

guiente, ya más tranquilizada, me hizo la confidencia más extraña... Con una leve sombra de picardía y sonrojo me dijo que había visto a un vigoroso tritón de largos rizos y espesa barba rubia como la mía... Al evocar el sueño se echó a reír alegre... Parece que el tritón le hizo la corte de manera brutal... La empujó hasta la playa sin miramiento alguno y allí la poseyó rudamente entre bufidos y mordiscos feroces. “Aún siento sus mordiscos por todo el cuerpo”, dijo.

El funcionario se abanica molesto y carraspea varias veces. Ecker prosigue:

—No sé por qué le cuento todo esto... Mejor es relatarle sin dilaciones el pavoroso desenlace... ¿Me permite beber un sorbo de agua?

—Desde luego, doctor.

Paul Ecker bebe.

—Entonces...

—El viento había cambiado, y el mar, ligeramente picado, era un seguro anuncio de que ya estaban próximas las lluvias... Parece que la atmósfera, cargada de corrientes magnéticas, excitó en esas noches a Linda Olsen hasta el punto de enfurecerla a cada instante. Quería salir a todo trance. “¡Tengo una cita con el mar!” —gritaba—... Yo estaba ya cansado y llamé a la haitiana para que me ayudara a cuidarla... Y así andaban las cosas cuando ocurrió la noche del vendaval... La lluvia le anunció con estruendosa demostración de truenos y relámpagos. Los silbidos del viento se mezclaban con los trallazos de las olas. Todo hacía suponer que se acercaba un pavoroso huracán... Yo observaba a Linda Olsen para ver los efectos que el fragor atmosférico le causaba... Y pude confirmar que mi diagnóstico estaba equivocado porque la vi calmarse y hasta pude observar que había olvidado lo de la rigidez de sus piernas... Al notarla dormida, consideré que había pasado la crisis, y viendo que la haitiana quería marcharse me atreví a licenciarla. “No hay peligro —le dije—, puedes irte”. La haitiana me explicó que su deseo de marcharse era porque la lancha se le estaba golpeando entre las rocas y deseaba sacarla de entre los arrecifes. Cuando cerró la puerta, me sentí tan cansado que me estiré en la hamaca y me dispuse a fumar... No creo que tuve tiempo de encender la pipa, pues me quedé

profundamente dormido...

Me despertó de golpe un ruido seco. La puerta estaba abierta. La furia clamorosa del huracán rugía y el viento hacía volar las cortinas. Pensé de pronto que a lo mejor la haitiana no la había dejado bien cerrada pero al buscar a Linda, no la hallé. Inútilmente registré la casa. De súbito pensé, vi, la desgracia. Me lancé hacia la playa bajo la lluvia. La noche era un infierno de ruidos y de luces.

Me eché a gritar:

—¡Linda Olsen! ¡Linda Olsen!

Nadie me contestaba... La vieja había acercado su chalupa a la playa, pero el viento y las olas le impedían ensecarla. Seguía lloviendo recio y la tormenta ponía en la noche lóbrega un concierto de aullidos y de truenos... Me subí a los roquedos y a la luz de un relámpago creí ver a Linda Olsen llevada hacia alta mar por la corriente. Volví a llamarla haciendo bocina con las manos.

—¡¡Linda Olsen!!!

Me pareció escuchar a lo lejos su voz en una especie de alarido angustiado.

Corrí a la playa, me embarqué en la chalupa y eché a la vieja a un lado.

—¡Ya es inútil! —gruñó.

Empuñé los remos e hice avanzar la lancha mar afuera. Luchando rudamente con el viento y la furia de las olas me fui acercando al sitio en que creía divisarla. La luz de los relámpagos me la hacía ver a ratos flotando en la corriente y a veces la perdía. Pero ahora me doy cuenta de que acaso no pude verla nunca ni escuché su alarido desgarrador. Tal vez fue sólo ilusión de mis sentidos. En efecto, cuando me parecía que iba acercándome, la veía más distante. Hasta que hubo un momento en que, agotadas mis fuerzas, perdí el sentido de las cosas. No recuerdo haber izado la vela ni si fue la corriente la que me hizo estrellar contra las rocas de la isla próxima. Tampoco hago memoria del momento en que me puse la boina en la cabeza. Tal vez fue en el instante de salir del bohío. Lo que no olvido nunca es que debido al loco pavor de que fui presa o al ruido de la lluvia, no dejé de escuchar un

FRANZ GARCÍA DE PAREDES

solo instante el doloroso alarido de Miss Olsen y un misterioso canto...

¿Cómo llegué a la playa? No lo sé. A lo mejor anduve perdido entre las rocas hasta caer rendido sobre la arena. Lo cierto es que al volver de mi colapso ya el alba despuntaba y había amainado la tormenta, pero yo seguía oyendo dentro de mí el eco lejano de aquel canto mezclado a la honda resonancia del mar como si mi alma entera se hubiese transformado en un gigantesco caracol...

Manuel Ferrer Valdés

## Los alacranes

La pobre mujer hacinó en el balde la ropa recién lavada. Restaba todavía una larga tarea, aunque desde el amanecer, el añil y el agua cuarteaban sus manos. En el fondo oscuro del cuarto, su hijo —un niño de tres meses— comenzó a llorar de manera desesperada, con llanto diferente al de todos los días, súbito, desgarrado, de herida fresca. La mujer acudió alarmada al llamado de su hijo. Adentro todo era oscuro. La cama, las prietas tablas, la negra ropa de luto colgada en la pared. Alzó temblorosa al niño para llevarlo al patio, en donde la luz de la mañana se colaba por las hojas del zinc y el barro quebrado de las viejas paredes. Ahora el niño no respiraba; y como si todo el llanto se hubiera vertido, quedó seco, roja la cara, con las manos tiesas y apretadas junto al pecho.

—¡Dios mío! ¡Se muere mi hijo! —gritó loca de dolor. En los cuartos vecinos el grito fue llenando de nuevos ruidos la madrugada. Comenzaron a salir de los pequeños cuartos un número insospechado de personas, sorprendidas y un poco ajadas; como si hubieran dormido una encima de la otra; grasientas y sucias fichas de un dominó humano extendido de pronto sobre el patio.

—¡Se muere mi hijo! —El grito, cada vez más desgarrador, era una profecía. Los vecinos se acercaron a examinar al niño. En el brazo se veían dos puntos rojos sobre un halo blanquecino. La mujer que atendía a los partos y que parecía la más sabia del grupo, dijo secamente:

—A este niño lo ha picado un alacrán. —Como la madre tendida

en el suelo seguía llorando desconsoladamente, se dispuso, entre ellos llevar el niño al hospital. Por el camino comenzó a hincharse tanto, que a su final estaba lleno de manchas rojas que invadían el cuerpo.

Fue cosa dura y dolorosa decirle a la pobre mujer que su hijo había muerto. Tendida en la cama, aniquilada, oyó la noticia que le traían los vecinos. No tenía dinero para el entierro. La bondadosa gente compró una caja sin pintar, de tablas mal ajustadas, por las que se veía el pequeño cuerpo lleno de livideces, con los puñitos agarrotados en el pecho.

Cuando todo hubo terminado, el patio se fue quedando solo, y la mujer se encerró en el cuarto, con una decisión insospechada para su débil naturaleza.

Horas después llamaron a la puerta unos hombres de la Sanidad. Luego de interrogar repetidamente a la mujer, procedieron a fumigar el cuarto. Ella, indiferente, los dejó escudriñar por todas las rendijas. Cuando se fueron, quedó en el patio una atmósfera agria de vinagre viejo.

En la tarde se presentó el casero. Los pantalones caídos y la camisa rota, parecía el más pobre de los inquilinos. No perdió tiempo en hablar.

—Señora —dijo, respetuosamente— la Sanidad me amenaza condenar el edificio. Es verdad que la casa es vieja, pero si los vecinos fueran cuidadosos no dejarían que las cañerías se taparan, ni que las cucarachas y alacranes abundaran como ahora. Usted es una mujer sola que no tiene tiempo para estas cosas. Además me debe dos meses de alquiler. Yo sé de un cuarto en el que podría vivir junto a otra persona que está en circunstancias parecidas a las suyas.

La mujer se le quedó mirando idiotizada:

—¿Otra persona...?

—Bueno, está bien —acabó el casero—. Yo me encargo de arreglarlo todo para el otro mes. —Y se fue.

En la noche, decidió terminar la faena inconclusa. La amarillez de un bombillo colgaba en medio del cuarto, como una fruta pasada. En un rincón estaba el otro balde desbordado por la ropa sucia. Hundió la mano, con gesto ritual y mecánico y sintió un alfilerazo, apenas dolo-

roso al principio, después como calcinante llamarada del brazo al corazón. Horrorizada, gritó de nuevo; ahora como una loca, entregada abiertamente a su infortunio.

El nuevo espanto del día produjo consternación. Agrupadas junto al balde las lámparas de kerosene, trataban de adivinar entre los ocultos pliegues al enemigo terrible y desconocido. Nadie se atrevió a tomar una decisión. Algunos sugirieron prender fuego a todo aquello. Al fin se decidió echar agua hirviendo mientras los hombres, con escobas y piedras, esperaban la inminente salida del agresor. Los momentos fueron angustiosos. El pequeño animal se fue agigantando en la imaginación de todos y su negro y encorvado cuerpo se hizo ubicuo habitante del aire y de la sombra, huésped de todos los zapatos, prófugo de las rendijas, para esconderse en el único lugar seguro: el oculto rincón del pensamiento donde vive el miedo a lo desconocido e inevitable.

El balde quedó en medio del patio, intocado, como redondo y plasteado ataúd, donde probablemente yacía el cuerpo quemado y retorcido del animal asesino. Aun así, alacranes de jabón trepaban los brazos de las lavanderas.

La mujer, con el brazo paralizado y ardiente, aniquilada por la fatiga y el dolor, decidió acostarse al fin y se fue quedando dormida dulcemente. Soñó con un mundo grato y sereno, en el que la gente hablaba en voz baja. Allá muy lejos, la voz del radio anunciaba los números de la lotería. Extraña alegría, colmada esperanza, seguir adelante sin hacer caso de nada, sintiendo que las aguas muertas del desaliento se avenan por las calles. En la puerta la esperaba la señora, con una sonrisa cordial. Con ella estaba el boticario de la esquina, oloroso a ruibarbo y valeriana, tratando de mirar con una lupa las hojas de una enorme enredadera que tapaba el frontispicio. La señora estaba inusitadamente amable y repetía su nombre “Cristina, Cristina”, por cualquier motivo.

—Cristina —le dijo— yo espero que no me guarde rencor por haberle descontado de su sueldo la camisa que quemó. Usted es una buena mujer y pienso ayudarla.

—Sí —intervino el boticario—, es una buena mujer. Cuando su

hijo estaba enfermo, se quedaba sin comer por comprar medicinas. Yo la he ayudado bastante.

Lo único desagradable era la voz de la radio diciendo monótonamente los números de la lotería. Entonces apareció el casero. Venía vestido de limpio, imponente, con el uniforme de los empleados de la Sanidad. La mujer tembló. El casero le dio un beso a la señora y comenzó a repartir fragmentos de una gran tira de billetes de lotería.

—Yo no cobro las aproximaciones. Prefiero regalárselas a mis amigos. —La señora sacó entonces de su seno una cajita y entregándosela a la mujer le dijo:

—Tome Cristina, esto se lo regalo yo.

Era un alacrán de carey con dos esmeraldas por ojos. La mujer lo tomó, sorprendida. Sucedió entonces algo terrible. El alacrán arqueó la cola y echó a caminar sobre su brazo. La mujer, paralizada por el terror, lo vio perderse entre los pliegues de la manga. Despertó bruscamente. Sólo quedaba un nuevo ardor, más intenso que los otros, con su roja huella clara y nítidamente marcada sobre el brazo. Encendió la luz. En su cara había la determinación ciega, casi feroz, de quien hará un acto inaplazable. Armada con un hierro viejo y una piedra que a tientas logró encontrar en la oscuridad del patio, comenzó a levantar paciente, inflexiblemente, las tablas del piso. La amarilla luz temblaba iluminando trágicamente la figura desesperada, que alzaba clavos y partía las astillas bajo la urgencia terrible del encuentro final con el enemigo. La faena fue larga y extenuante. El alba comenzaba a subir por las paredillas. La última tabla crujió bajo el hierro y al fin apareció ante sus ojos el espectáculo ignoto y presentido. Encorvado en un rincón, negro e inmortal como la pobreza, mirándola desafiante y sin moverse, estaba el alacrán. Pegados a su cuerpo buscando amparo, los hijos formaban una oscura flor de tiernos agujijones. Inmóvil con la piedra en alto, la mujer lo contempló durante largo tiempo, en tanto que pasaban por su pensamiento confusas ideas de odio y de piedad.

Después, su cara se iluminó, como si la verdad se hubiera mostrado de repente, y dándole la espalda a su enemigo, comenzó a clavar resignadamente las tablas del piso.

César A. Candanedo

## El cerquero

*“La tierra es ingrata cuando  
la habitan hombres ingratos”.*

**L**os que al pasar lo habían visto bregar con las piedras, la cara apretada y el torso fruncido, lanzando pujidos y maldiciones mientras levantaba las cercas, al referirse a él afirmaban cosas rotundas y convincentes.

—Está ido... Yo lo vi... Hablaba solito y eso sólo lo hacen los que perdieron el juicio. También eso de alzar cercas de noche en lugar de dormir como hacen los demás cristianos... Así se portan los locos, los que tienen pacto con el *Malo, el Unón*.

O los que trabajan con *Familiar*..

Pero el que no sabe se parece al ciego que coloca el paso en cualquier parte, en vacío, en alto o en precipicio... Tantas cosas había soportado, a tantas situaciones tuvo que hacer frente en la vida, con su juicio completo, sin faltarle un pelo, que hablaba a solas, con él mismo, no importaba que oyera y murmurara el viento.

Y era que entonces evocaba... El recuerdo de un hecho suelta otro anudado al mismo hilo. Ateizando la cuerda revivía viejos sucesos, mucho tiempo quietos como muertos en el depósito antiguo de la memoria. Siempre que afrontaba algo, paraba firme, a puro pecho descubierto. Lo que no fue vivido, no le pesaba, no le tropezaba ni hacía mella... Era nada para él.

Por lo del trabajo, no. Siempre lo ocupó algo. Antes de ahora sólo estaba quieto durante el sueño... O algunas veces, pasada la cena, al

---

CÉSAR A. CANDANEDO, (1906-1993), obra: *El cerquero y otros cuentos* (1967).

gusto de las sombras del portal, la pipa humeando, refería pasajes a los vecinos que se reunían hasta tarde, a sabiendas del buen humo... Y ellos deseosos de reír.

—Es que al hombre pocas veces le falta un tropezón...

También por tiempos requiere estar solo... —decía a los de confianza que le inquirían la sinrazón visible de volver al antiguo oficio de cerquero.

\*\*\*

Ahora de nuevo peleaba con la lóbrega torpeza de las piedras que siempre tenían la manía de tirarse al suelo. Del roquero desordenado, sin formas precisas que unía calmoso; de esas figuras pesadas, mudas y feas, sus manos sutiles extraían vida, arrancaban belleza. Las piedras sueltas, mapeadas de musgos, de cuya dureza al tropezar se saca dolor, se transfiguran en sólidas, simétricas y magníficas estructuras... Las cercas de piedra. Superpuestas, elevadas, suspendidas por las palancas de los brazos nervudos, potentes, largos y oscuros del cerquero, siempre creciendo, en una mezcla de amor, ojo, plomo, paciencia y destreza, tras la búsqueda afanosa de lo firme y cabal, edifica armonía con las piedras, las cercas que de pie, enhiestas, soportan el empuje recio de los huracanes porque fortaleza y equilibrio se consolidan en el balance y la proporción, combinados.

—Piedras sin cuñas no hacen cercas... Tampoco sin mujer el hombre hace familia... —pensaba.

La cuña ensamblada en la concavidad, en el sitio vacío, para distribuir el peso y conseguir la estabilidad, es el gran auxiliar del cerquero, si construye cercas sencillas, de una sola fila, sin la intervención —el caso de las dobles— de la argamasa adhesiva de la tierra arcillosa y húmeda, que retiene y amarra.

El cerquero a veces hace un breve alto en la faena agotadora. Se aleja un poco, cerrado un ojo... Observa, calcula, estima. Al regresar al surco, satisfecho, posando la mano en el lomo, siente el palpitar de las vetas pétreas. Entonces su pecho se dilata, siente que nuevas fuerzas

invaden su cuerpo y que su paso es más firme y seguro...

La línea recta camina sin combas. Vista de lejos, como solo el creador sabe observar, el hilo gigantesco que tejió el forzado empeño se yergue con elegancia si sube los empinados costillares de una altura, o si se inclina para bajar al fondo de una hondonada... Es que las piedras sueltas, abandonadas a un destino miserable, al inútil oficio de estorbar, lo mismo que las rotas en los sillares calcáreos o las arrancadas de los bloques azulinos de las canteras, adquieren vida digna, propia, reviven de manos de los cerqueros que rompieron sus ingles, aplastaron sus dedos, perdieron sus uñas y soportaron lisiaduras, entregando su dolor al viento.

Todo, para ellos, ha sido muy duro con dureza de cuarzo, de roca pelada. El honor del cerquero manda demoler las cercas sin ritmo, sin precisión. Una panza, un saliente inoportuno, faculta a los otros el comentario despectivo.

—La niña le nació preñaá...

Las cercas de piedra tienen alma, asegura el cerquero. En las noches silenciosas se escuchan sus voces. En sus grietas y abolladuras canta el viento. Los pajarillos y las lagartijas esconden sus huevecillos en las oquedades que la cuña no pudo colmar. En sus escondrijos seguros duermen los alacranes... y las mariposas vestidas de fiesta pintan el aire de rojo, verde y amarillo... Al asomarse al cielo, las saludan en un abrir y cerrar de alas para posarse otra vez.

Las cercas se comprometen con el hombre. Por su mandato se apoderan de tierras húmedas y verdes; roban los árboles musgosos, confinan islotes de selva, arroyos apresurados, la angustia de las aldeas, la inquietud de los ganados. Igual suerte corren los breñales poblados de *chumicos* en cuyas hojas lijosas afilan sus cuchillos los ventarrones.

\*\*\*

—Está rematao, ahora sí... Los tornillos sueltos. Sigue hablando mientras empedra... —volvían con las mismas afirmaciones, sobre el mismo cuento.

Todo porque hurga la memoria. Como larga cinta que desenvolviera, evoca el lejano tiempo cuando el pariente de quien aprendió el oficio quiso enseñarlo a ser hombre alzando piedras en el *Hato del Francés*. Entonces no sospechó siquiera hasta dónde llegaría el significado de aquella loable intención

De madrugada aún, le lanzaba el reclamo:

—Suspende ya, que el sol te embiste...

O en plena faena fatigosa:

—Puñetero, mete la cuña que me aplasto el deo... Muévete, carajo...

Alza las patas, pajizo.

La empresa de aprender a ser hombre fue terriblemente dura, de dureza de roca. Náufrago en aquellas soledades, sin otros compañeros que matojos entecos, piedras limadas por la lava, pajonales que gemían, sacudidos por el viento, hormigas mordedoras y uno que otro grito de algún desconocido que pasaba lejos. A la memoria afiebrada concurren las historias de los matahombres de las guerras civiles que oyó referir; el francés descuartizado cuya muerte se hundió en el misterio y que luego se usó para darle nombre al sitio... Si el otro salía a buscar bastimentos y a hacer las cosas de hombre de que decía, íngrimo, estaba seguro que vería salir debajo de los pedrejones del desierto, animales horribles que antes creyó ver, tal vez en sueños, cuando dormían bajo el *canillo* o al amparo de alguna de las peñas que lucían su tamaño en la planicie, antes de trasladarse al *varaentierra* que luego construyeran.

Para entonces el terror lo abatía aunque al final el cansancio triunfaba con un sueño sobresaltado. Si el viento enfrenaba su carrera y la luna blanqueaba todo, veía gigantes encorvados que trepaban sobre el borde de los barrancos que recortan la árida llanura, que salían de la cinta tortuosa del río helado que desde arriba, alargando los ojos, apenas se divisaba moviéndose en la hondura del precipicio horroroso. Del laberinto de la cabeza torturada, también salían tigres que, al decir de los cuentos a que tanta atención dedicó, a mediodía quebraban ganado en las caletas cercanas. Si estaban los dos, distante el miedo, en silencio gozaba el coqueteo de las nubes de algodón, vientre sedoso,

que con cuidado y sigilo, asomaban a la puerta del volcán; se apartaban manchadas de resplandor, para regresar poco después a inquietar el monstruo.

Así, en forma brutal, se hizo hombre...

Sorprendió y alimentó el comentario la diferencia de matrimonios de las dos hermanas por la distancia que separaba a los maridos. La mayor se unió a hombre imponente, copioso, satisfecho y bien montado, que heredara fortuna y nombre pero con la *caca* de ser expulsado de seminario lejano donde fuera aprender a cura, acusado de liviandades. La otra casó con renombrado cerquero, remoto pariente de los que importaron el cultivo de la tierra, al fundarse el Cantón de Alanje.

Del primero la gente solía afirmar:

—Nació pa garañón.

Del otro se decía muy poco.

El cerquero, moreno, huesudo, pelo apretado de tupida trama enroscada, mandíbulas inferiores deprimidas, cachetes chupados, pelos largos en las guías del bigote ralo, ofrecía en su rostro cierto trasunto ratonil.

Triste, dado al silencio, puntual y orgulloso, empeñó voluntad dura para compensar las desventajas que los conversos apuntaban al comparar las filiales relaciones.

Lucha sin parar, con hierro de guayacán, alentado por la suerte que le sonriera desde el principio. Pasado el tiempo de prueba, cuando los resultados visibles se pesan y la justicia reparadora tasa y rectifica, los habladores corrigieron:

—Ahí lo tienen... Mucho negro ternajal... Ya lo supirita... ¡Tanta algazara que formaron...!

Otros que se dijeron mejor enterados y sabedores:

—Es que don Antonio Melgarejo tiene pacto con el *Malo*... ¡Cómo adelanta! Trabaja hasta toda la noche sin parar.

Así comentaban los que lo conocieron de cerquero en las haciendas de la época, levantando *mangas* y extensas cercas de piedra, machacando días entre las rocas.

Acosado en las reuniones y trabajos, se limitaba a oír, a sonreír a

veces. Si no podía evadir una respuesta y urgía salir del paso a que lo obligaban los imprudentes, respondía, lacónico:

—No me ven solo... A lo mejor, lo que ustedes piensan...

El *Familiar*... —se escurría.

\*\*\*

Pero un día, como cosas preparadas por el Demonio, todo se modificó en la casa. Un suceso inesperado, sin antecedentes ni anuncios, trastornó todo.

—Un par de cachorritos pa que lo acompañen y le sirvan de bordón en la viejez... Y *ñopitos*, véalos... la partera le comunicó, muy luego de los dos chillidos.

—¿Mellos...? La barrigaza pues... —metió la cabeza entre el toldo que escondía a la parturienta. Miró atento los montoncitos de carne que apretaban los ojos y las manos; los remiró inclinado, como el que busca una señal perdida... Se incorporó, retiró la cabeza y dejó caer las cortinas.

—Ni el jocico morao tienen... —con cara de calambre, se adivinó que dijera.

Semanas después, cuando la mujer pudo dejar el nido, se encontró con una situación inexplicable por más que le metiera seso. De callado que siempre fue en lo habitual, ahora lindaba con la mudez. Evitaba ver la cara de los demás, como si se sintiera sindicado de acto vergonzoso. Con mayor motivo eludía las palabras... Y antes de amanecer, cuando los otros aún dormían, salía a trabajar. Avanzada la noche, los otros en disposición de dormir, se le oía trastear en la cocina... O despedir la cabalgadura con una palmada amistosa.

Huraño, fruncido el ceño, distante, concentrado en quehaceres y preocupaciones que lo roían casi no movía los labios en presencia de otros, de los que se alejaba, de haber oportunidad. Ahora otros volvían a dar razón a los que afirmaron:

—Tiene las tuercas flojas... Sólo habla, sin gente, solito.

En efecto, solo entre los animales que se atropellaban y agredían

en el corral para conseguir sal del brazo estirado del hombre, parecía soltar las amarras, romper el freno, estirarse y retornar a los buenos tiempos.

—Haséte a un lao, que ya te hartaste... Deja que vengan las otras, que también tienen derecho, frontína... Y tú, hosca, acércate y camina... La panzota de ésta... —las frases salían sin contorsiones opresivas, sueltas, libres y cordiales, mientras las manos cariñosas palpaban las garrapatas que desprendían sin molestar.

Los animales que se sabían comprendidos, volvían a empujarse para encontrar sitio alrededor del hombre, lamiendo con afán los últimos granos del salitre. Atento al movimiento, con pasos calmosos, se acercó la mole negra del semental. Alta la cabezota, entró tranquilo tirando de lado la puerta que comunica con el pastizal.

—Ven, guevilargo... Las puntas que te han salío. De terneron pensaba que serías *monguto* y entonces me decía: de éste hay que salir a tiempo porque está desarmao, entregao en el suelo, con toralpeleador y tumbacerca que hay hoy... Pelea de tigre con burro amarrao... Come sal, que tu trabajo la pide, pa la fuerza de cuajar... Hacer más terneros y los que te falten me los echas hembras pal aumento, pa que el rodeo no se pare... —con la sal granosa en el comedero, las manos palpan el codillo y luego se trasladan a los testículos que sopesan, acarician y manosean con deleite. Y como si la bestia comprendiera el pensamiento íntimo del hombre, alza la cabeza, arquea el espinazo y mueve la panza enorme. Los pelos largos de la salida del sexo gotean la semilla humedecida sobre el piso hendido y reseco... La lengua repasa los orificios respiratorios, la cabeza se inclina a lamer de nuevo y al resoplar levanta del suelo pasajeras ondas de polvo que dora el sol mañanero.

—Este Antonio está picao de la araña... Ni a los hijos quiere ver. Ya volverá a la querencia, como los toros desperdigaos que vuelven al rodeo desvacaos, las costillas rotas, corneados, doloridos de tanto pelear... Paciencia con los hombres entoraos... —pensaba la mujer.

Otro, día, gozando la amistad de los animales con que había reemplazado la de la gente, en medio de los animales saleros que lo acosaban al pasar por el corral, se detuvo a ver las novillas que en la ensalitrada

anterior ya rayaban ubre y que, según cálculos, parirían en la siguiente luna.

—Y es que ya escupieron toas... Qué preciosura de retozones, pero ya el maldito murciélago está haciendo sangrías... Después, vendrá también el gusano, de diente y ombligo... Y hembritas, como las quería.

Se detuvo más en las observaciones de los recién nacidos que ya aumentaban el rodeo... De pronto paró, miró para otro lado, atraído por otros pensamientos. Quedó como si flotara, suspendido, sin los pies en el suelo.

—¿Por qué amarillos...? El papa es negro... Aquí no hay trampas porque las vacas no han salido, las cercas están buenas y no ha entrado otro macho... —por primera vez llama su atención un hecho corriente en todas las crías.

Continuó como mudo durante largo tiempo.

—¿Por qué pensar en eso ahora, no antes...? Meter yuca y sacar plátano ... Cosas del Judas...

El mundo está de tuerce. Cuando me levanté no era así...

Ahora frutas sin flores, en el tronco del palo... Flor de cigua en invierno, que es flor de sequía... Si fuera la del higuerón que cae en cualquier tiempo por ser flor del Diablo, que sólo se ve a media noche, apañá en sábana blanca... La tuerce siempre detrás de uno.

El viento se llevó las palabras del monólogo desesperado.

De nuevo observa los terneros recién nacidos.

—Este toro está como yo... Mismítos. Antes la fuerza siempre la ponía el macho... Dejaba su marca, su guella es la que debe salir pa que la vean toos. Antes hijo que no se parecía al tata daba qué pensar ...*Machito rucio*, se pensaba al brinco... Tamos lo mismo él y yo... Calamocao, tupío, sin portillo por onde salir holgao... Cuando al cristiano lo pierden las brujas en camino oscuro, le queda el remedio de ponerse al revés la camisa pa encontrar el camino dejao. Acá no hay por onde tirarse, pero por onde sale él debe quedar gueco pa mí. Pero ganao es ganao... y la gente no es ganao... —lo visto y pensado a solas lo dejan preocupado, entumecido, mientras los ojos se detienen en el lomo re-

tinto del toro que pasta indiferente, la cabeza armada escondida entre las breñas distantes.

Rompió las amarras de los pies atados al suelo; caminó hacia las trancas, la faz suelta, el paso ágil y el pensamiento martilleando en la cabeza caliente. Sentía que algo había perdido, vaciándose él mismo. Lo que había advertido en el corral, los terneros amarillos, hijos de toro prieto, eran argumentos sólidos contra lo que su simpleza había aceptado a título de verdad sin disputa. Pero volvía con renovada constancia:

—¿Pasará lo mismo entre la gente que entre los animales...? Después que nacieron los mellizos estaba seguro de que el otro le había jugado *macho rucio*. ¡Tantas que le aculan...! Como que se mete por el ojo de una aguja... Y que lo buscan ... ¿Tendrá *Familiar* pa éso...?

Cabeza alta, paso más liviano, apariencia menos comprimida, se acercó a los hijos que jugaban en el terraplén del portal.

—Apercóllense... —uno en cada brazo, asustados, no podían entender un cariño nacido de repente, de improviso, del que siempre los pasó por alto o los miró con desdén.

—Ya se zafó el freno... —suspiró la mujer.

\*\*\*

—Clorótica del parto *boboré*... También el hígado blanco del hombre. Vino de palma, dulcito, es lo que indican las señales... Pone la sangre rolliza, espesa, desaguá... y no cuesta... —dictamen y terapéutica que dictaba el curandero mientras repasaba los orines.

Varios días observó el cielo durante sus dos extremos mañana y tarde. Buscaba un indicio que le sirviera de norte. Un amanecer friolento confirmó lo que esperaba. Salió temprano, hacha al hombro. Con la lámina del machete sacudía de lado y lado el rocío que agobiaba las plantas silvestres y rompía la finura blanca de las redes que tejieron las arañas, lleno el óvalo de la panza. En la falda de un espigón macizo que crece hacia arriba con las piedras de la cúspide y que las *rabiblanças* usan para instalar sus huevos en su nido descubierto al viento y al sol,

derribó las palmeras. Al caer, al estrellarse contra el suelo endurecido, saltaron los corozos desprendidos del tupido racimo en sazón.

Limpió alrededor de los tallos tendidos; abrió la brecha del sendero, recortó las pencas, rebanó las espinas largas, negras y que infunden temor, limpió la garganta vegetal. Trepó un pie para infundir mayor fuerza a las manos; con la punta de filoso machete, pacientemente, hizo incisiones húmedas, trazó el cajón rectangular que serviría de recipiente para retener el líquido que manaría desde el extremo opuesto del vientre vegetal, en dirección del tronco. Cortó las capas duras, primeras, cubiertas de pelusa y espinas tiernas. Ahondó hacia el fondo del espesor hasta encontrar las blanquísimas capas del capullo blando, azucarado, el palmito apetecido. Puso a un lado los trozos blancos extraídos, mejoró el orificio, *sangró* cortando con cuidado la tela vegetal hacia el lado más largo del tendido; limpió, cubrió con hojas, capas y pencas de la misma palmera derribada, la vasija abierta, aseguró la entrada del manadero saludable y, contento del trabajo realizado, desandó el trillo.

—De la mismita color que la cuajá delgadita y sin quebrar pal queso... —comparaba al mirar los pedazos del palmito con que regalaría a los muchachos. De una parra que se acerca al sendero cortó el largo pito de un carrizo para sorber el vino de palma.

Ya era tiempo de madurar los corozos con su fragancia de bálsamo y tiempo, también, de limpiar los arrozales.

—Este mundo está de turce... Negro haciendo hijos palomitos... Las vinas están pa comenzar la cura suya —gritó la última parte de lo dicho para que se enterara la señora que cruzaba más adelante.

El otro pensamiento volvía a roerle aunque con menor insistencia, convencido a medias con ejemplos tomados de su propia vida.

\*\*\*

—Camine usted que ya estarán derramás, con la *mano* que tengo... Si las dejo al chusco Víctor, no manan, que hasta seca los palos que sube de tantas mordías de culebra que ha pasao... Sabaneras, seguro...

Y encima, como es gracioso se bebe el remedio... El vino de palma es caliente... Bébalo y se baña con agua fresca de lluvia mejor porque si no, se brota... El pellejo sucio le cierra la puerta a la maldá... Brotan los incordios, *los siete cueros*, los nacíos ciegos, los vejigones negros, las postemas y hasta las erisipelas... La limpieza del caliente en gruesa la sangre...

A pasos largos caminaba adelante, hablando alto. Apartaba ramitas y bejucos que cruzaban la brecha teniendo amarras y soportes con hilitos verdes, en la orilla opuesta. Afanoso, comunicativo y contento.

—Sangrás toos los días y con buena *mano*...

Limpiecitas pa que se derramen... Empuñé el carrizo de sorber pa que lo estrene too.

Puesto a un lado el machete, inclinado sobre el espinoso tallo derribado, la mano rápida descubre el agujero.

—Ya la avisaron a la mosca vinera... —mientras la mujer espera, detrás.

Al separar las últimas capas que protegen el recipiente, nada de vino. La espuma y el cajón humedecidos solamente...

Se habían adelantado.

—Jueputas... La burla... —brama.

Con ágil impulso saltó sobre los espineros de las pencas marchitas. Velozmente cubrió el trayecto que lo separaba del río. De lejos la mujer vio cómo tomaba ímpetu de nuevo en el aire, para saltar sobre el barranco que empareda el charco. Alto, desde arriba, descendió violentamente sobre el agua oscura del sitio profundo.

Estupefacta, sin determinar la razón de determinación tan extrema, de la muerte segura, la mujer apenas atinó a gritar, sin moverse del lugar en que la dejó como clavada... Desahogada un poco, al fin pudo disponer:

—Corran al Recodo, que se mató Antonio... Busquen, atajen en la cola del charco... Tirarse de ese alto por tan poca cosa... Por eso era que hablaba solito... Vayan abajo antes que el agua se lleve al muerto... —pedía a los que llegaban primero, atraídos por los gritos.

Algunos esperan ya a medio río.

Pasado el estupor y la indecisión, el muerto no baja. La mujer llo-rosa habla de nuevo:

—Mijito, ensilla un caballo y vuela a Caldera, antes que sea de noche, y trae a Carpio García para que bucee al difunto y se pueda enterrar.

Entre los que acudieron a prestar ayuda encontrábase un mozo sagalejo y piernilargo a quien apodaban *El Peje* por su pericia como nadador, experto como sacador de *risacuas* de los huecos de las piedras del fondo, ducho nadando bajo el agua... Lanzó al agua el alambre de su cuerpo moreno y vibrátil; cruzó a brazo la orilla opuesta... Volvió, recorrió de nuevo y sostenido de ramas y bejucos que colgaban de las breñas inclinadas sobre el vacío del curso, avanzó hacia el despeñadero por donde el hombre se lanzó a todo correr... Buscó, nadó, salió del agua; regresó, rebuscó y escudriñó siguiendo la demarcación del paredón que encierra el agua quieta... Al fin, en una sinuosidad cubierta por el follaje le pareció que algo extraño subía y bajaba. Nadó en dirección al sitio que atrajo la atención.

—Abuelito... Salga, vea... —imploró.

El cuerpo inclinado, mirando hacia el cielo opaco, la nariz a flor de agua, se balanceaba movido por la fuerza oscura de la onda.

—Véngase, que se enfría y le vuelve mal de orine... —le extendió el brazo, nadó con el otro y así, orillando la pared curva del desfiladero, llegaron a la cola del charco.

Sin sombrero, la ropa pegada al pellejo, el agua escurriéndose tallo abajo, apresurada, con pasos cansados emergió del río, rodeado de las sombras húmedas de la tarde lluviosa.

—Uff.. Eso no se hace con cristiano... La burla... Mejor la muerte. Tenerlo a uno en poco... —decía mientras avanzaba en medio de los que acudieron durante el trance.

\*\*\*

Los cocuyos abrían caminillos de luces verdes en el aire quieto. Con leves incendios queman las cortinas de las sombras. Flameaban los farolillos prendidos en la cabecilla oval. Veloces murciélagos caza-

ban insectos. Escondidos en los negros ramajes que sombrean el cogedero de agua, los buhos de *cuernitos* con los ojos redondos hoyando la noche, seguían con su *truj truj* espaciado. Era el tiempo maduro para oír pasajes y cuentos... Y los vecinos, enterados del buen humor de que le notificaran los más cercanos, acuden a casa de Ño Antonio, que así le apodan, a escuchar con deleite, reír y gozar con desenvoltura, a pierna suelta.

Entonces, instalado en el largo altozano del portal empedrado, los que llegaron se acomodan muy próximos para no perder las palabras ni el hilo de los relatos.

—Barajo... Ya se aflojaron... Desconsideración... —condena.

—Rana pa mi culebra... —un chistoso. Se levanta, camina y aprieta la nariz.

—A nadie se le niega un *fuuu...* Suelto, escapao del encierro, no hay cómo atajarlo ... Que a todos toque su parte... Nariz, pa que se disipe ligero...

—Más vale amistá perdía que tripa rompía, dice el dicho...

—¡Porquería, baraste...! —Ño Antonio.

Reincorporados al grupo los que se apartaron, huyendo a la pestilencia, la plática se reinicia.

—Y no teneij conejo cebao esta vez? Miren, miren... Comienzan los cocuyos ... Soplén tizón, que se venga jalao por la luz, pa echarle mano... Con él vamos a saber el tamaño de las mazorcas de las *rozás* este año, que pinta bueno pa los sembradores... Pásemelo pa desaminarlo...—se dirige al chico que atrapó al luminoso insecto.

—Mí tizón lo hizo llegar... Mío es...

—Tómelo usted, padrino, que me lo ordenó —Cara de Pulga, satisfecho de la hazaña, deposita al prisionero mientras la mano de Ño Antonio se enciende con la misteriosa electricidad de los reflectores diminutos montados sobre los ojos traviosos.

—Mazorquería la de este año, muchachos... Vean la espiga del animalito prieto... Cocuyos largos a principio de *rozás*, mazorquería grande también. Ni cañuto de caña dulce hay pa guardarlo vivo... Cómo el negrito se descoyota y corcovea pa irse con su noche... Buen año pal

pobre... —remató.

La cápsula retinta y dura del coleóptero flamea entre las manos negras también. Movido por el resorte de las contracciones continuas, la cabeza traquea, el cuerpo se dobla, dividido en dos, sin separarse. Las antenas giran, incesantes, las patitas empujan para tomar impulso y seguir en compañía de la noche.

—Hay muchas señas pa que el hombre de cabeza aprenda. Pero el hombre, que es animal bruto, cuando no paga pa que lo jodan, mete siempre la pata en el mismo gueco; tropieza con el mismo terrón... Las otras bestias son más memoriosas... El burro para las orejotas y se avera de onde una vez ya golpió su pata... —el compadre Silvestre.

—Los secretos... —respuesta.

—Usté caminó mucho, tío Antonio, verdá...?

—A la costa norte, cuando allá sólo iban los hombres probaos. Y antes de probar había que pensar en el camino, las posás, los compañeros... Porque con too mundo no se arriesga el cristiano de cabeza a viajar. El frial, las fieras. Pero plata se traía.

—Y le jue siempre bien...?

—Aquí estoy sentao... No me ves ya? Ví otomías... El tigre rondando la posá, los puercos acorralándole a uno, los hombres *emparamaos*, las piernas acalambrás, en el suelo, los dientes chasquiando del hielo... Y no se podía dejarlos en el camino porque hombre dejao, hombre comió... Había que aplicar remedio de caballo, pero bueno... Curar el mal como hombre... A varios curé. Cómo me lo agradecieron después... “La vida le debo”, me decían al verme.

—Y usté curaba entonce?

—Tuavía puedo porque manos me quedan... Cuando caía hombre *emparamao* uno se acercaba a preguntarle: “¿Te quedas? Porque nosotros seguimos pa alante ... jagan lo preciso, era la contesta”. Y se quejaba por adelantao. Ya sabía...

—¡La medicina...?

—Uno se metía al monte; cortaba varas correosas de guabito y le bajaba la mano a pura riata... Primero se quejaba y aguantaba. Después quitaba el cuerpo y corcoviaba... y el rebenque cayéndole... Al rato del

sobijo, calentao el cuerpo y la sangre, quedaba sanito... El que entonce iba a la costa norte no se pertenecía... Ya ven, pues, cosas de hombres...

Cargada y encendida la pipa, el relato regresaba a la ruta.

—Eso era como con la mano en aquel páramo de la cordillera. Tan frío era que ni se podía gritar fuerte, con grito de hombre, porque comenzaba a llorar el cielo... Otro riesgo grande era el de los puerco e monte y el del tigre que siempre anda a la vista de la maná, de vigilante, listo el ojo y apurao el puño... Una vez íbamos cinco en el viaje. Bajamos de una altura y agarramos la bajía... La posá quedaba atrás tamaño lejo... De pronto los monos comenzaron a chillar y brincar haciendo piruetas en los bejucales... Despuesito el jedor del almizcle. Cantamos los dos peligros revueltos. El puercal y el otro que busca un descuidón, dar su golpe y puerquiarse fresco. Si no consigue puerco pensaría en hombre, nos dijimos. Apuraos dispusimos alzar los morrales en troncos altos y trepar. Estando en eso, acomodándonos en las horquetas, de sopetón invadió el puerquerío. No quedó bicho vivo ni piedra sin remover... El jedor y la mascadera, buscándonos... Guelieron el tronco, mordieron, fijaron la vista pa arriba y se echalon a esperar, olfatiando a ca rato... Y el tiempo pasando, con jorná fija hasta la posá siguiente... Tabamos callaos cuando, como mandao de la misma Providencia, el cuerazo de un *fusil*... Él se fue tumbando too, montaña adentro... y otro ... y otro, hasta que perdimos la cuenta. En eso se rajó uno a mismo pie. *Gueeff*, gruñó el animalero y se paró too el grupo de un envión... El *cacique*, el que siempre encabeza la maná, fatió, la trompa al aire y todos juyeron, desbarrancándose pa apique... Al de atrás le pega el gato, íbamos diciendo pa meter fuerza y valor a los que quedaban lejo... Hablando de puerco e monte, veníamos de otro viaje y vimos lo que le pasó a un tigre congo, vainón. Según se veía por las señales, golpió a un Puerco despegao, pero muy encima de los otros. La partida le tomó carrera cuando sintió el *cueee*. Sofocado, se abrazó al primer palo a mano y le clavó el uñal... No le dieron tiempo pa más. Hasta onde alcanzaron los más altos, hasta ahí comieron tigre. El resto, medio cuerpo pa la cabeza, quedó apercollao al palo pa que las hormigas también se

entigraran.

—Es que no era con Tío Conejo... Vaina la que le pasó al tigre por meterse a puerquero... Jue con la vandá, que no es lo mismo que con el manchao, y rabicorto...

—¿Pero pasó otros páramos en otras partes también, Tío Antonio? —se atrevió a plantear El *Remolino*, apodo que le nació por la forma de embudo del cabello erizado en el centro de la cabeza.

\*\*\*

Ño Antonio había protagonizado historias que no refería ni cuya mención le era grata, bien porque se le hacía aparecer como objeto de burlas o porque su conducta fuera calificada de cruel o algo más: tal vez inhumana.

Los que se decían enterados referían que ocupado en terminar una *manga* que don Mingo Obaldía apremiara entregarle concluida, bajó a un *brazo* del río a beber la delicia de su agua fresca, más adelante de una *madre vieja*. Miró hacia la orilla opuesta de tupidos cascajales, miró también hacia el charco que serena sus aguas después de una rompiente tronadora. Notó movimiento en la superficie lisa; observó con mayor detenimiento y concluyó en que abundaban los sábalos y que justamente *picaban* las florecillas cerosas del copé, arrastradas de algún recodo orillero.

Un anochecer, acompañado de Merejo que le llevó bastimento, resolvió que el mozo regresara a casa también con provisiones: algunos sábalos gordos que supuso picarían el anzuelo sin demoras.

Uno tras el otro bajaron el declive de un camino estrecho; inclinados al principio, caminaban incómodos por el túnel formado, abajo, por el barranco, y arriba, por el ramaje. A aproximarse a la orilla despejada, escrutó, vio el cielo sembrado de puntos dorados que abajo se mecían sobre el agua quieta. Distinguió al borde de la ribera lo que creyó un grueso tuco arrastrado por la última crecida. Preparó el anzuelo con la atrayente carnada, listo para lanzarlo sobre el sitio que consideró más propicio.

Con la mano extendida indicó al otro para que parara.

—Tienen oído fino y ya malician... —se le acercó.

Luego se encaminó hacia el tuco, el pie listo a trepar. Posó el primero y al intentar poner el otro para instalarse cómodo, el tuco, que era un lagarto dormido, huyó con el peso encima, que fue lanzado violentamente. El estruendo de la caída y los chispazos de agua sacudieron la superficie, golpeada por el cuerpo.

Sin aparejos, sombrero, ni pipa, emergía con el agua al pecho.

El muchacho que sólo vio la parte divertida del suceso, subía y bajaba, el estómago comprimido por las manos, sofocado por la risa.

—¿Y si el lagarto me come, también estaría usteeeé, muriendo de risa, celebrando mi desgracia...?

Chorreando, entumecido de frío, tropezando entre las piedras, confundidos en la oscuridad, iniciaron el regreso.

Hatajo de carilimpios... Lengua de trapo, buena pa los perros... — volvió a refunfuñar, presintiendo cómo se comentaría su accidente y cómo lo recargarían de materiales los habladores.

En otra ocasión Ño Antonio refería muy festivo:

—Viajaba por la Angostura... Cuando caté tenía al frente el paso de *El Carate*, lugar pesao que no frecuentaban porque el Diablo salía al camino. Pensé la guelta que debía dar pa coger el otro camino... Lo que será está escrito, me dije y me encomendé al ángel de los caminantes... Tuavía salían chivatos, fantasmas y cilampas... Llevaba la cruce-ta a mano. A punta de chicote bajó la bestia, retacá... Al subir al barranco del otro lao, onde pega el llano, se devolvió, asustao... Noté que resoplaba largo, paraba las orejas y le temblaban las carnes... Unos pasos más adelante estaba el pantasma echando candela por los ojos y la boca... Se venía encima y el caballo se averaba. Pelé la punta de cruz... Gente o espíritu malo, ¡ahí te va...! Del golpe el alicrejo se hizo tiestos... Una tula grande con guecos y una vela prendía adentro, llameando... “No me mate, que es pa jugar con la gente por vida suya y de su mamita”... Pa jugar, su mama, y apártese antes que lo remate... Desde entonces nunca más salió el Diablo por ese lao.

\*\*\*

Contaban que con ocasión de unos juegos de sabana en Dos Ríos, Aristides, uno de los hijos de Ño Antonio, al regresar tarde a casa, olía a licor, que no mareado.

—Veni acá... ¡Ahora te voy a enseñar a ser hombre...! Pa que respetes, que tuavía no ganas ni el jabón de la lavaá y menos la comía...

Lo ató a un poste, entró y regresó rápido provisto de un látigo de cuero torcido y duro.

Y por buen rato los golpes llovieron sobre el cuerpo del prisionero. En medio de las contorsiones del cuerpo herido que se rebelaba, no lanzó una queja. Al intervenir compadre de respeto, levantado de emergencia, sueltas las ataduras, el montón se desplomó, casi desarticulado.

—De buena raza... Buena cría y bien sacao el pollo... —su único comentario.

Hacia días el silencio se había estacionado en la morada de Ño Antonio.

—No te vayas, mijito... —imploraba y lloraba la madre.

—En la cama, después de la paliza, juré que si me levantaba con vida no echaría raíces en esta tierra amarga pa mí... Ni volvería a pisarla más... ni mis huesos. Ahora cumplo, con palabra de hombre.

Cuando se le hacía referencia lejana del difunto, resumía, melancólico:

—Lo mataron las calenturas en el Número Dos... El *chele* Beitia me lo sepultó... —suspiraba hondo.

Se ponderaba la avaricia de Ño Antonio; se aseguraba que para no gastar no comía y que muchas veces al volver del trabajo, ya de noche, regresaba a la cocinera el atado frío, sin tocar. Este conocimiento dio origen a la práctica de que en el trabajo otros, a escondidas, comieran su comida. Algunos días quiso almorzar pero lo que había colgado junto a la comida de los compañeros alguno se había adelantado y sólo quedaba la vasija sin nada... Callado, aceptaba las cosas, a pesar de observar las burlas proferidas, al regresar de su caminata inútil. De la práctica de

hurtar la comida de Ño Antonio nacieron abundantes chistes que luego eran referidos y comentados en todo el contorno.

—Y también hoy que la quería llegó su otro dueño y se la jartó... —decía para que lo oyeran.

Se alejó en dirección al surco, al corte, mientras los otros, a sus expensas, celebraban la siesta y comentaban, sin que él oyera:

—No da del cuerpo pa no limpiarse...

—No se jueguen más con el hombre... Ya se olvidaron de las *vinas*. Después no sabían dónde poner el rabo. No dijo naa, es su costumbre, las destapó, raspó las uñas adentro y las dejó como las encontró... —comentaba El Muleto.

—Después no les paraba con naa la cursera... Ni tapón les servía, la tripa afuera... —La Garza.

—Polvo de uña revuelto con vino e palma que es caliente, los reventó por dentro... Déjenlo ya, se los digo... —otra vez El Muleto.

\*\*\*

En otra oportunidad fueron a comer, el sol a medio cielo. Él quedó sólo en el surco. De pronto la algazara.

—Lo picó... lo picó... y víbora negra que es de las malas.

Chiquita pero ya mata...

Él apenas alzó la cabeza y observó, antes de seguir cortando.

El mordido había metido, como acostumbraba, la mano sigilosa en la bolsa de la comida de Ño Antonio.

—Mandar a buscar a don Pittí, La Perra, es lo preciso, que es buen curandero... Y el remedio de Taylor..

A sabiendas de lo que había sucedido, con el deseo secreto de reír, a pasos medidos se metió monte adentro. Pronto regresó. Traía un puñado de hojas molidas, machacadas entre piedras. Mientras tanto el mordido mojado de sudor, la faz verdosa, acorralado por el terror, apretaba la mano afectada en un aparente intento de retener el veneno en la extremidad e impedir que se extendiera.

—¿Y metió otra vez la mano en mi churuco...? ¿Es que el hombre

José María Sánchez Borbón

## La muerte de Nicanor

**E**l relámpago dibujó, frente a la laguneta, la figura del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que poco antes pasó por el gramalote hasta llenar la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca, repitiendo desde las nucas de la serranía una sola queja: creciente... creciente. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia cae y el caudal del río crece en la oscuridad, llena de hilos sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está, apesadumbrado, el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho rumbo a los bancos del río. Allí dejó correr las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice miraba sus aguas y con ojos entornados envidiaba la potencia de la correntada que le hacía vibrar las entrañas, como si la caja torácica escondiera un sensible diapason. Y poníase a repasar los pormenores de su amargura, la falta de vigor de que disponía su pecho flaco incapaz de llevarlo hasta el umbral de su rancho y gritar con enojo:

—¡No me quieras tanto, que me voy a morir!

Esta era la tragedia de Nicanor. Parecía imposible que fuese capaz de amilanar un espíritu tan rebelde como el de Nicanor, hombre que siempre dejó sentada fama de recio ante los más grandes peligros. Eso,

---

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ BORBÓN (1918-1973), obra: *Tres Cuentos* (1946), *Shumio-Ara* (1948) y *Cuentos de Bocas del Toro* (1994).

sin embargo, nada pesaba ante el hecho cierto de la nueva cobardía de Nicanor, mejor dicho, de la vieja cobardía de Nicanor, que no era nueva, que ya se avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla si la suerte nos depara dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor justicia las cualidades de la mujer de Nicanor que ésta: exceso. Ante aquel todo, excesivamente abultado, naufragaba el carácter, la hombría y, sobre todo, la vida misma. Si uno estuviera en capacidad de mirar, objetivamente desde luego, el acontecimiento dramático del “vivir” de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía; y el desgano, o aún más, el desmadejamiento de los pormenores de su triste vida. Esa mujer infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, movíase en el ambiente estrecho del rancho como un remolino que absorbiera los pequeños y terribles hechos de la vida cotidiana y, lo que es peor, a Nicanor. Los brazos-boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquino cuello de palúdico, magro como un bejuco del monte. Entonces lo quería. ¡LO QUERÍA! ¡Dios santo!, la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo y personal de quererlo, ese engranaje sutil de fervores que brotaba de lo más profundo de su naturaleza melosa, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesaba a su mujer se formó al calor de las más aisladas contingencias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía terminó por invadir el campo de lo puramente espiritual. No era sólo el instinto de conservación lo que operaba en el pobre Nicanor, sino que, desdichadamente, también una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste de grasa, movida de su pasión devastadora, pretendió desposeerlo de su responsabilidad de varón, sabiendo perfectamente que

en esa comarca los hombres todos se mueven condicionados por una concepción muy estimable y muy estricta de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió en una refriega en que dirimía, apoyado en el argumento del filo de su machete, sus derechos de posesión sobre unos puercos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, en el hombro izquierdo, un tajo profundo. Luego, sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrincante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos—boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Salió después en triunfo con la camisa tinta en sangre, sobre los amorosos brazos de su mujer, camino ancho lejano, en medio de las miradas hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella.

Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderó de la garganta de Nicanor y le trajo la angustia de su bronquitis crónica, negra alimaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco en que sentaba Nicanor su tristeza. ¡Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que lloraba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y de las copas de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaban a contar los truenos. Llovía, llovía torrencialmente. Muy lejos, los caracoles marinos anunciaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegado al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada que anunciaba un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho al penetrar sigilosamente en la casa. Del alto jorón sacó sus enseres de cacería y, además, un bultito redondo que introdujo en la “chuspa” de hule. La

puerta abierta enseñaba el cielo cruzado de latigazos de fuego. En el jergón, un candil prendido alumbraba y daba al cuerpo echado actitudes infantiles. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una montaña imponente de carne. Con calma, el hombre vació el carburo en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque, levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó con disgusto y alarma. No lo pudo evitar. Una tos, como un crujido, apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo con toda su alma, rasgó un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz reveló a la mujer, incorporada sobre un brazo.

El hombre, cadavérico del susto, contempló la cara mofletuda. Reaccionó, y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita, incongruente, salió del corpachón:

—¿Onde vas con la noche tan fea?

Tembloso, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió —maldita sonrisa— Y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes, recibió en el bigote un beso blandito.

Salió hacia la noche.

Frente a la luz de la lámpara de carburo, el agua blanqueaba como una tela de mosquitero. Con la brisa fría que agitaba las hojas venía aún la advertencia de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos.

El suelo y las hojas secas se deshacían, se movía la tierra licuada descubriendo las raíces de los árboles. El Talamanca bajaba en alud.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la “chuspa”, y sacó el taco de dinamita. Alumbrando cuidadosamente, buscó un cuenco apropiado en la roca y acomodó el pequeño instrumento de destrucción. Con los labios fruncidos en rabiosa determinación, prendió la mecha hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles desplazados por la creciente. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. El barranco y la peña pulverizados, abrieron paso a un nuevo río que se precipitó hacia el cercano rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbre a la última pipa de la jornada memorable. Triste madrugada decreciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El rostro de Nicanor se había transfigurado con una expresión de infinita paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara al subir la trocha que conducía al caserío de la loma.

Con la visión de las casas relacionó la imagen de Carmen, una chola que no era por cierto muy joven, pero ¡oh felicidad impagable!, flaca como un grillo. Se distinguían siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas hicieron gestos alborozados. Nicanor disminuyó la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entró en franca agonía. En uno de los ranchos se perfilaba, rotunda, su mujer. ¡Dios! Se salvó. Tosió Nicanor. El pecho le silbó desastrosamente. La espalda se dobló, la vista se tornó vidriosa. Como un gorjeo le llegó la voz maldecida de la mujerota, babeante de felicidad. Cerró los ojos con resignación al caer en los brazos amantes. Luego, “crack”, un sonido apagado, humildísimo. Sucedió lo que nadie podía evitar. La pasión de la amantísima mujer quebró, como si hubiese sido de cristal, su cuello indefenso de palúdico.

Ante el espanto de todos los vecinos, el rostro sin vida de Nicanor le sonrió a la lluvia.

Ramón H. Jurado

## Herenia, la lejana

*A Boris Zachrisson*

**M**e aproximé con sigilo. Seguro estoy que no sospechaba mi cercanía. Sin embargo, con precisión increíble, tornó el rostro, clavándose sus ojos hondos, tristes como la distancia. Mirándome indefinidamente, sin asombro por mi insólita aparición, dijo bajo la mirada imprecisable:

—Vienes como desde el tiempo.

Me aterró semejante recibimiento. En realidad habían ocurrido tantas cosas que, en cierto modo, éramos sobrevivientes. En el mismo tono de cansancio agregó:

—¿Dónde estuviste toda esta eternidad?

Me resultaba difícil encontrar respuesta para sus palabras. Me llegaban envueltas en un aire de fatalidad y no encontraba el modo de penetrar esa densa soledad que la envolvía.

—Ni yo mismo lo sé.

Y como si no hubiese entendido mis palabras, insistió:

—¿Qué te trajo desde tan lejos?

—No me encontraba lejos —¿respondí de inmediato tratando de romper el halo fatal que la arrastraba.

—Ah —dijo. —Yo te veía caminando siempre hacia mí, siempre, de día, de noche, a todas horas y nunca he podido comprender por qué no llegabas...

—Soñabas y a veces los sueños pierden... —Y como si hablara con otra persona, expliqué: —Jamás podríamos encontrarnos porque an-

---

RAMÓN H. JURADO (1922-1978), obra: *Un tiempo y todos los tiempos*. (1975).

dábamos por mundos distintos.

—Es cierto. —Y como si su voz me llegara con neblinas:

—Han pasado tantas cosas...

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—¿Y eso qué soluciona?

—Nada. Pero conversar ayuda ....

—Es cierto.

Tras esas palabras, se abrió un espacio. Yo sentía que no sólo era obra del silencio que se alargaba en ese atardecer sin luz ni ruidos, sino algo físico, sólido, como si sucesivas olas de tierra nos alejaran. Entonces sentía que desde esa otra orilla en donde ya se desdibujaba me llegaban sus palabras. Eran hojas enloquecidas que vientos extraños lanzaban contra mí.

—¿Crees que la muerte rejuvenece? —la oí decir desde tan lejos.

—No sé. Todo lo que tiene que ver con la muerte es misterioso...

—Pues sí, rejuvenece —me replicó, segura de sí. Y prosiguió:

—¿Recuerdas la noche aquella, la última en que tú y yo nos vimos, cuando inesperadamente apareció ante nosotros...?

Reconstruyo el grotesco espectáculo. Ella, muy junto a mí, hablaba cosas de su inmensa imaginación. De pronto surgió él, frente a nosotros. Ella no hizo el más leve movimiento. Ni siquiera cesó de hablar. Cuando se detuvo fue para levantar lentamente la mirada hacia él y sostener el silencio. Entonces, no sé si asustado por su irreverencia o decidido a lo irreparable, dijo: “Decídete. Te quedas con él o vienes conmigo”. Él, allí, de pie, muy cerca, aguardando el infinito; ella, con la mirada perdida en su rostro agredido por las sombras, silenciosa también, y el tiempo paralizado. Entonces, con esa misma voz que ahora me habla, dijo: “Espérame”. Y volviéndose a mí, simplemente agregó: “Adiós”. Desde entonces son muchos los años transcurridos.

—Desde luego, la recuerdo —respondí como quien despierta.

—En ese momento decidí de una vez por todas mi vida. Cuando me alejaba hacia él y permanecías a mis espaldas sentí que un manojo de hilos azules —¿por qué serían azules?— se rompían uno a uno. Cuando estuve a su lado, vi cómo te devoraba la lejanía.

Hizo una pausa como de ausencia y yo la oía, sin atreverme a interrumpirla, porque su voz me llegaba desde la otra orilla. Siempre con un dejo indeciso entre el cansancio y la agonía, prosiguió:

—Vino aquello horrible del matrimonio y los enormes años. Los días como desiertos... las noches eran silencios largos donde los recuerdos ni siquiera se aproximaban.

Volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

—¿Recuerdas bien cómo era?

—Sí. —Respondí.

—Era normal. Más bien feo, pero de un contorno agradable. Y como tú... Es más... diría que era más joven.

—Es posible.

—Pues bien, un día cualquiera descubrí un hecho curioso. Lo encontré en un detalle insignificante, tan insignificante que no puedo memorizarlo. Pero era evidente el acontecimiento: ¡Envejecía! Envejecía ardientemente. El descubrimiento desató en mí una insana curiosidad. Desde ese momento me di a perseguir la más mínima señal en su rostro, en su andar, en sus brazos. Así constaté, por ejemplo, que los ojos se le achicaban; que los brazos enflaquecían vertiginosamente; que la cara se le encogía, se achicaba velozmente. Era un proceso raudó, sencillamente monstruoso. En ocasiones le decía: “¿Te sientes bien?” Y él respondía: “Perfectamente” Yo lo acosaba: “¿No te notas nada extraño?” “Absolutamente” —respondía mientras me reprochaba: “Tú siempre andas viendo cosas”.

En este momento hizo una larga pausa, buscando sabe Dios qué recuerdos en el horizonte. Yo no atinaba a decir nada, ni a tocarla siquiera, porque para entonces, crecía en mí la convicción de que no era otra cosa que un recuerdo que me hablaba. Regresó desde lo más extraño y dijo, mirándome, por vez primera, fijamente a los ojos:

—Yo te diría que fue cuestión de días. Envejecía atterradoramente. Era tan obvio el hecho que todos callaban por compasión. Sólo él no percibía cuanto le estaba sucediendo. Nosotros lo atribuíamos al exceso de trabajo porque, evidentemente, se entregó al trabajo con frenesí morboso. Era un trabajador perseguido por la fatalidad. Era el esfuerzo

tenaz, agotador, sostenido, sin éxito. Daba dolor contemplar su afán inútil, ese diario comenzar, ese desesperado entusiasmo por empezar lo que siempre concluía en fracaso. Y él no parecía comprender cuanto le sucedía, que a cada nuevo día, que al final de cada nuevo intento, su situación era más desesperada. Un día me dijo:

“—Quiero que tengas todas las cosas en orden.

“—¿Qué cosas? —le pregunté.

“—Las cosas, pues” —fue toda su respuesta.

—No mucho tiempo después, me dice en tono grave aún, pero sin ceremonias:

“—Toma este dinero y consévalo. Puede serte útil en cualquier momento.

“—El dinero siempre es útil en todos los momentos” —le respondí yo sin comprender si había algún significado oculto en sus palabras.

“—Yo sé lo que te digo” —agregó por toda explicación.

“Nunca supe la cantidad y por mucho tiempo olvidé definitivamente en dónde lo había colocado. Sólo aquel día, como iluminada por un reproche, recordé con una precisión increíble el sitio en donde se encontraba el dinero, cuya utilidad era en esos instantes, precisamente, desmesurada. Por esos tiempos los rastros de la vejez se le acumulaban apresuradamente por todo el cuerpo. ¿Sabes...? Me duele y me desagrada hablar de estas cosas...

—A veces conviene hacerlo.

—Es cierto —repitió como en la primera ocasión—. Por eso lo hago ahora. Así, pues, sobra decirte que poco era lo que quedaba ya de su porte elegante, de su pelo rojizo, de su piel tersa, porque la ancianidad lo devoraba sin piedad. Era algo grotesco, indescriptible. A tal punto había avanzado el misterio que no era fácil reconocerle. Sólo él ignoraba cuanto le estaba ocurriendo. ¿Lo ignoraba en verdad? Un día salimos con un propósito definido que ahora mismo no recuerdo. No bien nos alejamos de la casa, me dijo:

“—Debo regresar. Olvidaba que tengo una cita y necesito unos papeles que están en casa.

“—Te acompaño —le dije.

“—No hace falta —replicó—. Es necesario que cumplas cuanto antes ese encargo. Te veré luego”.

—Sin más explicación detuvo el auto y regreso a casa mientras yo tomaba rumbo distinto. Anduve sin concierto por muchas partes. Algo me incitaba a no regresar. Pero un desasosiego mayor me indujo a volver y así —alzó hacia mí sus ojos— a poca distancia de la casa una aglomeración insólita me previno de lo sucedido. Una voz vecina me dijo: “Herenia, no sigas”. Ya no tuve dudas. “Si yo no quiero seguir —le respondí—. Me quedaré en su casa”. Cuando la multitud se desvaneció y todo parecía plácidamente normal, me encaminé a casa envuelta en una absoluta serenidad. Todo estaba igual allí. Hasta pensé que sólo habían sido alucinaciones, estorbos de los presentimientos. Estuve recorriendo la casa, lenta y maliciosamente, buscando algún signo que aplacara mis temores, más nada delataba el acontecimiento. De pronto, un lamentable descuido de quienes quisieron privarme de cualquier horror, me situó frente al suceso: desde la puerta del baño, comenzaba a avanzar hacia la sala un hilo de sangre. Fue el presagio de la revelación total. Entonces alguien, ante lo irreparable, me dijo cuanto sucedió.

En ese momento comencé a sentir extrañas sensaciones en mi cuerpo, particularmente en la cara. Pequeños y sostenidos tirones bajo los ojos me hacían pensar que mi piel se estiraba. Semejante era la sensación de que se me amontonaban las arrugas. Pero esta angustia creciente se detuvo cuando nuevamente me sujetó la voz transparente de Herenia:

—Sólo volví a verlo en los funerales. Te juro que no me atrevía a aproximármele. Sin embargo, en cierto momento, algo me levantó de mi asiento y me condujo a él. Entonces lo miré detenidamente, sin asombro y sin agonías. Aquí, sobre la, sien derecha, la sombra de una mancha indicaba el sitio por donde penetró la bala. Sólo eso. Pero lo insólito, lo profundo y adorable era que, así, en plena muerte, su rostro estaba envuelto en una tersa juventud. Habían desaparecido las arrugas monstruosas. La boca deformada por la ancianidad, recobró su juvenil encanto; el pelo volvió a su color rojizo, en fin, te digo, que

nunca fue más joven ni más hombre que entonces, cuando la muerte había apartado de su rostro la angustia terrible de vivir.

En ese momento me levanté de improviso, aturdido por una terrible convicción, por una certidumbre que se volvía horror. No eran los huesos, ni el alma. Era mi piel la que se transformaba; sentía que el tiempo se arremolinaba en mi rostro haciendo surcos, arrugas, ojeras, manchas, escamas... Eran años y años que me aniquilaban el rostro y encogían mi cuerpo. Ya, entonces, no tuve dudas. Caminé despavorido, sin propósito, como si huyera de algo, hasta que, sin saberlo, me detuve frente a los cristales de la ventana. Allí, el temor me hizo piedra. El presentimiento me entumecía, sin que me atreviese a levantar el rostro. Finalmente, cuando de nuevo intentaba huir, tropecé con mi cara en el cristal. Fue lo último. El estupor definitivo. No había envejecido. Mi rostro estaba igual. Al volver la mirada hacia ella, lo comprendí todo: la ancianidad la había devorado.

Boris Zachrisson

## El arete

Vivo en una casa velada por el tiempo. Ahí suceden las cosas más raras. Un día se ríe casi con vulgaridad; otros, el más absoluto silencio recuerda un severo claustro. Esta casa es de la época canalera. Es de construcción francesa. Tiene grandes salones con pisos de caoba que se mantienen lustrosos. Tan lustrosos están que el misterio se desliza. No se atreve a caminar temeroso de caerse.

Los salones que dan al balcón se mantienen cerrados. Los sábados la casa abre sus puertas para la limpieza. Las grandes y pesadas cortinas de damasco con sus bellotas en los bordes, son sacudidas, inundando la calle con el polvo de medio siglo. Tomás es el encargado de los trabajos fuertes. Limpia los pisos, sacude cortinas, en fin todo lo que necesite de su fortaleza física. Tomás está tan lleno de misterio como todos los que vivimos aquí. Es un mulato de treinta años y con treinta años de vivir en esta casa. María es propiedad de la familia. Sus cuarenta y tantos años de vivir encerrada le han convertido en la réplica viviente de una estatua oriental color ámbar, que adorna la existencia gris de la casa. Isabel y yo somos los más jóvenes de la casa.

Somos cuatro personajes envueltos en el más extraño laberinto de recuerdos. El salón de la casa, con sus innumerables fotografías y hermosos óleos, bandejas de plata con fechas y nombres, muebles antiguos, evoca tiempos de testas coronadas.

Todos los salones lucen pálidas alfombras persas. La escalera que da a la puerta principal tiene escalones de granito. El botón de la puerta está enmohecido.

Isabel es la cocinera, y como tal está enterada de todo. Me cuenta los más increíbles chismes. A menudo nos reímos. Con nuestra risa

---

BORIS ZACHRISSON (1928), obra: *La casa de los ladrillos rojos y otros cuentos* (1975).

nos vengamos del silencio.

Ayer Isabel me dijo que en la puerta de atrás de la casa se encontró un arete. Es curioso, pues la puertecilla sale a un estrecho callejón — donde los gatos cantan himnos de amor— y es utilizada solamente por Tomás, Isabel y yo.

El arete es una fina joya de platino adornada con brillantes, el centro luce una hermosa esmeralda que tiene la forma de las lises de Francia.

Por ignorar quizás su valor e intrigada por el hallazgo, Isabel me entregó el arete.

El asunto comienza a preocuparme. Tomás limpia la puerta trasera a las seis de la tarde, y terminada la faena le pone un cerrojo. María, después de servir la mesa a las siete de la noche, se refugia en su cuarto lleno de santos. Isabel sube a mi cuarto —vivo en la buhardilla de la casa— y juntos, recostados en el alféizar de la ventana, vemos terminar la tarde y comenzar la noche. Después...

Isabel cruza el patio camino a su cuarto.

Y la casa se queda en silencio con su noche invadida por el nostálgico aroma de los heliotropos que adornan el patio.

¿Qué ser extraño puede ser el poseedor de tan maravillosa joya, que ronda en las noches dejando una huella cara?

¿Qué dama sondea el misterio de los gatos?

¡En algún joyero las lágrimas ocuparán el sitio de tan preciado arete!

Mejor será no pensar en ello; son las nueve de la noche y mañana tengo que ir a misa con la Señora. ¡Sí!... la Señora, el quinto personaje; la dueña de la casa; la Reina de cuatro súbditos. Es una señora de unos cincuenta y cinco años, de porte alto y distinguido. Sus hermosos ojos sugieren terribles pasiones. Sus manos son largas y bellas. Su voz es tan armoniosa, que los regaños salen envueltos en seda.

El tratamiento que recibo en esta casa es el de sobrino de la Señora. Ella se dirige a mí llamándome por mi nombre. Yo, con el usual trato de Señora.

Isabel, con su extremada curiosidad, me ha dicho que de los mu-

chos y resonantes apellidos de la “tía” no existe ninguno que se parezca al mío. No le doy importancia al asunto. El único rostro que recuerdo desde que tengo uso de razón es el de ella. Con el correr del tiempo la Señora me solicita menos. El mes pasado sólo la vi cuatro veces.

Estaba enferma, dijo María, y me vi obligado a comer solo durante este tiempo. Al pasar por su cuarto sentía gemidos.

Isabel asegura haberla visto llorar.

Es hora de dormir; el reloj del pasillo con sus campanadas me anuncia las diez de la noche.

Las campanas de la iglesia me despiertan. He dormido poco.

Debo apurarme. Siento los pasos de María que sube al cuarto de la Señora. Me siento nervioso.

“Anoche soñé que la Señora se encontraba en un gran salón iluminado por hermosas arañas. Un caballero elegantemente vestido bailaba con ella. Daban tantas vueltas que la Señora se sintió cansada. El caballero la acompañó a tomar aire. Salieron a una terraza, y mientras conversaban, se acercó una dama vestida con gran lujo. Su traje era de terciopelo negro, sus cabellos eran castaños, su único adorno eran unos hermosos aretes de esmeralda rodeados de brillantes con la forma de las lises de Francia. La dama no tenía rostro. El caballero al verla le hizo una reverencia, y tendiéndole su mano, entraron al salón. La dama reía y la Señora en la terraza comenzó a llorar”.

“Después... no sé. Mi sueño se volvió oscuro y complicado, sin ninguna ilación. Sólo veía ventanas que se abrían y cerraban. Luego la visión se hizo más clara y ordenada. Por una calle venían la Señora y María. María cargaba a un niño recién nacido. La Señora miraba hacia atrás con mucha frecuencia. Caminaban con gran prisa; se detuvieron en una esquina y vieron una placa con el nombre de la calle. María hablaba pero yo no oía nada; la Señora movía la cabeza afirmando y señalaba la placa iluminada por el farol de la calle. Era de noche y una leve llovizna rociaba los tejados de zinc produciendo una soporífera musiquilla...”

Un golpecito en la puerta y la voz de María que me dice que la Señora está esperando.

La señora, María y yo bajamos por la escalera de granito. El picaporte, reacio a la mano de María, cede después de un interminable minuto. Es un amanecer de ruidos quietos.

Llegamos a la iglesia que está a unas escasas cuerdas de la casa. Se celebra una misa de difuntos. Los cirios y la lenta letanía del cura van calando mi estructura ósea. Miro de reojo a la Señora que reza piadosamente. Cuando la música del órgano invade la nave de la iglesia, mis ojos lloran lentamente; luego rezo como no lo había hecho nunca. La música ha cesado. La Señora y María tienen los ojos enrojecidos. La Señora me entrega un pañuelo de encajes. Me seco los ojos. Ellas salen con extremada cautela (como temiendo que la gente se entere de nuestra presencia) antes de terminar los oficios.

En la casa, después del desayuno, la Señora me ha dicho que desea hablarme. En el pasillo me cruzo con María e Isabel. La Señora habla con Isabel en el momento que llego, luego se callan. María pide disculpas. No sé qué está pasando. Ya me voy enterando. Isabel ha confesado lo del arete. La Señora me observa detenidamente; luego saca de un cofrecillo que está a su alcance el misterioso arete. Me lo entrega y dice: “Este es el arete que encontró Isabel y te lo entregó... María lo buscó en tu cuarto mientras desayunabas... no te asustes, no tengo de qué reprenderte. ¡Te prometo que dentro de unos días enviarán el otro y te lo regalaré! Quiero que tú los tengas como un recuerdo”.

María sale de la habitación seguida por Isabel y yo. Isabel me hace un guiño de ojo. En el patio se encuentra Tomás, el mulato, bruñendo la plata.

Hoy será un día de tantos.

Espero que llegue la tarde y junto con Isabel, apoyados en el alféizar de la ventana, ver el inicio de la noche.

Ernesto Endara

## La renuncia

“He renunciado a ti. No era posible.  
Fueron vapores de la fantasía;  
son ficciones que a veces dan a lo inaccesible  
una proximidad de lejanía.”

Andrés Eloy Blanco

**T**ito Turner se echó a reír cuando le dije que guardaba mi pasado en dos cajones. Me dijo: “Qué pasado tan falto de materia. El mío se desborda, ya no cabe en un baúl, dos archivadoras y varias maletas. El pasado es un caramelo, amigo mío, puedes pasarle la lengua de vez en cuando y volver a saborear las cosas ricas que te sucedieron. También es una mina. Si un día te encuentras seco, nada más tienes que escarbar por entre los viejos papeles...”

Me impresionó Tito. Por eso excavo en esta especie de cementerio, sin saber a ciencia cierta qué es lo que voy a exhumar. Ni siquiera puedo decir que busco un tema.

Son dos cajones grandes llenos de papeles amarillentos; colecciones de jabones y fosforitos de hoteles que quizá ya no existen; llaveros y llaves de puertas olvidadas; facturas y recibos de transacciones fantasmas; postales de un mundo irrepetible y tarjetas de presentación de personas desaparecidas. ¿Para qué guardo esas cosas? Ni yo mismo lo sé. Me muero y estoy seguro que mi mujer respetará lo que con tanto celo conservé; pero, a su edad, ni la curiosidad, pulga que el tiempo enseña a no picar, la movería a revisarlos. Después, se irá ella también. Los cajones nos sobrevivirían sin justificación alguna. Si los hijos vol-

---

ERNESTO ENDARA (1932), obra: *Cerrado por duelo* (1977), *Un lucero sobre el ancla* (1985).

tean los benditos cajones será únicamente buscando algo de valor antes de vender los muebles. ¡Qué chasco! “¿Para qué guardaría el viejo tantos checheritos?”, se preguntarían un poco decepcionados. Finalmente, el pasado, mi glorioso pasado, contenido de los cajones, iría de cabeza a un fuego purificador; o los meterían en dos bolsas de plástico negro y los mandarían a rellenar la hondonada del cerro Patacón o cualquier otro basurero.

Tal vez entre los papeles encuentre un tema. Si aparece, será bien recibido, si no, de todas maneras ahorraré trabajo a mis herederos porque haré limpieza. Irónicamente, ahora que se me acaba el tiempo, tengo tiempo de sobra para revisar el pasado y desaparecer lo que no se fugó con las hojas del almanaque.

¡Uf, cuántos recuerdos que no recuerdo!

Poemitas...

Amanece...

Un pescador se enreda  
en su fisonomía de redes.

Busca un beso en las paredes,  
mientras el mar, sentado, espera.

Amanece...

¿Quién no comienza escribiendo poesía? Como si fuera lo más fácil. ¡A volar papelitos! Espera, espera, voy a guardar éste:

Paradoja en el mar: la vela regresa diciendo adiós...

¡A la canasta con los otros! ¡Por Neptuno! (imaginó que así debe jurar un buen marino), ¡las cursilerías que se me ocurrían cuando me creía un poeta! Aunque... hay algunos, como éste otro, que también le voy a retrasar su destino final...

Por los labios de las olas,  
con su voz imperceptible,  
el mar canta y enamora  
a los barcos insensibles...

(pasión imaginaria de mis vagos pensamientos  
que juegan con el viento)

Veamos qué hay en esta carpeta color guineo. Ah, un diario. De 1960, nada más y nada menos. Desde allá hasta acá se ha trazado en la cuadrícula de mi vida una gráfica irregular de treinta y tres años de largo. Me acuerdo de ese mil novecientos sesenta. ¡Cómo no! Ese año lo pasé casi todo embarcado en el “Yaracuy”. Recuerdo que en ese tiempo me escribía cartas a mí mismo. Las ponía en un puerto, para recibirlas en el siguiente. Era un desahogo epistolar con el que me divertía describiendo mis diferentes estados de ánimos, e intentaba frívolos análisis a las mujeres que conocía para decidir las tácticas que me conducirían hasta sus camas. Tan hablantín era en ese tiempo que, cuando no tenía con quién, conmigo mismo conversaba. Con razón comienzo el diario con esta acotación tan extravagante, encerrada en un cuadrito:

“Para ser leído por mí mismo cuando me sienta viejo,  
sea libre y tenga tiempo de sobra”.

Aunque cumplí los sesenta, no me siento viejo; por otro lado, hace poco comprendí que la libertad es un fugaz estado de ánimo; y, por último, hace rato que no me sobra el tiempo. Sin embargo, nada me impide gurguciar en mi propio diario. Veamos...

Escribo versos por culpa de Anita, la de calle “T” que me fascinó tocando La Bacarolla en su violín y que después del primer beso me dijo que yo era un poeta. Me alegro de haberla conocido antes de irme a Venezuela y embarcarme en el “Yaracuy”. Es bueno tener quien lo espere a uno. Que lleve este diario, tendríamos que achacárselo a Joseph Conrad, a Jack London y a Malcom Lowry que me han llenado la cabeza con sus aventuras de mar, y ahora creo vivir constantemente en una...

Quizá no encuentre nada original en estas páginas, pero no le voy a quitar al muchacho que estaba tratando —y me parece que lo logró— de comunicarse con su futuro.

Sigamos. El 6/4/60, empieza con lo que parece una declaración de personalidad.

Soy lo que se llama un romántico, un tipo sentimental. No pienso cambiar. La gente práctica suele criticar esta manera de ser. Marcelino es uno de ellos. Es raro que seamos tan grandes amigos si vemos la vida desde puntos de vista tan diferentes. Marcelino pertenece a esa muchedumbre que asegura, con enfermiza contumacia, que el tiempo que nos ha tocado vivir es muy duro para dejarse ablandar por una puesta de sol. Hay que ponerse en onda con el mundo, dice, se debe prestar más atención a los gruñidos del estómago que a las canciones del corazón.

Hummmm... Veamos otro día...

22/6/60. —A bordo del “Yaracuy” las discusiones entre Marcelino y yo se han convertido en una especie de show. Son emotivas y vehementes, pero siempre lúcidas, y nunca, nunca, ofensivas o insolentes. Algunas veces pienso que son un despilfarro de palabras y pensamientos, pero hay que aceptar que también son un relleno substancioso para las horas tan lentas que pasamos navegando en esta inmensa olla que es el Golfo de México.

Desde que Marcelino y yo nos encontramos en este barco, se animaron las sobremesas. Todos hablan, hasta el primer piloto, el señor Anker Krag, un danés caballeroso y reflexivo que hasta entonces había sido muy introvertido, mete su cuchara de vez en cuando. El capitán Asciclo Morelia escucha divertido, rara vez interviene, él es un filósofo. Pero el día que declaré que me gustaban más los *Veinte Poemas de Amor* que el *Canto a Stalingrado*, me dijo que iba camino al egoísmo si perdía de vista que hay más poesía en la fraternidad entre los hombres, que en el amor de una pareja. Los demás rieron —risa inexplicable porque, aparte del capitán y Marcelino, ninguno ha leído los tales libros—. Marcelino aprovechó para imitar la voz de Berta Singerman para declamar:

“Me gustas cuando callas porque estás como ausente...” A mí, lo único que se me ocurrió fue decirle que me gustaría verlo a él y al capitán enamorar a una mujer con algo como “Yo he de ver zarpar muertos en ataúdes a vela ...”; y los demás volvieron a reír.

Advierto que no soy un fanático. Hasta acepto que esta sensibilidad con que estoy dotado me ha causado en algunas ocasiones más de un dolor de cabeza. Con todo, me parece grandioso poder dar un toque espiritual a los asuntos materiales de la vida. No puedo aceptar que una existencia quede resumida entre una fecha de nacimiento y una nota de defunción, y en el medio: comida, semen, sudor, caca y una obsesión casi mística por engrosar una cuenta bancaria. Eso por un extremo, por el otro, no creo que una entrega a la rebelión de las masas sea más sublime que entregarse al amor de una mujer. El individuo es importante, su personalidad, su libertad, su poesía interior. Allá ellos si se niegan el placer de imaginar que la luna es una dama majestuosa y coqueta a la que el rutilante Aldebarán, su paje favorito, sopla hechizos y hace guiños atrevidos.

Desdichados los que no sueñan. Yo hasta despierto lo hago.

Hoy me parece que ambas cosas: el sentimiento poético de la vida y luchar por la utópica revolución que ofrece un mundo que jamás veremos, es una cachimba de opio de la que solemos aspirar cuando no hemos cumplido los treinta años. Casi no me identifico con el muchacho, excepto en que todavía soy feliz con la tajada de sensibilidad que me queda. Pasemos los días ...

2/7/60.— ¡Qué buena parranda en Mobile! Y eso que prohíben vender licor los fines de semana.

3/7/60.— La máxima favorita de Marcelino: “esto es bueno si sirve para ...”. Creo que él es así desde chiquito. Pero ahora lo está deformando más su extremo materialismo. Estoy por echarle la culpa a los libros que lee.

Sus lecturas son disímiles, complicadas y curiosas; no es extraño que lo hayan enredado. Los libros que he visto en su escritorio no me atrevería a tocarlos ni con los guantes de un aceitero.

¡Qué títulos!: *Historia de la guerra del Peloponeso; Miseria de la Filosofía; Las aventuras de Arsenio Lupin; Por qué no es inútil una nueva Crítica de la Razón Pura; El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.* ¡Hágame el favor! ¿Quién que se lea estos libros puede seguir pensando con naturalidad? Y su biblia, su libro de cabecera: *Pragmatismo, un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar.* Con sólo el título quedo fatigado. ¿Qué puede salir de tal menjurje didáctico? Pues, nada más y nada menos que un Marcelino. Sí, mi mejor amigo a pesar de ser mi antípoda. Ni el tercer ojo de Lobsang Rampa podría abarcar todo lo que nos separa. Ayer nada más, le oí declarar con firmeza que después de alcanzar su título de capitán, navegará un par de años más y se retirará. ¡Dice que comprará tierras, inventará cosas, abrirá negocios; en fin, se hará rico. Por mi parte, confieso que mi materialismo se podría resumir en una casita frente al mar donde pueda escribir poemas al atardecer.

A Marcelino, eso de ser tan práctico, lo ha llevado a cometer grandes errores, algunos imperdonables, como la vez que estando yo de guardia en las máquinas, entró en mi camarote y se puso a hurgar aquí y allá, y habiendo encontrado mi pipa favorita (una *Frank Medico* curada en coñac), le raspó la maravillosa costra que tanto me había costado formar, porque “es inmoral fumar en una pipa tan sucia”. Casi nos cuesta la amistad. Pero bueno, ¿quién no comete errores? Es mi amigo.

La verdad, Marcelino era un tipo muy especial. ¿Por qué digo era?, debe serlo todavía. Tiene mi edad, no es tan viejo. ¿O será que a medida que envejecemos los viejos nos parecen menos viejos?

Leer este diario ha sido meter la memoria en una ducha fría, vivificante. Comienzo a recordar todo como si fuera ayer

21/8/60. —El capitán anunció un ligero cambio en nuestro itinerario. Teníamos meses de no salir de La Guaira, Maracaibo, Mobile, Houston, New Orleans y Trinidad. Esta vez, antes de tocar Maracaibo, llevaremos unas cajas a la refinería de Amuay, en Coro, esa península que parece una cabeza de duende. A casi todos les

pareció más aburrido que interesante, pero a Marcelino y a mí nos sacudió algo por dentro.

Lo que pasa es que la tal refinería dista unos pocos kilómetros del pueblo de Punto Fijo y su puerto Las Piedras, archiconocido por nosotros, por ser uno de los extremos de la llamada ruta serrucho que con toda regularidad cumplía el viejo S/S Bolívar, petrolero de la *Mene Grande Oil Company*, donde Marcelino y yo completamos las ciento ochenta singladuras exigidas para recibir el título de la Náutica. Lo que son las cosas ¿no? Precisamente, el mes pasado, remontando el Misisipí, habíamos visto aquel viejo cacharro de tan magnífico nombre, escorado en una orilla del río oscuro y enmohecido, esperando turno para ser refundido. No pude evitar un lagrimón por el pequeño petrolero que había sido nuestro primer barco. Ya graduados, Marcelino y yo, por sorteo fuimos destinados como oficiales en práctica a la *Mene Grande* y coincidimos en aquel pailón de acero que muy ufano llevaba el nombre del Libertador. La ruta serrucho era: cargar crudo en algunos puertos del Lago de Maracaibo, y descargar en Las Piedras, donde otros barcos de gran calado llevarían el petróleo a diferentes refinerías. En verdad, la ruta era atroz, el barco destartalado y el clima un verdadero castigo: “Mirai, primo, aquí no llueve sino que el sol suda”, se burlan del calor los mismos maracuchos. Muchas veces suspiramos de autoconmiseración y envidia al pensar en los compañeros que les habrían tocado barcos de navegación de altura y que estarían con la boca abierta admirando los rascacielos de Nueva York o caminando, muy abrigados, por esa pecaminosa y deslumbrante calle de Hamburgo donde mujeres maravillosas se exhiben semidesnudas en ventanas como escaparates.

Marcelino y yo fuimos condenados al hastío de una ruta de pueblos adormilados por el calor; a la soledad de esos muelles largos, angostos y negros, donde parece que siempre el mismo viejo pesca su aburrimiento y dormita la fatiga de los años; en fin, fuimos prisioneros en ese lago erizado de torres petroleras que emergen como fantasmas de hierro entre el vaho caliente de sus aguas.

Pero siempre hay compensaciones: La amistad que florece en estos barcos petroleros es de confianza total, de camarote abierto y escritorio sin llave; se convierte en un compañerismo a toda prueba y que todo lo comparte. Cosa hermosa en verdad, la amistad. La otra compensación, la que más nos ayudaba a halar el tiempo: los burdeles.

¡Tronco de burdeles, mi vale!

Entre el puerto de Las Piedras y el pueblo de Punto Fijo se levantan, si no los más lujosos, los más pintorescos y sonoros burdeles de toda Venezuela. Hay dos grandes ciudadelas del placer. Una arriba, en la meseta de vientos calientes, que se alza como un oasis imprevisto en medio de esa árida planicie en la que sólo pueden medrar pandillas de chivos olvidados. Es *El Nuevo Mundo*, ciudad encantada, una página voluptuosa de Las mil y una noches. La primera vez que vi aquellos seis edificios diseñados y construidos para el ejercicio del amor, me parecieron un espejismo. Pero eran reales, allí estaban, llenos de huríes, amazonas, princesas incas, rumberas cubanas, walkirias de rubias trenzas... en carne y hueso. ¡Ay! todo lo que había soñado en las solitarias noches de estudiante. *El Nuevo Mundo* es un sitio caro. ¿Acaso no lo son las cosas buenas, finas y deliciosas?

La otra ciudadela, la de abajo, justo al final del muelle, con ese nombre tan sabroso: *El Tropezón*. Cuando lo conocimos ya había pasado sus mejores tiempos. Los marinos petroleros, que manejan buenos billetes, van a *El Nuevo Mundo*. *El Tropezón* quedó como válvula de alivio para los hombres del pueblo; pero una que otra vez también racalamos por ahí. Sus cuatro edificios cuadrados parecen dados tirados en la arena de una playa prohibida. De día, cualquiera cree que es un pueblito fantasma; el sortilegio de la noche lo convierte en un palacio encendido de alegre putería.

¡Aleluya y cada quien con la suya! Los burdeles son hogares y epitalamio de los marinos trashumantes. Allí nos entregamos con frenesí al más deleitoso de los dones que otorgó la Naturaleza. ¡Que piensen otros lo que quieran! ¡Que furiosos griten contra el

falso amor, que nos adviertan que todo es ilusión maligna, oropel!  
¡Que juren y perjuren que entre las paredes de un burdel sólo hay dolor y perdición! Para mí los burdeles serán siempre una etapa maravillosa de la vida. Bueno, no lo dude, el color del paisaje será el mismo que el del cristal que ponga ante sus ojos.

¡Qué suerte tuviste (tuve), muchacho! En esos tiempos no se había inventado el SIDA todavía.

24/8/60.— Mañana recalamos en Amuay; desde allí, Las Piedras está a siete vueltas de propela. Hasta Marcelino se ha puesto nostálgico por la cercanía de los burdeles donde hicimos los piniños del amor. Hace seis años, cuando éramos oficiales en prácticas, poco menos que pordioseros del mar, con una mesada tan mísera que sólo alcanzaba para los cigarrillos, Marcelino y yo fuimos sus turistas más fanáticos. Y es que nunca nos faltó la invitación de los tripulantes del S/S Bolívar. La invitación no siempre incluía mujer, pero no nos quejábamos, ¿de qué podríamos quejarnos? Además, y esto tiene que quedar dicho, muchas de las damas de *El Nuevo Mundo* y de *El Tropezón* nos trataron de manera especial. En la plaza mayor de la memoria tengo erigidas estatuas a las Sandras, las Genovevas, las Patricias, las Teresitas y, claro, las Marías, que alguna vez por deporte, compasión, fraternidad y hasta por amor, nos regalaron lo mejor que podían dar: sus cuerpos. ¡Ay esos cuerpos mitigantes, de temblores frescos y sabios! Debo añadir que, una que otra vez, en la intimidad de las sábanas, nos dieron también una tajadita de sus almas.

Espero que entienda (me dirijo con respeto a mí mismo, viejo), que si escribo todo esto es porque soy un sentimental.

Conque un sentimental. ¿Y qué crees que eres ahora, un prosaico filisteo?

Dudo mucho que Marcelino se acuerde de toda esa buena gen-

te. Por mi parte, yo no he olvidado. Recuerdo hasta los apodos que llevaban como diademas de humor: *La Pelona*, *La Tres Minutos*, *Magda puñales*, *La Corsaria*, *Tragoamargo*, *La Mirapalcielo*. ¡Qué buenas gentes! Por favor, no me diga que es un desperdicio conservar estos recuerdos con tanta ternura. Tenga presente que fue ternura lo que recibimos. Y eso, la ternura, es lo más digno de ser recordado. Un regalo en la vida. Cosa sin precio.

Vaya, esto se está convirtiendo en el caramelo del que habla Tito. Sigamos, nadie me espera..

NOTA: Entre el montón de diferencias que hacen de Marcelino un individuo tan distinto a mí, he escogido una que nos retrata de cuerpo entero para dejarla como prueba. Se trata de un incidente que compartimos precisamente en el viaje a Amuay que acabo de fechar. Bien sé que esta historia no es un clamoroso mensaje a la posteridad ni un edificante ejemplo para las juventudes, pero estoy seguro de que por su naturaleza tan humana permitiría a cualquiera emitir opinión al respecto. Mas no quiero la opinión del mundo, se trata de que sea usted, a veinte o treinta años de distancia, quién juzgue y decida quién tuvo la razón en lo que pasó.

¡Anjá, apareció la historia que no estaba buscando!

*La Madmoacel* es la causa de todas las páginas que siguen. Ojalá que usted no la haya olvidado...

Puedes estar seguro que no la he olvidado.

...*La Madmoacel* es el dulce, el postre de estos apuntes. Mire si sería buena esta *Madmoacel* que ni Marcelino el calculador, el hombre de las metas y los números, pudo olvidarla. Como veremos.

Llegamos a Punta Cardón el 25 de agosto. Marcelino y yo saltamos a tierra como en los viejos tiempos: sedientos y con ganas; pero esta vez con plata en los bolsillos. Tomamos un taxi para ir

derechitos a *El Nuevo Mundo*. Duplicamos en la espiral del tiempo una escena remota ya representada por nosotros mismos y por un número infinito de marinos cuando saltan a tierra. Marcelino, vaya hombre precavido, esconde parte de su dinero en las medias. El carro da tumbos por una carretera de cutis dañado.

Han pasado seis años. Poco cambió en el paisaje. ¿Y nosotros? No sé, no se siente. De todas formas, seis años es toda una época cuando no se han cumplido los treinta. Parece mucha vida el haber visto una revolución que triunfa, leído quinientos libros, sufrido una tormenta y contar siete amoríos colgados entre el corazón y el sexo.

—¿Te acuerdas de *La Madmoacel*? —me pregunta Marcelino.  
—¡Claro! —le contesto.

Aunque son más de la seis y medía, el sol, pintor retrasado todavía da brochazos dorados en la meseta desolada. ¡De color era el cabello de *La Madmoacel*. ¡Vaya si la recuerdo!

Márgara, Margarita, Margot, alias *La Madmoacel* la blanca cumanesa de cabellos cortos y rubios enmarcando una nariz *respingada* culpable de su apodo. Parisina asoleada esta Margarita tan risueña. Categoría y belleza, supo sacar provecho de su aire *afrancesado*. Bien condicionada para su profesión, a la que no entró por la fatalidad de su destino sino por despreocupada escogencia. No era de las que sufren amarguras secretas. Estaba formidablemente equipada para su profesión: senos pequeños y firmes, caderas fuertes, muslos complacientes y corazón siempre en fiesta. No cargaba con madre enferma ni hijos criándose a cien millas de distancia. Además, tenía la desfachatez que gusta a los hombres que pagan alto. *Madmoacel, Madmoacel*, estás aquí, dentro de mi cerebro, tú y yo, en un bis de aquella tarde gloriosa en que reías —risa fresca y libre—, te reías de mi grasiento jefe de máquinas que no se explicaba que prefirieras acostarte conmigo por nada, y no con él, que pagaría el doble de la tarifa. Márgara, olor de *Palmolive*, gracias por tu generosidad, gracias por aquella tarde. De un sólo vistazo te diste cuenta que estos dos aprendices, marinos sin suel-

do, tenían una urgencia avasalladora, que estábamos aturridos por una increíble carga sexual. Así que primero me invitaste a mí y luego a Marcelino, por nada: *¿voules vous a coucher avec moi?* Lo decías en francés para hacer honor a tu apodo. “No tengo plata”, recuerdo que te contesté. Sin hacer caso me tomaste de la mano y me llevaste a tu cuarto, las ingles candentes y el corazón en zozobra. Así, por nada, por el único placer de dar placer...

¡Fuiste un arcángel, Margarita!

No contesté. En ese instante la ensoñación me había trasladado a la popa del “Bolívar” donde contaba las olas que nos iban alejando del puerto de Las Piedras del *Nuevo Mundo* de *La Madmoacel*.

—Para Margarita, *La Madmoacel*. —Me enseña un billete marrón.

—¿Cien bolívares?

No soy avaro, pero siempre me ha preocupado el pagar de más. Marcelino contrataca mis pensamientos:

Vamos, Ñero, si la vemos, es lo menos que debemos darle. Si mal no recuerdo, las mismas veces que fue para mí fue para ti; cuatro... cuatro veces nos hizo el favor. Calcula, en aquel tiempo las mujeres de *El Nuevo Mundo* cobraban veinte bolos, ahora deben estar por los treinta; para no caer en un interés compuesto, vayamos a la media proporcional: veinticinco. Matemáticas, Ñero. Cuatro veces veinticinco igual cien... Préstame la candela. Marcelino enciende su cigarrillo y sonrío. Se siente imbatible sobre el caballo percherón del pragmatismo. Tiene razón el condenado. Separo un billete de cien para Margarita... por si la vemos.

Entramos al Nuevo Mundo sin el asombro de los hermanos Pinzón ni la devoción ultraterrena de Cristóforo Colombo. Este Nuevo Mundo no tenía para nosotros la emoción de lo primerizo. Entramos como se debe entrar a cualquier burdel del mundo: disminuyendo la velocidad a media máquina (aunque siempre el pulso se acelera), midiendo longitudes, adivinando el urinal, identificando a los camorristas, eligiendo un buen mirador. Ordenados los tragos, se pide cambio para poner discos, esto nos facilita una proximidad a las habitantes. Se calibran cinturas y caderas; se observa con atención de experto el bamboleo de

los senos al caminar o bailar y, por último se pone a andar ese radar sin marca que es capaz de rastrear a la hembra afín. Tipos sofisticados como Victorio Manzo aconsejan enarcar ligeramente una ceja mientras se le manda una voluta de humo a la nariz de la candidata, mientras se deja aparecer en los labios una sonrisa tres cuartos, de melón macho. Bueno, cada velero tiene su aparejo. Lo que si me ha enseñado la experiencia es que si quiere pasarla bien en una de estas casas, debe eliminar totalmente la idea de que busca únicamente un alivio fisiológico, porque si no lo hace, se convertirá en un oso, o, lo que es peor, en un mantis sagrado y será devorado por la hembra durante el coito.

Margarita no se encontraba en ninguno de los seis palacetes del Nuevo Mundo.

Peor todavía: nadie la recordaba.

Ya habíamos decidido quedarnos entre los brazos y piernas de cualquiera de aquellas espléndidas mujeres, cuando Marcelino hablando con una negra que mantenía limpios los baños averiguó que *La Madmoacel* había sido rebajada de categoría; es decir, buscó asilo en *El Tropezón*, luego de una feroz pelea que tuvo con Leila, la regenta del “Taj Mahal”. Así que nos fuimos *El Tropezón*.

¡Uyyy! Estaba más deteriorado de como lo recordaba (seguramente la imagen que yo guardaba era mucho mejor de lo que en realidad fue nunca, usted sabe, la memoria suele dar excelente mantenimiento). No había barcos en el muelle, y siendo lunes no había hombres porque ese día en el pueblo se acuestan temprano. Sin hombres, aquel corral de fiesta, languidecía. El silencio era insultante. Entramos al “Tilín Tilán” donde las mujeres no lograban ocultar su malhumor debajo de las exageradas capas de cremas y coloretos. Lucían aburridas y cansadas. Después de un arqueo rápido Marcelino dictaminó:

—Ni una Margarita en este jardín.

Cuando preguntamos al cantinero, se sorprendió del apodo.

—¿Quién? ¿*La Madmoacel*? No, no tenemos ninguna *Madmoacel* por acá, pero ya que mencionó una Margarita, sí hay una Margarita... Una que vino del Nuevo Mundo hace como dos años. Está en *Las Noches de Gardel*, ese cuchitril de allá enfrente.

Uno busca lleno de esperanzas...  
Y todo a media luz...  
Rechiflado en mi tristeza...  
Esta noche me emborracho yo y me mamo bien mamo  
pa' no llorar...

*Las noches de Gardel.* Pobres noches sin tangos, sin milongas, sin un bandoneón desesperado, sin vaselina en los cabellos, sin las luces de Buenos Aires... sin Gardel.

—Allá está, —dijo Marcelino—. ¿Estás seguro que es ella?

—No olvido a las mujeres que se acuestan conmigo.

Me responde con sorna.

Marcelino es capaz de hacer una interpolación en las tablas de Badwich a la luz de un candil y recordarlo veinte años después. Podía estar seguro.

Una mujer flaca y oxigenada me sobó la espalda. Para aliviar su letargo le di un bolívar para que pusiera música. Se prendió la rockola.

Desde el fondo de la gayola luminosa, un resignado Julio Jaramillo repite una vez más, con su voz de tabaco y melcocha:

“Ya nunca volverán  
las espumas viajeras  
como las ilusiones  
que te depararon dichas pasajeras...”

Margarita, sentada en un rincón, lee un periódico. Nada hay sobre la tierra que pueda provocar tal sensación de aburrimiento, de desolación, como una mujer leyendo un periódico en un cabaret. De pronto se me concentra una salivita amarga en el esófago. La tendré que bajar con ron. ¡Ay Márgara, Margarita, tú que fuiste la reina del Nuevo Mundo! La de los pies ágiles para el baile y los brazos perfumados para el amor. ¡Mírate hoy, María la O. Margarucha, resto de un naufragio, descascarillado mascarón de proa!

¿Cómo puede ser tan malo el tiempo? ¿Nos contarás, Margarita? No, calla, no cuentes...

Las otras cuatro o cinco mujeres también parecían nadar en esa niebla de abatimiento. ¿Pero qué es esto, una noche de té y abuelas en el corazón del Tropezón? Ni siquiera nuestra entrada logró animarlas. Tal vez pensaron que éramos “un paquete” o que andábamos perdidos. Quizás temían que a ellas mismas preguntáramos: “¿dónde están las hembras buenas?”

Pedimos al mesero que llevara un *Cointreau* a Margarita.

—¿Coantró? —palabra rara en *El Tropezón* de ahora. El enfado trató de proteger a su ignorancia—. Aquí sólo servimos cerveza o ron.

Cuando Margarita recibió su ron, levantó la cabeza y nos miró. Sin tener la menor idea de quiénes éramos, nos ofreció una sonrisa. Tomó un pequeño sorbo. Le quedaba aquel toque de categoría que le impide correr a ofrecerse. Esperaría.

Fuimos a su mesa. Sin palabras, ofreciéndole nuestros brazos, la invitamos a seguirnos a nuestra mesa que ya estaba adornada con una botella recién abierta, vasos, hielo y coca colas. Por unos instantes sus ojos brillaron, como en sus tiempos dorados, pero enseguida se volvieron a cubrir de esa fatiga infinita que siempre ronda a las mujeres sin esperanzas y a los hombres sin mujeres. Sin embargo, se levantó y secundó lo que parecía una farsa, resignada a que estos dos hombres mataran su aburrimiento con ella. Mientras caminamos a nuestra mesa Marcelino se dirigió a mí:

—Me temo, Ñero, que la reina Margarita se ha olvidado de nosotros.

—“Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar ...” —le recité suavemente.

Se detuvo en seco. Nos miró fijamente. Casi podíamos oír los engranajes de su memoria dando vueltas.

—¡Anjá! —dijo con alegría— los Ñeros del “Bolívar”...

Parecía a punto de llorar cuando nos abrazó con efusividad. Me sentí un poco incómodo porque en su abrazo, que había sido auténtico y algo maternal, me rozó algo pecaminoso. ¿Qué podía ser las puntas de sus senos, los lunarillos de su espalda blanca, o ese olor a perfume barato que de pronto puede ser muy excitante?

Quiso saber de nosotros, más por evadir su propia historia que por curiosidad. Hablamos y tomamos. Al escucharla (su voz conservaba una juventud tenaz), iba redondeando la personalidad de esta mujer. No cabía duda, era inteligente y sensible. Resulta inexplicable que haya descendido hasta aquí. ¿Por qué no tuvo la fuerza del ahorro? ¿Cómo fue que no se casó como muchas otras? Hace seis años lo único que me importaba eran sus caderas; soñaba con los veinte minutos en la penumbra fresca de su cuarto, su bata de grandes flores amarillas, tirada en el borde de la cama, había sido para mí el súmmun del arte erótico.

Con una mano sobre mi brazo (fría y un poco pegajosa), se dirigió a Marcelino:

—Pues sí que eran dados a la poesía...

—Marcelino tenía una, una sola poesía... —le recordé.

—Cierto —aceptó—, una sola, *La Renuncia*, ¿no es cierto? Parece mentira, los años que han pasado y nunca la he olvidado: “He renunciado a ti. No era posible. Fueron vapores de la fantasía...” ¡Qué linda!

—También te gustaba mucho “Puedo escribir los versos, más tristes esta noche ...” —la interrumpí.

—Sí, sí —continuó—, pero *La Renuncia* se me pegó.

Después de todo, me parece que se entrega todo con la renuncia...

Marcelino sonreía como un tonto vanidoso. Y como un tonto vanidoso declamó:

“...como el marino que renuncia al puerto y el buque errante que renuncia al faro...”

—¡Oh, Dios qué tristeza! —dijo emocionada—. Y ¿cómo era esa otra parte que se presta para estos momentos?... Ah, sí: “he renunciado a ti como el mendigo que no se deja ver del viejo amigo...” ¡Qué terriblemente hermoso! Algunas noches me acosté llorando al recordar esas líneas.

Guardamos silencio. Apuesto que Marcelino no comprendió la congoja majestuosa que reinó en la mesa. Apuesto que calló porque no sabía qué decir. Como yo soy muy perspicaz, rompí aquel silencio que podía echarnos a perder la noche. La invité a bailar.

Mientras bailábamos, le pasé el arrugado billete de cien bolívares.

—¿Para mí? —preguntó con coquetería—. Eres muy generoso. Si me acompañas al cuarto verás que yo también puedo ser muy generosa.—Empinándose un poco me susurró al oído:—¿Te acuerdas?

Me tomó de sorpresa. Lo que menos esperaba era esa invitación. Un poco turbado no acerté sino a mascullar una respuesta entrecortada:

—Creo que ya no hay tiempo... tú sabes, el barco... tengo turno dentro de poco. Mañana sí, mañana vuelvo... entonces sí.

Alzo ligeramente los hombros. De la cintura para abajo sentí que algo se me perdía: había aflojado la presión de su vientre contra el mío. Se acabó el disco.

Marcelino la sacó. No habrían bailado ni la mitad de la pieza cuando se acercaron a la mesa. Marcelino recogió su trago y el de ella y dijo en el tono más natural del mundo:

—Ahora regresamos, Ñero.

Creo que toda la sangre de mi cuerpo se agolpó en mi cara. El disgusto subió de tono a medida que analizaba los actos de aquel drama que ahora se convertía en una farsa de patio. “¿Cómo he quedado por este desgraciado? Acabo de decirle a Margarita que no tenemos tiempo, y él se va tan campante con ella, a su cuarto, me imagino que no a jugar barajas. Si habíamos quedado en regalarle los cien bolívares... re-ga-lar-le ¿Cómo es posible que reciba un coito a cambio? Eso se llama comprar carne, carne de una vieja amiga. ¡Por el rabo de Satanás! Qué hago aquí sentado como un verdadero idiota... Ese Marcelino se va a componer el día de... Yo pude hacer lo mismo y no lo hice, ella misma me invitó, pero carajo, yo tengo sensibilidad, algo me queda de pudor, de dignidad. Y no es que Margarita no esté buena todavía. Bien hubiera podido...”

¿Qué diablos pensaba? Se me enredaba todo por la infamia de este Marcelino. Eso era, una infamia. Yo no pude ser un infame. Margarita había dejado de ser una puta para mí. Desde hace tiempo se había convertido en un símbolo, una fotografía antigua que por un milagro de los sentidos se mueve y habla; *La Madmoacel* de hoy era una artista que había compartido conmigo un gajo de su famosa juventud. ¿Cómo

demonios me iba a acostar con todo eso? Él sí, él ha demostrado lo que es, un vil materialista, un avaro empedernido, un degradado comerciante de sentimientos. ¡Déjalo que salga!

Así pensaba, sentado allí, solo, despechado.

Una viejuca mal sentada en la barra me miraba desvergonzadamente. Una mirada realmente abochornante. “Yo no funciono así señora” tenía ganas de gritarle. Es una seducción infantil eso de mirarle a uno como si uno fuese un rábano fragante digno de un mordisco. “No señora, aquí está viendo usted a Sir Galahad, el caballero del Santo Grial, el impoluto”. La vetera no se daba por vencida. En un acto más recriminatorio se subió la falda descaradamente. Pude adivinar, entre sombras criminales, allá donde me da escalofrío, en los ojos, muy negras, negrísimas, su ropa interior. Admito, contra mi voluntad que la mujer no estaba tan aplaudida nada. Sus muslos eran realmente formidables; estaba muy bien maquillada, la boca lucía roja y grande y dejaba entrever la punta de una lengua que seguramente estaba bien entrenada. ¡No! ¡Por supuesto que no cedí!, ¡Ni cederé nunca a una tentación así! Yo soy un romántico, ya lo he dicho. Y en este momento menos voy a permitir que la tentación ocupe el espacio de la indignación. En un acto cuyo valor pocos comprenderán, volteé la silla y le di la espalda a aquella pantera que pretendía devorar mis largas y solitarias noches de navegación. “¡No señora! Esta noche regresaré invicto al barco”. Quizás un poco triste y nervioso, pero con mi moral intacta. Ya tocaremos otro puerto.

Todavía me tomé dos tragos más y Marcelino no salía.

Me serví el tercero y llevé la botella a la barra. La viejuca me daba la espalda en ese momento. Toqué su antebrazo con la botella y dije:

—Le regalo la botella.

La mujer se volteó, me miró a los ojos como si yo fuese un cigarrillo aplastado. Con el mismo antebrazo tumbó la botella y me volvió la espalda. La botella rodó hasta la canaleta de la barra y comenzó a perder líquido por la tapa mal cerrada. Allí las dejé, botella y mujer, vaciándose; aquella de ron, ésta de orgullo. Regresé a la mesa y decidí que al final de ese trago me iría. Voy a confesar algo importante. Algo

que un buen contador de historias hubiese ocultado, pero que yo (y seguramente usted que me lee, sigue siendo igual después de tantos años) pondré en blanco y negro como una especie de mea culpa: sufrí al imaginar a Margarita con las piernas abiertas recibiendo al miserable de Marcelino; y eso no es todo, también reconocí la envidia en el paso del ácido bíblico que me recorrió los intestinos. Es que en ese momento recordé todas las maniobras con que *La Madmoacel* podía hacer delirar a un hombre.

—Vámonos, Ñero... —hablan a mi espalda.

—¿Y Margarita? —pregunto, atorado por el despecho.

—Se quedó en el cuarto. Te manda un abrazo. Dice que con nuestro regalo se va un fin de semana a Cumaná a descansar.

Por supuesto que se va a descansar la pobre. Imagino que tú terminaste de molerla, de magullarla, de estropearla. Tan dulce y tan dócil la Margarita. La violaste, Marcelino, la violaste en su camarote triste. Mi querida Madmoacel —ahora con el cabello largo y teñido de negro— pido perdón a nombre de este truhán amigo mío. Es un salvaje pragmático. Por gusto mis esfuerzos por insuflarle un poquito de humanismo. Todo se resbala por el aceite de sus principios: “La verdad, compañero, depende de su utilidad para la vida” o, “el significado de una proposición consiste en las futuras consecuencias de creerla” ¡Futuras consecuencias! ¡Vaya frescura! Todavía no me explico tu adoración por un poema como *La Renuncia*.

—Verdaderamente, Ñero, eres un tipo brutal —le recliné en el taxi— Por lo visto nunca comprenderás a las mujeres. Te lo diré de un vez por todas: tus teorías de la vida no son más que ondas ególatras. Para ti el mundo es una concha y tú el caracol que lo llenas todo. Pobre Marcelino. Siento lástima por ti...

—¿De qué hablas? —tuvo el tupé de preguntar.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a Margarita? Una mujer tan espléndida, que se reía cuando jurábamos que algún día regresaríamos a pagarle sus favores... ¿Sabes por qué reía? Porque la verdadera generosidad no espera recompensa.

No contestó. Hice una pausa larga. Es bueno hacerla después de

una frase tan buena. Hay que dar tiempo a que la digieran, tanto el interlocutor como el público —en este caso, el chofer del taxi—. Vuelvo al ataque:

—¿De qué valió la exactitud de tu cálculo? ¡Ja! cien bolívares. Esa es una generosidad de pacotilla. ¿Sabés adónde fue a parar tu generosidad? Al urinal de *Las noches de Gardel*.

Esto parecerá muy duro, pero él se lo merece. Por el silencio que guarda, parece que mi discurso surte efecto. Continúo:

—Puedes decir lo que quieras, Marcelino, pero la verdad es que cobraste por el regalo. No supiste renunciar... renunciar, que es dar algo por nada. Y quien te oye declamando el poema. Que te crean otros, yo te conozco. El poeta dice: “Cuando renuncie a todo seré mi propio dueño”. ¿Cuánto te falta para eso, amigo?

La luna, que por lo redonda bien podría haber sido de utilería, parece un lunar blanco en el cachete negro de la noche.

—Me pregunto si tú hubieras renunciado a ella con tanta nobleza si la hubieses encontrado tan linda como hace seis años. —Su tono es más formal y ronco que de costumbre. Ahora es él quien utiliza la pausa. Me parece que pierde su tiempo. ¿De qué me va a convencer?

—No soy experto en mujeres, Ñero —continúo con su voz de cuchufleta—. Y es cierto que utilizo los sentidos para acercarme a ellas. Pero en cuanto a la renuncia, no me puedes recriminar nada. Si hubiese renunciado a ir con Margarita a su cuarto, no solamente me hubiese perdido de un placer intenso, sino que hubiese terminado de destruirla. Te voy a decir algo: fuiste tú quien la ofendió. Tú le diste los cien bolívares como si fuese una mendiga... no entendiste que atraviesa por una crisis, tu romanticismo de pacotilla ignora cómo un hombre puede levantar el ánimo a una mujer abatida...

En la cara morena de Marcelino aparece una sonrisa burlona. La conozco, es el preludio de su tono sarcasmo. Abandona el tono formal:

—Me complace informarte que sigue siendo una mujer de maravilla...

Me quedé callado. Me niego discutir tonterías. Me molestó mucho que el chofer del taxi asentía todo lo que decía Marcelino; aunque bien

podría ser que el movimiento de su cabeza se debiera a los baches del camino.

OTRA NOTA:

Juro que el relato que acaba de leer es la pura verdad (no veo como podría mentirme a mí mismo). La diferente actuación que tuvimos Marcelino y yo al encontrar a *La Madmoacel*, al incluyo entre mis vivencias del año 1960 porque con ella pretendo comunicarme con usted (conmigo) a través del tiempo. Cuando yo (usted) vuelva a leer esto, allá por 1985 ó 1995, seguramente habrá acumulado suficiente conocimiento sobre esa extraña materia llamada imparcialidad, como para decidir quién de los dos tuvo razón.

\*\*\*

¿Conque eso quieres de mí, pasado aventurero? ¿Que decida quién tuvo la razón en esa historia que se vivió hace más de treinta años? No, no lo haré, mi joven yo. Prefiero ponerle fecha (octubre de 1993) y pasarla en limpio en un floppy de la computadora —como en efecto acabo de hacerlo— para leerla después del año dos mil. Tal vez para ese entonces pueda dictar un fallo definitivo. Hoy por hoy estoy confundido. Es probable que el pragmatismo de Marcelino haya sido, en el fondo, algo mucho más romántico que mi cacareado romanticismo. Dejemos madurar un poco más el fallo. El tiempo juega a favor de la verdad. Si no llego a la fecha mencionada, puede que alguien meta el floppy en su computadora y revise este escrito; puede que sonría y se atreva a emitir un juicio.

Averiguaré la dirección de Marcelino (me han dicho que es millonario en Porlamar) y le mandaré una copia impresa. Incluiré una simple pregunta: “¿Todavía crees que hiciste bien acostándote con *La Madmoacel*?” Y añadiré que me gustaría saber si aún recita aquello de:

FRANZ GARCÍA DE PAREDES

“He renunciado a ti, y a cada  
instante renunciamos un poco de lo que antes quisimos  
y al final, ¡cuántas veces el anhelo menguante  
pide un pedazo de lo que antes fuimos!”...

¡Diablo de hombre el Ñero Marcelino!

Justo Arroyo

## Revelación

Su vida no es desorden más  
que para mí, enterrado en prejuicios  
que desprecio y respeto al mismo tiempo.

Julio Cortázar

**Rayuela**

**P**odía ser en su momento más ocupado. Podía llegarle en medio de un dibujo, en el trazo de una frase; a veces hasta cuando hacía el amor.

Le podían estar contando el chiste más envolvente, la anécdota más exteriorizante, no importaba.

Maruelo había llegado a sorprender los instantes, cuando el tiempo se le detenía en la cara, como si se levantara entre él y los demás un cristal, parpadeaba seguido y la mente se le ponía afuera, viéndose y viéndolos. Entonces hacía un movimiento de cabeza, como sacudiendo la idea para regresar al momento.

Había que ser muy perspicaz para notarle esta expresión, ya que por otra parte, tenía fama de distraído.

Maruelo había descubierto la muerte.

Y como era muy sano, pues jamás se había enfermado, no era temor lo que lo hacía detenerse, era una especie de felicitación que se hacía por tener estos destellos que se le antojaban exclusivos, recordatorios de una mayor ligereza a su acostumbrada pasta.

Maruelo era lo que sus amigos llamaban un buen tipo. Sólo tenía una pequeña turbiedad social y era un divorcio. Este hecho se le antojaba como una prueba más de su inestabilidad y era el causante de que anduviera —sin que él recordara en qué momento había empezado—

---

JUSTO ARROYO (1936). Obra: *Capricornio en gris* (1972) y *Rostros como manchas* (1991).

con la cabeza un poco baja, que no mirara a los ojos cuando hablaba y que, cuando lo hacía, transmitiera un aire de disculpa por estar allí, sin haberse realizado, inseguro, pero, como todos podrían ver, un buen tipo, siempre tomado en cuenta para fiestas, reuniones cívicas o políticas.

Maruelo tenía el tacto suficiente para armonizar a los demás; sus opiniones eran eclécticas y se le consideraba un buen conversador. Al menos, cuando hablaba se le escuchaba, porque se esperaba de él siempre una opinión honrada, sin las complicaciones de la originalidad, de la chispa o del doble sentido. Era como un palo firme entre aguas móviles y a sus amigos jamás les faltaba tiempo para, en una discusión, reclinarsse y permitirle exponer. Aunque su idea no tuviera mucho peso, era la persona indicada para crear un paréntesis: sus palabras dichas con esfuerzo pero sin patetismo, fijaban una lógica pedestre que tenía su valor, pero que, sobre todo, permitía chupar el cigarrillo, tomar dos tragos seguidos o echarle hielo al vaso. Además, Maruelo era el mejor escuchador. Jamás interrumpía al que hablaba, levantándole la mano, por el contrario a los que hacían algún comentario dentro del discurso de alguien, logrando concentración general para que el otro, antes que nada, se sintiera bien, se expresara y sintiera la magia de la atención. Aunque la atención del propio Maruelo era errática, pues con pocas palabras estaba en otro lado; sus ojos podían estar aceptando, podía, incluso, asentir en el momento indicado, negar con la cabeza o tistiquear, lamentándose de lo que no había entendido sin que el otro se diera cuenta.

Es decir, se consideraba dividido en dos, y se decía que la parte privada, de salir a la superficie, lo dejaría total y absolutamente solo, espantando a sus amigos y condenándolo a ser el genio que creía ser y temía reconocer.

Maruelo había leído más que todos sus amigos, pero sus conocimientos caían en la conversación como fragmentarios, como retazos de cultura que hubiera adquirido sin mayor esfuerzo; una cultura que parecía de revistas, de diarios, de cine y televisión. Por eso había el grado de respeto pero sin la reverencia; antes bien, con un dejo de

inseguridad por lo que había dicho, poco respaldado por su persona, su falta de vehemencia.

No ofendía, quiero decir, y si en un principio le molestó esta amorfidad que sabía exudaba su continente, luego la aceptó, pero sin sentirse superior, porque reconoció que, en efecto, sus ideas poseían una disgresión producto de su falta de sistema. Y cada día veía más lejano el momento en que todo tuviera coherencia de línea recta, en sus palabras, en sus acciones, en su vida. Veía su cerebro como una casa desarreglada, con cuartos con objetos fuera de lugar: una recámara con una refrigeradora, por ejemplo, una sala con un sumidero lleno de zapatos. Y él, Maruelo, se había prometido durante demasiado tiempo que algún día arreglaría todo: abriría las ventanas, las puertas, dejaría entrar un viento muy helado, recogería la telarañas y cada elemento se colocaría en su puesto. Pero el momento de la verdad se dilataba y la casa seguía en desorden, dándole a su persona un aire de fragilidad, de ausencia.

Porque Maruelo no despegaba, ofrecía confianza, y el hecho de que pudiera deslizarse en su trabajo sin tropiezos, de que siempre tuviera una mujer al lado y que su casa fuera cómoda, lo hacían insustituible, como un objeto inmóvil necesario en nuestra época de trashumanía. Si se hubiera metido a hippie, si hubiera resuelto abandonarlo todo para dedicarse al budismo, habría recibido la dispensación de sus amigos mientras que, en otras casas y en otras fiestas, calcularían en silencio el tiempo que le tomaría volver.

Y su acompañante del momento, sin excepción, lo consideraba el marido ideal, la cifra que no sería difícil manipular debido a la protección que parecía le faltaba: esa camisa sin un botón, la corbata arrugada, la bragueta abierta o los zapatos gritando un lustre, las uñas sucias o el VW lleno de libros y colillas, le daban el toque que atraía a las mujeres, el aspecto de urgencia por la mano que llevara al seno, dos caricias en la cabeza, tu cabeza en mi pecho, yo te protejo, Maruelo. No le molestaba ese aire de despertador de maternidades, pero siempre que podía trataba de sacudir esa impresión mediante una activación del orden y de la independencia que le causaba tensiones. Y al rato las

cosas volvían a moverse de lugar, las veía caer como polvo en luz, sabía que debía alargar la mano, luchar por la permanencia, pero las cosas caían, les pasaba al lado y otros se encargaban de arreglar.

Jimena por ejemplo, que prácticamente se había adueñado de su departamento, Maruelo dejándola hacer, permitiendo que tuviera una llave, llegaba en su diligencia a tratarlo con la firmeza con la que lavaba los platos, barría o botaba la basura. A él, luego de bañarlo y seleccionarle el traje, lo sentaba en una silla, un café al lado y los cigarrillos, cosa de que no se moviera, no interrumpiera su labor que duraba, o que su próxima visita, cuando, una vez más, luego de su movimiento acusatorio de cabeza, Maruelo los brazos a los lados, como diciendo que no era tanto su culpa como de sus amigos, entraba en acción reclamándole su poco interés, aprecio por sus desvelos.

Él trataba.

A veces, ante su próxima visita, se pasaba horas arreglando el piso, con un detallismo que lo enorgullecía pero que, con el departamento arreglado, los vasos y ceniceros limpios, le dejaba un sabor frío en la boca, de inutilidad, de tiempo perdido y, lentamente, no como protesta sino como afirmación de vida, las cosas iban cambiando de sitio, bailando con él el desarreglo de su cerebro, encajando en éste su orden al revés, que tantas incomodidades le causaba, que algún día enderezaría pero que lo llenaba de una escondida satisfacción.

Desde que había descubierto la muerte, su dualidad se hizo más conflictiva, géminis perturbaba y ponía en paz. Progresivamente, sin embargo, iba ganando la batalla al no exigirse tanto. Es decir, se exigía cada vez más, pero los propósitos pasaban a una categoría de suspensión, a un depósito de futuro desmenuzamiento en el que esperaba el sistema. Y se le ocurría, también, que quizá ése era su sistema, que el proceso era lo que en realidad valía y que el no lograr algo tangible, clasificable, era todo el propósito de la vida. De donde, en los momentos en que descubría la muerte, con la felicitación, se decía que de eso se trataba, de ir acumulando estas verdades, como guía atemporadora de sus ambiciones.

Sólo que las ambiciones no cesaban, y dentro y fuera continuaban

cruzándolo, hasta este momento en que debatía consigo mismo si salir o quedarse a esperar a Jimena. Decidió por lo primero, diciéndose que ella lo esperaría, pensando que alguna urgencia lo había requerido y haciéndose cómoda.

Hoy no sentía deseos de hacer el amor. Al menos, no con Jimena. Para Jimena, pensaba, el amor era un asunto, un acuerdo que tiene sus reglas. Una forma de poner los cuerpos en orden, como se arregla la casa. Le daba la impresión de estar efectuando una labor de higiene: cada caricia, movimiento, como paso necesario para sacarle al cuerpo lo malsano. Por eso —se dijo parándose bruscamente— cuando terminaba, luego de tres gritos y un empujón violento desde abajo, se sentaba en la cama, se daba un golpe en las piernas con las manos abiertas y se paraba a continuar la relación en otro cuarto de la casa, en la sala o en el estudio, puntos de partida para la próxima acción. Y aunque también le molestaba este practicismo que se tomaban con su cuerpo, variante de su trato con sus amigos, Maruelo no hacía nada por variar la situación; su forma de protestar, si protesta era, consistía en alejarse con el mayor disimulo posible, sin herir susceptibilidades, abriendo la puerta sin el menor ruido y saliendo sin perturbar. Así se iba en las fiestas, sin decir hasta luego o adiós, y así se perdía cuando sus amores no marchaban. Sus amantes, llegado el momento, sencillamente no lo veían por ninguna parte. No estaba nunca en su trabajo, en su casa, y los amigos tenían que pensar duro para recordar si estaba o no en la última fiesta. En esa situación, Maruelo era como un humo que se sabe está saliendo pero que no llama la atención. Y la del momento iba perdiendo interés, la propia figura de Maruelo desdibujándose en su mente, el tiempo restándole contornos hasta que, en un momento cuando se encontraba con él, era como si se tratara de un amigo largamente ausente, la chica haciendo memoria del porqué lo había estado buscando.

Y entonces Maruelo volvía a tener una personalidad más definida. Volvía a ser la roca fuerte que era y su presencia era recordada y citada.

Ahora que abría la puerta, uno de esos días calurosos en que se sentía como metido dentro de un cubo de agua tibia, cuando la imagen

de Jimena en la cama era demasiado, con las escaleras, descubrió una vez más la muerte.

Pero esta vez, los veintiocho escalones por delante, no hubo felicitación. El sentimiento no fue fugaz. Continuó viéndose desde afuera. Pensó que sólo sería cosa del primer escalón cuando lo fue siguiendo al segundo y al tercero. Entonces, una mano en el pasamano, se dio cuenta que en realidad la escalera estaba formada por un tubo muy oscuro cuya única luz estaba al final, en el fondo.

Pero se daba perfecta cuenta que la claridad venía de la puerta.

Lo importante, entonces, era llegar a esa puerta. Bajar toda la escalera y recibir la luz. Si caía, si resbalaba desde acá, haría el máximo esfuerzo por mirar por la puerta, sentir la claridad, esa luminosidad que ahora, por el escalón seis, le pareció su salvación, en un sentido amplio, no sólo si moría, sino como arreglo de su vida si se salvaba.

En donde tomó cada escalón como si fuera un examen; una prueba que, con sólo pisar con cuidado, como estaba haciendo, le daría, si salía avante, un cambio cualitativo, fundamental, habría llegado al final de su búsqueda, al principio del orden. No apresurarse, pues, no dejarse llevar por los latidos que ya se deberían estar oyendo por toda la casa. Allá abajo, sabría si casarse o no con Jimena, si le convendría seguir en su trabajo o dedicarse a un arte, si debería seguir el tipo de relaciones que llevaba con sus amigos. De algo estaba seguro, pensó por la mitad, si el sentimiento de la muerte era una preparación para el golpe final, si todo no pasaba de ser una vulgar forma de morir, un ataque al corazón, por ejemplo, o un mareo para desclavijarse allá abajo, entonces aprovecharía cada uno de los segundos que le estaban regalando con esta prolongada presencia de la muerte.

Tocar por ejemplo, más el pasamano, como estaba haciendo, raspar los escalones con los zapatos, como estaba haciendo, respirar más profundamente y no parpadear, o parpadear de continuo, como estaba haciendo, para captar cada uno de los fragmentos que tenía que ver con vida, quizá lograr el reencuentro con algún polvo de sus pisadas, con algún aliento que exhaló esta mañana, con algún microbio que se le escapó al subir, sentir cada segundo como ninguno anterior, repo-

niendo en estos instantes los momentos que dejó vacíos, las suspensiones del mañana, llenar, llenar antes que, allá abajo, llegara el momento final.

Y sabía, porque la claridad estaba también en su cerebro, que podía dar la vuelta y volver a subir, meterse en el cuarto y esperar a Jimena, hacer un amor sudoroso para luego, al bajar con ella a algún cine o taberna, o a encontrarse con los amigos, sonreírse de su experiencia, sabiendo que jamás la podría contar, porque en realidad no había nada que contar, a lo sumo una dispensación de neurótico de parte de los que escucharían, tal como trataban a los que sufrían de alguna fijación, sí, ése era el término, lo había leído, una fijación de tipo patológico que, sin embargo, a diez escalones exactos de la puerta, le hizo percatarse de la corriente mundial, el engranaje del cual formaba parte, su insignificancia e importancia, el juicio, quizá el juicio, el término de su lucidez, corrompida por una intrascendente fijación que cualquier sicólogo hubiera eliminado con sólo veinte billetes de la consulta y que él había prolongado como alguna gracia que le hubieran concedido, como propietario de una exclusividad no duplicada en otro ser humano, a menos que fuera singular como él, porque no la había notado en ninguno de sus amigos, quienes vivían de día en día, sin tropiezos, y quizá presintiendo algo en los momentos de la cama, cuando dormían solos, sus amigos, sus mujeres, el pasado que le robaba tiempo, pensó viendo los siete escalones que le faltaban, los preciosos, preciosos segundos que había perdido volviendo al pasado, sí, lo había comprendido demasiado tarde, fue lo último que pensó cuando la luminosidad se le hizo categórica, sintió crecerle la sangre en el cerebro, abrió la boca, hizo dos movimientos ridículos, creyó distinguir algunas piernas de los pasantes por la puerta, levantó la mano, perdió el equilibrio, y cayó.

Cuando abrió los ojos, Jimena lo miraba como reclamándole esta variante en sus estupideces. Ladeó la cabeza y distinguió a cuatro amigos con vasos, conversando. Con las palabras de Jimena, fueron a su cama y, vasos en alto, trataron de animarlo con chistes. Él entendió que había llegado un médico, que había diagnosticado un vahído. Cosa

corriente, había explicado el médico, tomando en cuenta el calor que hacía y las ropas tan pesadas como las que había usado para salir. Jimena lo seguía regañando con sus movimientos de cabeza y los amigos sonreían. Le hicieron algunas preguntas que no pudo responder y decidieron que era mejor dejarlo solo para que recuperara fuerzas, volviendo a sus sillones y continuando la conversación. Jimena se paró a buscar algo y de repente Maruelo se sintió el hombre más miserable del mundo. Desde esta absurda posición, acostado, posición que, por otra parte, no hacía nada por variar, ya que sabía que podía pararse si quería, se dejaba hacer, se dejaba llevar, sin voluntad para intentar una explicación que, quizá por eso, porque sería escuchada siguiendo el patrón que tan familiar le era, Maruelo empezó a llorar por dentro, en un ataque de autoconmiseración que no le importó, siempre y cuando ellos no se dieran cuenta; y su llanto subcutáneo arreció cuando Jimena le trajo un potaje hirviendo, los amigos se pararon al lado de la cama y le sonrieron, siempre los vasos con licor en las manos.

Pero entonces, cuando aceptó la revelación, cuando Jimena sonrió por lo bien portado que estaba siendo, cuando la poción no le supo mal en lo absoluto, cuando los amigos respiraron aliviados, Maruelo se sintió feliz.

Se sintió feliz.

Se sintió feliz y agradeció las escaleras, la luminosidad y la caída.

Respiró profundamente y sacó su mejor sonrisa.

Sacó su mejor sonrisa.

Su mejor sonrisa, la que ellos esperaban de él, para regresar tranquilos a su conversación, sabiendo que Maruelo estaba allí, que siempre estaría allí, como a ellos les gustaba, mediocre.

Rosa María Britton

Apartamento Uno  
¿Quién inventó el mambo?

—**L**e aseguro, señora, que no estoy vendiendo Biblias ni nada por el estilo. Yo soy el Rey del mambo.

—¿El Rey de qué?

—Del mambo, señora, ¡del mambo!

—¿Y éso qué es?

La mujer mira con sospecha al hombrecito que le ha tocado la puerta, con apremio de amigo. Solamente protestantes y sinvergüenzas se atreven a golpear la puerta de gente decente a las diez de la mañana un sábado, cuando ella se ocupa de hervir la ropa sucia y asolear colchones.

—Es música, señora, música que está arrasando en México, Cuba y ahora aquí en Panamá.

Los ojos detallan el saco que parece pertenecer a alguien mucho más alto, los pantalones amplios, ajustados en el tobillo, dándoles aspecto de ropa de harem, la cadena de oro colgada hasta la rodilla, los ojos redondos, vivaces y el bigote a lo Fu-Man-Chú. En los pies, zapatos adornados por unas hebillas grandotas y ¡tacones! ¡Dios Santo, tacones!

—¿Qué clase de música es esa?

—Música para bailar, señora. Música con ritmo, y alegría, para menear el cuerpo y olvidar las tristezas, música para todas las edades, para todos los pueblos, ¡música! Música de la mayor, en si menor, do sostenido, blancas, corcheas, fusas... Aquí está todo, señora, permítame una demostración, —le enseña el abultado portafolio que lleva bajo el brazo.

---

ROSA MARÍA BRITTON (1936). Obra: *¿Quién inventó el mambo?* (1986).

—¡Ah! ¿Es que vende libros de música? Sinceramente no estamos interesados. Mi hija estudia en el Conservatorio Nacional y todos sus libros los compramos en el Almacén Mckay, allá por la Catedral. No creo que la dejen tocar el mambo que usted ha inventado. En realidad a nosotros solamente nos gusta la música clá-si-ca, —lo recalca para estar segura de ser entendida— música de verdad, la de los grandes compositores, Schuman, Bach, Chopin y sobre todo Rachmaninoff. Somos miembros fundadores de la Sociedad Pro-Arte Musical y mi hija asiste a conciertos desde que tenía cinco años. Así que, con su permiso, tengo mucho que hacer.

El hombrecito la detiene con un gesto imperioso, antes de que le tire la puerta en las narices.

—¡No! Tampoco estoy vendiendo libros de música, señora. Permítame presentarme. Mi nombre es Dámaso Pérez Pradoff —una sonrisa ilumina sus ojos redondos que parecen bailar en la cara redonda—. Escuche usted: El martes comienzo un “show” con mi orquesta en el Hotel Internacional por una semana y necesito ensayar unos arreglos, pero en ese lugar, de día, no es posible acercarse al piano. Hay gente en el comedor a todas horas. Me distraen, me piden autógrafos —la fama tiene sus problemas— en fin, no puedo estudiar ni crear. Usted me entiende, ¿verdad, señora? Una persona culta como usted sabe bien que nosotros los artistas de música de verdad necesitamos absoluta tranquilidad. El camarero jefe me informó que él había oído que en esta casa tenían un piano nuevecito, recién traído de Europa, que es el mejor que hay en toda la ciudad y me he atrevido a venir hasta acá a suplicarle que me deje usarlo por unas cuantas mañanas para ensayar. Le pagaré bien, le aseguro, —añade al ver la cara de asombro de la mujer.

Isabel no ha conocido a nadie que se vista así, con esa cadena largota y los pantalones de pachuco; solamente los ha visto en las películas mejicanas que dan en el “Variedades” y tiene la vaga impresión de que todos son maleantes o por lo menos, marihuaneros.

—Bueno, es que... no sé qué decirle, señor Pradoff, francamente no podría... no sé...

—Cinco dólares por día señora, por tres horas de uso.

—No es el dinero, comprenda usted, pero no lo conozco y no sé si mi esposo estaría de acuerdo. ¿Cómo es que dice que se llama, Pérez Pradoff? ¡Qué nombre más raro!

—Nada tiene de raro, señora. Es el nombre de un compositor que ya es famoso en otras latitudes y muy pronto lo será en este bello país, si solamente me da una oportunidad de practicar en su piano.

Habla y gesticula y se empina en los tacones y hasta se persigna con un enorme crucifijo que le cuelga de una gruesa cadena de plata en medio del pecho; el gesto la impresiona; después de todo, un individuo capaz de adornarse con una cruz de Obispo no puede ser un maleante y acaba por acceder a su petición, aunque siempre le queda cierta desconfianza hacia el desconocido. Lo deja pasar y se arrepiente enseguida, pero es demasiado tarde. El hombrecito se apodera del piano, con un deseo que no deja lugar a dudas de su apremio en ensayar el mambo. Abre la tapa que se desliza con facilidad y con una mano acaricia las teclas, asegurándose de paso que todas están a tono; para arriba y para abajo, dos o tres veces, los dedos se encaraman por las negras con una agilidad asombrosa, como el niño que encuentra su juguete favorito: Sol, acorde, escala, trino. Satisfecho, se quita la levita, acomoda los papeles y con el lápiz detrás de la oreja comienza su trabajo, sin darse por enterado del asombro de doña Isabel, que desde una esquina de la sala procura asegurarse de que es ella la propietaria de tan divino instrumento...

—Y por favor, señor Pradoff, ni se le ocurra poner nada húmedo sobre la tapa; es un mueble muy fino, traído especialmente de Nueva York para mi hija, que algún día será una gran pianista y no de mambos, puedo asegurarle.

Pero el otro, ensimismado en su música no le hace el menor caso y la mujer termina por retirarse a la cocina de mala gana, no sin antes advertirle a la empleada que no le quite el ojo de encima al señor Pradoff, porque no está segura de sus intenciones.

Es sábado por la mañana: En el patio, los chiquillos juegan, celebrando el día de asueto, las mujeres lavan la ropa de la semana y asolean

colchones manchados de orín por los muelles del bastidor. Los del cinco duermen, porque la fiesta de anoche se prolongó hasta la madrugada; un radio en el vecindario toca a todo volumen el “swing” de moda, en la avenida los buses pasan a gran velocidad arrastrando el polvo de un verano seco.

El sonido empieza a elevarse poco a poco, entre vacilaciones y acordes sin consecuencia, como un llanto quebrado, indeciso, opaco.

¿Y a éso le llaman ahora música? —piensa la mujer en la cocina todavía molesta por su momento de debilidad.

Busca y rebusca armonía, la tonalidad exacta, el lápiz ágil dibuja y borra garabatos negros en el pentagrama, que crece y engorda, irritando a los del cinco que se han levantado con un tremendo dolor de cabeza, porque la juma les dura.

—¿Ya comenzó la flaca a machacar el piano? No hay derecho...

En la cocina, la mujer reza entre dientes para que el marido no regrese temprano, porque está segura de su enojo al encontrar al hombrecito compositor, rey de esa música detestable, aporreando el piano de su hija que tanto dinero le costó traer desde Nueva York. En la sala, la búsqueda cesa. Cerrando los ojos, el compositor se estira, abre y cierra los dedos con regocijo y ataca el teclado con el brío reservado para las grandes funciones. Fluye el ritmo y el sonido que se cuele por la puerta despertando a los perros que dormitan al sol. Los del cinco, negociando un café con manos temblorosas se asombran que la flaca tenga tamaña energía, pero al segundo compás se dan cuenta de que tiene que ser otro el pianista. Los chiquillos en el patio dejan de jugar a la rueda, los buses detienen su marcha veloz y hasta el “swing”, vencido, retira sus sonidos al otro lado del Canal.

¿Quién inventó el mambo que me provoca?

La gente se acoda en las ventanas y los balcones se llenan de oídos temblorosos y pies que cosquillean por encontrar pareja. En la cocina, doña Isabel escucha mientras le implora a Bach en silencio que la proteja de la tentación que el sonido levanta en su cuerpo. La dueña del piano llega sudorosa, interrumpido el juego, con ojos de asombro que recogen la imagen del pianista. Parado, baila y mueve el cuerpo al

compás de la música alucinante, que sus dedos arrancan del piano, apoyándose en el pedal, a veces con delicadeza y otras con fuerza, mientras su figura se agiganta en cada nota.

...que a las mujeres las vuelve locas.

—“La postura correcta para tocar el piano es con el torso erecto, los codos ligeramente alzados, los dedos curvos, la cabeza fija en el pentagrama y la punta del pie derecho sobre el pedal”, —recuerda las palabras de la maestra enseñándola tocar las aburridas sonatinas, que en nada se parecen a esta maravillosa cascada de sonidos que levanta el hombrecito de pie frente al instrumento con los dedos estirados, listos para atacar las teclas.

Termina el ensayo y se despide cortés, ofreciendo el pago que Isabel rechaza.

—Se trata de un artista, aunque sospecho que no muy bueno. Sabes, Camilo, no te enojés, pero regresa mañana. Si, ya sé que es domingo, pero me rogó tanto y además lo mandó el dueño del Hotel. Es por culpa del piano nuevo, todo el mundo está hablando de eso, dicen que fue una extravagancia comprar un instrumento tan caro y con la guerra acabadita de pasar. Yo sé que somos la envidia de gente que no tiene la menor educación ni sabe nada de música. El señor Pradoff sólo estará aquí una semana y no creo que venga todos los días; no te preocupes que lo vigilaré de cerca para que no se lleve nada. No estoy segura si es cubano o qué, pero se viste muy raro, como en las películas mejicanas y hasta usa tacones. ¡Dios nos ampare, a lo que está llegando el mundo!

Y regresa al día siguiente acompañado de otro que, como él, parece extraído de una cinta de celuloide y ése empuña la trompeta y se disculpa diez veces antes de entrar, sin darse por aludido del malhumor de la dueña de la casa que le recuerda al pianista que su negocio es con uno solamente, ya totalmente arrepentida de su generosidad. El hombrecito habla y gesticula rodando los ojos redondos en su cara redonda y termina por convencerla una vez más.

El vecindario está alerta pero no deja de sorprenderse del sonido de los dos instrumentos que se disputan el ritmo con un desdoblamiento

to de acordes que acaba por vencer la timidez de la gente que, en los balcones y el patio, baila sin importarles el bochorno del mediodía. La rosacruz del tres cierra las ventanas de su apartamento, murmurando vagas amenazas en contra de los que así se atreven a perturbar la paz del domingo dedicado a la búsqueda de vibraciones especiales de la psiquis.

Los ágiles dedos recorren el marfil y el pie acaricia el pedal; los labios gruesos del trompetista soplan el metal, saturando el ambiente de notas y la avenida se llena de gente que estira el pescuezo para ver a través de las ventanas al rey de la armonía y el ritmo. En el apartamento de los Bermúdez la gente se cuele por todas las puertas, ansiosa de conocer a los artistas que se menean casi tanto como los bailarines.

—O terminan pronto o los boto de aquí —protesta el señor Camilo, sordo a la melodía por su carácter agrio.

—Le agradezco, señora, el favor que nos ha hecho. Completamos el trabajo y no tenemos necesidad de regresar. Espero que no haya sido mucha molestia y quiero verla con su familia en mi show. Si se identifica en la puerta tendré el placer de ofrecerle una mesa en “ringside” el martes, día del estreno.

—Muchas gracias señor Pradoff, le agradezco su invitación, pero nos será imposible asistir. Esa noche hay un concierto en el Teatro Nacional de un pianista polaco que interpretará los preludios de Rachmaninoff y como usted comprenderá...

Los ojos de la niña se humedecen de tristeza y sentada al piano, le dice adiós al rey del mambo con una temblorosa sonatina.

Pedro Rivera

## Knockout

**P**PRIMER ASALTO. Ahí está la campana. “Calma, calma”, eso dijo. Es verdad, sin apuro, primero el jab y ver lo que trae, lento, lentamente, descifrar su estilo, no es tan difícil, no tanto. Se enrosca como una culebra, las manos adelante, juntas, se piensa impenetrable el puto. Epa, epa, ojo a la derecha, si me lo dijo. Además, todos lo dicen: “tiene una derecha de miedo, la suelta por encima del hombro”. Mejor resulta mantener la distancia, mucho mejor. Japearlo así, de seguido, así de lejos, sin coger chance. Oh, también japea sobre mi ojo, cabroncito. Pero no es nada, rutina; sólo su derecha me preocupa porque la suelta sin aviso, como dicen, sólida, de verdad. Buen golpe el suyo y el mío también, de uper. Me sorprendió. *Mamá, mira mi velocidad, en la punta de los pies, ¿te fijaste? Seré bueno, Un Sugar Ray Robinson, mamá. ¿Te gusta? un Joe Lois, ¿ves? No mamá, déjame, la mecánica no da plata, te lo digo. ¿Sastre? Estás loca, eso es para mujeres. ¿Coser? Con los puños es más rápido, tendrás carro, casa. ¿No quieres casa? Pero, si no me gusta estudiar. Vaya, vaya, viene con ganas de cocinarme el hígado, el muy vivo. Campeoncito, no te apures, cógelo suave, suavidad mani, ya veremos quien es quién, ya verás.*

INTERMEDIO. Y vuelve con la cantaleta de la distancia. Sí, lo veo, está ansioso. Claro, me conviene la distancia corta, estar encima de él, acorralarlo en una esquina, en el clinch. No, no me olvido de su derecha, ¿cómo voy a olvidarla, hombre? Está bien, está bien, tiene los remos largos, pero si me acerco me mata. ¿No lo cree? Esa toalla está

---

PEDRO RIVERA (1939), obra: *Pecata Minuta* (1970) y *Las huellas de mis pasos* (1994).

demasiado áspera, coño. Espera, déjame respirar, coger un poco de aire, ya viene la campana.

SEGUNDO ASALTO... El jab de nuevo, me emputa... No duele nada, pero molesta. Necio como un zagaño, pegajoso. Mira eso, hacia adelante y hacia atrás, no es baile, niño. *¿Éso es lo que me toca? ¿Ésa es mi parte? No, no me conformo. ¿Para qué voy a ver los libros? No entiendo nada. No me diga eso, no me diga campeón, no adule. Claro que gana bastante. Es mentira, en publicidad no se gasta ni una mierda, lo sé. Los sparring cobran una miseria. Trabajan gratis, coño. ¿Viáticos? Use su propia plata, tiene un buen porcentaje, no use la mía, me deja en la calle. Éso no está en el contrato. Claro, sé leer. Esa parte la agregé después, me acuerdo, cuando le pedí un adelanto. ¿Cómo voy a quejarme a la Comisión si todos son sus amigos? Tiene huevo. No se está quieto, no deja de moverse, de bailar. Mejor lo llevo a las cuerdas, así. Coge esa, campeoncito. Suelta. Árbitro, mire nomás como cabecea. Suelta. ¿Cómo dices? ¿De gancho? Pero, si no se deja. Escurridizo el puto, como jabón. No insultes; sube, acá arriba las cosas son distintas. Yo soy el que se faja, el que aguanta los golpes. No haga publicidad, pues. Despida a los entrenadores, no los necesito. De ahora en adelante, nada de taxis. Déme lo que va a darme y punto. Eso, ni para la semana, le digo. Campeoncito, estás enamorado de mi hígado. Vaya, metes bien el bolo, lo metes bien, a la descuidada. Un dos, buena combinación, lo vieron, de one two; oíste mamá, no apagues la radio. Lo soné Margara, en pleno carón, ¿qué se ha creído? Coño, me pilló. Vaya, otra vez. Espera, campeoncito, me cabreas.*

INTERMEDIO. Pero, si no me zurra nada, loco. Claro, como tú mismo dices, lo busco adentro, en el cuerpo a cuerpo, acorto la distancia, subo las manos así, así, ¿lo ves?, bloqueando y adentro, siempre. Te equivocas, no es ningún congo, no se crece a mi costilla, te juro. No ves nada. Cambia esa toalla, raspa de sucia. No he dejado de seguir esa derecha, no la pierdo de vista. ¿La derecha? Que la suelte, pues. A ver si puede. Ya salgo, ya.

TERCER ASALTO. Está bueno con el público; cabrean con eso de arriba Bebi, la derecha Bebi, el boloponch Bebi, mávalo. ¿Yo, co-

barde? No le tengo miedo, carajo ¿Tú plata? La madre que te parió, hombre. Ahora sí, con ambas manos. Y dale con el acábalo, como si fuera fácil, soquete. Ven acá, como si me fajara con un paquete. Es duro sostenerse cuando le han zurrado a uno en la quijada, de veras. Es mejor amarrarse, empujarlo a las cuerdas, así. Clinch, brother, ven acá, espera un poco, no sueltes. Aire, manito. Campeón, dame tiempo, ¿no? Un minuto, te haré ver a tu abuela, hediondo; ¿No quieres ver a tu abuelita? Sube la mano, coño. Con que de nuevo el uper, y el gancho. ¿Cómo lo hace? Tanta bulla por tan poca cosa; lo ven, mi derecha es buena, vaya si lo vieron, clarito, en toda la face. Hey, golpe bajo. Árbitro, así no. Ojo buaicito, estás vendido, oblígalo a subir las manos, no respondo. ¿Cómo dices? ¿Abajo y arriba? ¿Quién lo entiende? Estás gufi, deja las señas a un lado, chico, sólo tengo dos manos, ajo. Vaya, la campana.

INTERMEDIO. Ya no es como antes, viejo. Masajéame la espalda, duro. Antes, ayer no mas era joven, había que ver. ¿Te acuerdas? *Gancho abajo, la misma mano arriba, de Sorpresa, a la cara, en la punta de los pies. De lo que traes llevas, manito. Sangre, entonces a buscarlo. Eso, por todo el ring, para el decisivo. Todo bien pensado, con la derecha, sin miedo, como tiene que ser. Al suelo. Uno, dos, tres, vaya. Hasta diez, hasta cien, la mano arriba, los aplausos. ¿Cómo? Ah, sí, la campana.*

CUARTO ASALTO. Vamos campeoncito, aporrea; eso, eso. *No mijo, yo no quiero que seas boxeador. ¿Zurraste a Betito? No lo vuelvas a hacer; es tu amiguito. Coge ese nickel y cómprate un cuaderno. Mira mi cara, está fea, cortada, ñata. Anda, ve a la escuela. No, no irás al gimnasio, mejor estudia, busca profesión, mijo, buen swing, estudia mecánica, aguanta brother, o sastrería, aguanta esa mano, campeoncito, te rinde más cuenta, porque me falta aire, te lo digo yo, mijo, la experiencia, aire la plata es para otros, apoderados, entrenadores, queridas, tú sabes. Deja ese jab pendejo, mosca, te zurren de lo lindo, quita, y ellos cobran toda la plata, toman tragos, salen con mujeres, hasta cuándo campeoncito, hasta cuándo.*

INTERMEDIO. ¿Cómo voy a salir de las cuerdas? Aparta ese amo-

níaco, coño. Un golpe, sí, lo sé. No lo repitas. Un sólo golpe, sino estoy frito, ¿verdad? No me importa un carajo con mister White, que se muera de rabia ojalá. Mentira no ha invertido un coño. No hombre, no estoy dormido. Dame el protector. No seas cabrón, tira la toalla y te mato. Te mato, lo oyes, que si qué.

QUINTO ASALTO. Mierda, me dio duro. La metió por arriba, la derecha, ya lo decía. No te suelto, vergajo. Piensas que voy a dejarme caer. *No quiero estudiar eso, sastrería.* Como tires la toalla, te mato, *mirón mirón*, pronto me levanto, *estudia mecánica mijo*, me levanto, ves, *no gaste en publicidad*, mister White. ¿Por dónde va la cuenta? ¿Cuatro? Huele raro aquí. Si, *Margara, estás preñada; le pondrás Pedro y no será boxeador.* ¿Seis? *Pellín, tome el purgante.* Ajá, siete, ya me levanto. *Pellín, los hombres no juegan con muñecas* ¿Ocho?, ya, ya. *Te compré un carrito mijo, de cuerda.* Puta, nueve; cuentas muy rápido, cabrón. ¿Diez? *Te hice un hijo, Margara, te preñé.* ¿Que me levante? No me digas pendejo, no.

Dimas Lidio Pittí

## Los caballos estornudan en la lluvia

**E**ra un día de agua. De agua y de viento. Lo sé porque lo he vivido desde siempre. Sin que pueda precisar la hora exacta en que empieza la memoria, allí están el sonido de la lluvia en el zinc, los pasos apresurados de la abuela y la tía Nena, las gallinas resguardadas en los aleros de la casa, el agua hirviendo en la cocina, el abuelo en el portal, con su aire severo, puesta la atención en la línea de las goteras, en los árboles agobiados por la lluvia o en los chillidos de los cachorros que se disputan la ubre; allí están las palabras en la penumbra del cuarto (la abuela y la tía Nena son hermanas por la sangre y por la vida y han visto y vivido muchos trances como éste; mi madre, en cambio, carece de experiencia), limosnas por la humedad de tantos días de cielo y cielo gris; allí están, agazapados, como gatos al acecho, los recuerdos de las tres mujeres, y también los temores y las conjeturas. Sucesivas capas de sudor recubren a mi madre. Los dolores y una vaga incertidumbre aletargan sus sentidos, estrujan su carne y la sumergen en un sopor de nieblas, susurros, somnolencia y sonidos lejanos. Su vientre hinchado es una protuberancia oscura en la claridad lechosa del cuarto, que sólo recibe luz por las juntas de las tablas, debido a que la única ventana ha sido cerrada para evitarle a mi madre un pasmo. Tía Nena se aproxima a la cama y le palpa la barriga. El aire espeso recita palabras enrevesadas, como si conjurara espectros, y su mano comunica (intenta darle) confianza y alivio al cuerpo desgarrado, que ahora se retuerce entre quejidos y sudores fríos. Mi madre siente la mano, quiere decir

---

DIMAS LIDIO PITTÍ(1941), obra: *Los caballos estornudan en la lluvia* (1978).

algo, pero un nuevo espasmo ahoga su voz. Tía Nena le limpia el sudor de la frente y sigue murmurando palabras que sólo ella conoce: las mismas que ha repetido durante años en casos semejantes. En la cocina, la abuela echa más agua en la paila y en silencio hilvana una plegaria porque todo salga bien y pronto. En otro fogón pone el té de hojas de guanábano para el abuelo. Este oye los quejidos de mi madre mientras traza dibujos enigmáticos en la tierra húmeda, cerca de las goteras. Algunas figuras parecen animales y otras sugieren objetos, pero todas se esfuman como presentimientos con las salpicaduras del agua. Sin embargo, el abuelo insiste en descifrar el tiempo con la varita seca y sigue trazando imágenes caprichosas. La abuela entra al cuarto y deja una totuma humeante sobre la tablilla que sirve de tocador. Ahí tienes un poco de café, dice a la tía Nena. ¿Crees que todavía demore mucho? Creo que ya no tanto, responde ésta; los dolores son cada vez más seguidos. Bebe un sorbo y mira hacia la cama. Mi madre está ahora quieta, como adormecida. La abuela acomoda la almohada de mi madre y acaricia su cabeza. Luego sale. Voy a echarle más agua a la paila, dice. Tía Nena se sienta en una silleta y bebe el café a pequeños sorbos. Antes de que lo termine un quejido profundo la levanta. Deja la totuma sobre el tocador y se acerca a la cama. La cara descompuesta de mi madre está más pálida que antes y su cuerpo se agita y retuerce bajo la manta. Tía Nena grita: ¡Goya! Los pasos de la abuela llegan desde la cocina. Creo que ahora sí, dice Tía Nena. ¿Quieres que traiga el agua?, pregunta la abuela. Todavía no; yo te aviso. Eso sí, ten a mano los trapos y las sabanitas. Apartó la manta hacia los pies de la cama y levantó la falda de mi madre. Abre bien las piernas, hijita, dijo con voz dulce; y no tengas miedo. Sus manos palparon la piel tensa del vientre. Sí, ya no demora mucho, murmuró. Quédate así, dijo luego. Apoyada en el borde de la cama examinó el rostro de mi madre. Su cabello castaño estaba oscurecido por el sudor y sus labios se veían resecos, como si tuviera fiebre. Le pasó un pañuelo por la frente. Ya van seis horas, pensó; si al mediodía no acaba, habrá que llamar gente para llevarla a la estación. En ese momento mi madre abrió los ojos. Tengo sed, dijo. Tía Nena buscó la taza con agua de linaza y le dio un

sorbo. No es bueno que tomes agua, hija; esto te quitará la sed. El silbato del tren que iba para Palmira sonó tres veces. El abuelo prestó atención y pudo percibir, en la distancia y la lluvia, el sonido de los rieles. También sintió cuando el tren se detuvo en la estación. Aunque la distancia era mucha y el monte impedía, aun cuando no lloviera, ver la estación y los llanos, el abuelo vio a los pasajeros bajar del motor con sacos y paquetes y refugiarse apresuradamente en la caseta de zinc; también vio las lejanías grises de los cerros y las tonalidades diluídas de la costa y el mar. Eran muchos kilómetros hasta David. Pero cuando había buen tiempo se podían ver algunos edificios de techos rojos y uno blanco, alargado, que era el hospital. ¿Por qué pienso en el hospital?, se dijo. En ese momento oyó el quejido profundo y el grito de Tía Nena a la abuela. Dos minutos después, el motor salió de la estación y el ruido de los rieles volvió a mezclarse con la lluvia y el viento. En la llanura inundada, las cercas de piedra eran culebras oscuras, y los árboles, fantasmas, y la mañana, una extensión algononada, atravesada por los hilos fríos y largos de la lluvia. Mi madre no oyó el tren porque en ese momento un espasmo más fuerte que los anteriores agarrotaba su vientre. Ella sólo podía oír los latidos de su sangre y su respiración agitada y la angustia (su ruido áspero y seco, doloroso) que le ponía las piernas pesadas e insensibles. Tía Nena estaba allí, pero mi madre apenas la veía; su rostro se le desdibujaba en la penumbra. Sin embargo, sentía la ternura de su mano cuando le enjugaba la frente y le decía: no tengas miedo, relájate, que todo saldrá bien. La abuela salió al portal y vio los dibujitos. En ese instante, el agua borraba una estrella de tres puntas con una cruz en el centro. La abuela se estremeció al verla ¿Qué es eso?, preguntó. Era una estrella, dijo el abuelo. ¿Quiere que le traiga té? Bueno, contestó él. Miró hacia el cuarto. ¿Todavía demorará mucho? No sé, dijo ella; Magdalena cree que falta poco. El abuelo miró la lluvia, ahora más fina, los pequeños arroyos que formaba en la sabana, los altos cedros que su suegro había sembrado cuarenta años atrás, el caballo cebruno, cuyo pelaje se había oscurecido con el agua, los huecos de las lombrices en el patio, la gallina que se había guarecido con sus pollos, todos debajo de ella, cerca de donde él estaba; su vista

recorrió la realidad y sintió crecer dentro de sí una tibia ternura por todo lo que veía. Pensó que la mayor parte de todo eso había brotado de sus manos a lo largo de los años, de incontables sudores y desvelos. La abuela regresó con una totuma de té humeante. El abuelo tuvo un acceso de tos. Puso a un lado, recostada contra la pared, la varita seca, sacó un gran pañuelo de bolitas rojas y negras y tosió durante un rato. La abuela esperó a que él terminara de toser; mientras, miró hacia la puerta del cerco y recordó la primera vez, veinte años antes, que entró por ella como esposa del abuelo. Doscientos metros más allá, rodeada de naranjos y otros árboles frutales, con un gran ciprés al frente, estaba la casa de sus padres. Desde entonces había tenido cuatro hijos y mucha gente había muerto, incluidos su padre y dos hermanos (Emilia, de parto y Félix, desangrado en el camino del Río Piedras, después de haber sido cortado a traición por culpa de una mujer), y ahora estaba a punto de nacer su primer nieto. Sin saber por qué, de pronto tuvo la sensación de que la vida era como esa agua que corría debajo de la grama. El abuelo dejó de toser, se limpió los ojos llorosos y pidió el té con voz afónica. Ella observó su cara enrojecida por la tos, su bigote de largas guías, canoso, y sus manos de dedos gruesos y callosos. Me avisa cuando acaba para llevarme la totuma, dijo y regresó a la cocina. El estampido de un trueno trajo a mi madre a la conciencia y por primera vez en mucho rato pensó en lo que estaba próximo a ocurrir. Se tocó el vientre tenso y percibió leves movimientos. Tía Nena le sonrió y ella sintió vergüenza. Intentó bajarse el vestido, pero la tía le dijo: no, quédate así. Mi madre miró hacia la pared y permaneció quieta. Por las rendijas veía la grisácea claridad exterior y escuchaba el ruido de la lluvia y de los animales y el lejano zumbido del río. Tengo sed, dijo. La Tía fue al tocador y trajo la linaza y le dio un sorbo. Mi madre cerró los ojos y dobló un brazo sobre la cara. Tenía ganas de dormir un día entero. El acompasado caer de las goteras en la zanja era un sedante. Súbitamente los dolores volvieron y sintió que sus caderas crujían, que la carne se desgarraba; apretó los puños y se mordió los labios, pero no pudo evitar que un quejido hondo y largo saliera de su boca. La abuela oyó el quejido en la cocina y volvió a pedir en silencio que

aquello acabara pronto. Después, se cubrió la cabeza con un costal de henequén y fue a buscar una lata de agua. Mientras desenrollaba la sogá mojada del pozo (y luego mientras el cubo llegaba al agua y todavía cuando tiraba de él) siguió rogándole a San Antonio que la hija tuviera un buen parto. Cuando regresaba a la cocina, vio que la perra y sus tres cachorros dormían profundamente en el nido que ella les había hecho, con sacos viejos y bagazo de caña, en una esquina del portal. Puso la lata de agua junto a la piedra de moler maíz y colgó el saco mojado cerca del fogón. Oyó que la Tía Nena decía algo en el cuarto. ¿Qué dijiste?, preguntó. Nada, respondió Nena; le hablaba a Ninfa. La abuela echó más agua en la paila y después desenterró tres yucas del lugar donde las guardaba para que no se resegaran, y se puso a pelarlas. Al terminar de partirlas, agregó chayotes, un gran pedazo de ahuyama y dos otores; lavó todo en una totuma grande y luego lo echó en la olla en que hervía la carne desde hacía rato. Mientras revolvía las verduras y atizaba el fogón, oyó la voz del abuelo. Ahorita voy, dijo ella. Tapó la olla de la sopa y fue a buscar la totuma. El abuelo la tenía en el regazo y de nuevo dibujaba figuras en el suelo. La abuela observó en silencio las figuras y recordó que el tío José, ya centenario, casi ciego y sordo como una piedra, también dibujaba en el suelo cuando llovía. El abuelo le dio la totuma. ¿Se siente mejor?, preguntó ella. Casi lo mismo, dijo él; aunque tengo el pecho menos apretado. La abuela regresó a la cocina y agregó leña al fogón del agua; luego destapó la olla de la sopa y la revolvió con un meneador de madera. Después fue a donde estaba el costal del arroz y sacó tres tazas y las vació en una batea. Mientras cerraba el saco recordó que Nena también iba a comer en la casa y añadió otra porción. Con la batea en las piernas, se sentó junto a la puerta y comenzó a sacar los granos con cáscara. En el portal, la perra gruñía en sueños. El viento había disminuido y la lluvia había arreciado. Las gotas golpeaban el zinc con fuerza. Tía Nena seguía en el borde de la cama dándole ánimo a mi madre; insistía en que mantuviera separadas las piernas y no se desesperara. La primera vez siempre es muy dura, pensaba Tía Nena: se ignora todo y el miedo le quita fuerzas a la mujer. Recordó sus propios partos y los de algunas de

las mujeres a las que había asistido. Había ayudado a traer al mundo cuarenta y nueve niños, sin contar los tres que habían fallecido después de nacer, ni los dos que habían muerto dentro de sus madres. Algunos eran sobrinos, otros no eran nada, pero todos le decían madrina y el día de la madre le llevaban regalos. Esos hijos de sus manos eran su orgullo. Cuando veía a los hombres que pasaban a caballo y la saludaban con un grito, o cuando dos o tres muchachas llegaban trayéndole un queso o una jalea y pasaban un rato con ella viendo las flores y hablándole de bailes y de novios, sentía que su vida se ramificaba mágicamente en el vigor de los jinetes y en la gracia de las muchachas; sentía que una parte de sí misma recorría con ellos los caminos y los llanos, o esperaba con ellas la saloma del enamorado detrás de una ventana. En casi todas las casas de Palma Real, de Caña Blanca, de Los Naranjos, de La Acequía y en dos o tres de otras comarcas (una noche cabalgó cuatro horas, acompañada por uno de sus hijos y por el hombre que vino a buscarla, para ayudar a una mujer de Hato Sole que tuvo mellizos) había alguna vida traída al mundo por sus manos. Dejó los recuerdos y limpió el sudor de la frente de mi madre. Haz fuerza, hija; tienes que hacer fuerza; ya falta muy poco, dijo. Sí (volvió a pensar en los partos primerizos), es verdad lo que dicen algunos: sólo las vacas y las indias nacen sabiendo parir. El abuelo vio que alguien, cubriéndose con una lona embreada, llegaba a la puerta del cerco. Ahí viene uno, dijo. La perra despertó y comenzó a gruñir. Parece que es Silvestre, agregó la abuela, asomada en la puerta de la cocina. Sí, es él, asintió el abuelo desde el portal de la otra casa. Silvestre saludó al abuelo, pero pasó de largo hacia la cocina. Tía Goya, pregunta Mime que cómo va Ninfa. Entra, no te quedes ahí mojándote, dijo la abuela. Dile que todavía no ha habido nada, pero que ya falta poco; y que todo saldrá bien, con el favor de Dios. ¿Quieres un poquito de maizena? Bueno, dijo Silvestre (sobrino de la abuela, hijo de una hermana de ésta ya difunta, que se había criado con Mime, la madre de la abuela); me caerá bien para el frío. Se miró los pies descalzos y los pantalones arremangados. Parece que va a seguir lloviendo, dijo. Con el de hoy ya son tres días de agua, ¿verdad? Tres y medio; comenzó la

noche del martes, precisó la abuela. No sé cómo haremos si hay, Dios no quiera, que llevar a Ninfa a la estación. Silvestre terminó la maizena. Estaba buena, dijo y se limpió la boca con la manga de la camisa. La abuela tomó la totuma. Ahora anda a decirle a mamá lo que te dije. Apenas haya algo yo iré a avisarle. Silvestre salió y la lluvia resonó sobre la lona embreada. Adiós, dijo al pasar frente al abuelo. Adiós, respondió éste, saludos a Mime. El abuelo siguió a Silvestre con la vista, hasta que desapareció detrás de las piñuelas de la cerca. Ya es un hombre, pensó; pareciera que fue ayer que enterramos a la finada Emilia y Rosita tuvo que amamantarlo. Isidoro (hermano de la abuela y de Nena, marido de Rosita) quería que se lo dieran del todo, pero Mime se opuso. A cambio de la hija, Dios me deja al nieto; me servirá de compañero, dijo el día que Isidoro le habló del asunto. Rosita lo amamantó tres meses y después tomó leche de vaca negra. Todos estos años ha estado con la viejita. Y cuando Julián (hermano menor de la abuela) tome obligación y se vaya, Silvestre seguirá acompañando a Mime hasta la muerte. Un quejido más fuerte que los anteriores, casi un grito, volvió al abuelo a la realidad. Si hay que llevar a Ninfa a la estación, será un problema reunir gente, pensó: Faustino (hijo segundo de la abuela) no vendrá hasta el mediodía y Milton (hermano menor de mi madre; la abuela lo había mandado al amanecer a la tienda, distante cinco millas) es demasiado chico; habría que decirle a Isidoro, a Candelario (hijo de Isidoro) y a Silvestre. Ya serían cuatro. Pero faltaría el relevo que se encargara de los caballos. Si no me hiciera daño mojarme... Y las quebradas deben estar hondas; antes de que comenzara a llover estaban crecidas. Vio que el agua había borrado las últimas figuras que había hecho, pero no le dio importancia. Ojalá no sea menester llevarla, pensó y caminó hasta un extremo del portal y orinó en la zanja de las goteras. Tengo miedo, tía, dijo mi madre. Cálmate; los dolores son buena señal y yo estoy contigo; no tienes por qué tener miedo. La Tía palpó el vientre de mi madre y se dijo que todo iba bien. Tal vez todavía tardara un rato, pero era casi seguro que no habría complicaciones. Mi madre sintió las manos de la Tía y se serenó; incluso quiso sonreírle. Era buena Tía Nena: a ella la había traído al

mundo y a Faustino y a Milton y a Lucrecia (la otra hija de la abuela; estaba donde Mime porque era demasiado joven para ayudar en un parto); los había traído a todos y todavía ahora... Su mano agarró la de la Tía, pero no pudo sonreír porque un espasmo prolongado paralizó sus nervios. Ahora los dolores eran mucho más intensos y se repetían cada pocos segundos; le parecían largos, interminables desgajamientos que le astillaban los huesos. ¡Ay, gritó, Roberto, me muero! Tía Nena observó las contorsiones y pensó que ahora sí era inminente el parto. ¡Goya, gritó, ten el agua lista! Sobre la otra cama que había en el cuarto dispuso las sabanitas, las tijeras y los trapos limpios; también puso sobre la cama el viejo platón lleno de flores blancas, celestes y rosadas, en que acostumbraba lavar a los recién nacidos. La abuela entró. ¿Traigo el agua ya? No, respondió Tía Nena, pero tenla lista; de un momento a otro será la cosa y debe estar bien caliente. La abuela buscó en la tablilla que había encima de la otra cama una bolsa de papel y de ésta extrajo una botella de bayrum y una lata de polvos para el cuerpo y las puso cerca del platón Esto es bueno para la criatura, dijo. Tía Nena asintió en silencio y regresó junto a mi madre. Ahora sí, hijita, dijo, puja con todas tus fuerzas; no dejes de hacerlo, por más que te duela. Tengo sed, dijo mi madre. Es mejor que no bebas ahora, aconsejó la Tía; después podrás tomar té. La abuela había regresado a la cocina. Goya, llamó Tía Nena, cierra la puerta del cuarto porque el viento de agua puede hacerle daño a Ninfa. La abuela cerró la puerta, sin entrar. El abuelo preguntó algo desde el portal, donde había vuelto a sentarse. Ya casi, respondió la abuela mientras regresaba a la cocina. Puso más leña en el fogón del agua y disminuyó el fuego de la sopa. Luego, en tanto lavaba el arroz, elevó otra silenciosa plegaria a San Antonio. El abuelo tuvo un acceso de tos y al acabar escupió en el patio, más allá de las goteras. Las gotas finas disolvieron lentamente la saliva espesa y espumosa. Pensó que no debía estar tanto tiempo en el portal porque la humedad podía perjudicarlo, pero tampoco soportaba estar dentro de la casa: el sufrimiento de Ninfa era demasiado duro para tenerlo cerca. En el portal lo mortificaba; adentro hubiera sido como caminar sobre trozos de candela. La lluvia disminuyó y algunas

de las gallinas que estaban en el portal salieron a buscar lombrices. Una defecó en el extremo del portal y el abuelo le dio un golpe con la varita seca. La gallina cacareó y las otras también se asustaron y miraron hacia el abuelo. Después salió la de los pollos y éstos corrieron detrás y alrededor de la madre, hacia uno de los grandes árboles de mango, debajo del cual la tierra estaba limpia de hierba y había muchos huecos de lombrices. El abuelo los vio alejarse y recordó que a la abuela siempre le había gustado mucho criar pollos. Desde muy joven acostumbró tener una o más gallinas echadas, y cuando las propias gallinas no ponían suficientes huevos para completar una camada, los conseguía prestados; a veces incluso, si no conseguía de gallina, las echaba con huevos de pata o de pava. La abuela revolvió la sopa y probó el punto de sal. Faltaba poco para que estuviera lista. Le quitó la mayor parte de los tizones y los puso en el fogón en que cocinaría el arroz. Cuando Milton llegue, pensó, ya tendré la comida. Aunque el sol no había aparecido, calculaba que debían ser más de las nueve. El motor sube a las ocho para Palmira; Milton se fue como a las siete: antes de mediodía deberá haber vuelto. Puso a calentar el agua con la sal y la manteca, luego echó el arroz y acomodó los tizones. En el cuarto se oía a Tía Nena hablándole a Ninfa. La abuela recordó cómo había sufrido al darla a luz: la niña era grande y estaba demasiado gorda; ella tenía dieciocho años, era su primer parto y sentía que el mundo se acababa. Si no hubiera sido por Nena, pensó, yo tal vez no estaría aquí. Oyó que el abuelo espantaba a las gallinas y sonrió para sí. Un día de estos le diré: si no quiere que las gallinas ensucien, hágalas un excusado, pues. Imaginó la cara de disgusto que pondría. Cuando se disgustaba enrojecía y daba la impresión de que de un momento a otro la sangre le iba a brotar en las mejillas y en las orejas. En eso se parece al Tata Juan, pensó; también es así. Seguramente han sacado eso del francés. Cuentan que era un hombre muy blanco y muy bravo. Y muy terco también. Tuvo diecisiete hijos con la mamá Epifania, y quería dieciocho, pero ella no podía tener más, entonces él se dio a los demonios y dijo que ella no servía para nada, y estuvo cerca de un año sin hablarle. Era muy testarudo. Le volvió a hablar cuando estuvo a

punto de morir una de las hijas y el cura que vino de Dolega les dijo que tenían que hacer las paces para no aumentar los sufrimientos de la enferma. Con eso se ablandó. La muchacha se puso buena y todo anduvo bien hasta el verano siguiente. El francés se fue a las galleras de La Candelaria y allá decidió completar el número dieciocho con una mujercita de Caldera, carilinda y con ancas de avispa, que descifraba el destino con la baraja. Después se supo que tuvo un niño que murió a los días de nacido (las malas lenguas decían que la madre lo había ahogado); la mujer se perdió de vista y el francés sacó de ese capricho unos granitos rosados que nunca se le curaron. Algunas gallinas llegaron a la puerta de la cocina y la abuela les tiró al patio las cáscaras de las verduras. Mientras las gallinas picoteaban, la abuela tuvo una sensación de fatiga y recordó que en el desayuno sólo había tomado café. Se sirvió una totuma de maizena y la bebió a grandes sorbos en tanto atizaba el fogón del agua. Afuera, el humo de la cocina moteaba de azul la claridad gris, en la cual los árboles, agobiados por el agua, eran manchas verduzcas y difusas. La perra levantó la cabeza y miró hacia el portillo que había en la piñuela, a cien metros a la derecha de la entrada principal. Estaba atenta, como si esperara la aparición de alguien, pero luego volvió a reposar la cabeza sobre las patas delanteras. Uno de los cachorros despertó en ese momento y buscó la teta. La perra captó otra vez el ruido y nuevamente irguió la cabeza. Eran las pisadas de un caballo en el cascajal de la quebradita que dividía las tierras del abuelo y las de Chángele, el esposo de Tía Nena. La perra gruñó y esperó que asomara el caballo en el portillo, pero éste siguió de largo por el camino real y poco después se oyeron voces en la puerta del cerco de Mime. La perra se desentendió del caballo, olió al cachorro que mamaba y pronto estuvo dormida. Donde Mime sonaron las trancas de la puerta y las voces dejaron de oirse. El abuelo dijo: ¿Dónde estaría Isidoro?; creo que él fue el que llegó a donde Mime. Quién sabe, dijo la abuela desde la cocina; tal vez vendría de donde Gabriel. Rosita me dijo que Gabriel quiere comprarle el cerco que era del difunto Rufo. Pudiera ser, dijo el abuelo. Seguía sentado en la sillita, pero ya no dibujaba; ahora su atención estaba puesta en lo que suce-

día en el cuarto. Oía la voz de la tía Nena y los quejidos de mi madre y rogaba porque todo acabara pronto. Recordó la noche en que abuela tuvo a Ninfa. Él había querido estar cerca para ayudar en lo que pudiera, pero Mime y Nena se opusieron. Estas son cosas de mujeres, dijo Mime; usted espere afuera, que si hace falta lo llamamos. Y él estuvo sentado en la oscuridad, en el mismo sitio donde estaba ahora, viendo pasar las horas, con los gritos de la abuela clavándole en el cuerpo. Después, a eso de medianoche, apareció la luna sobre la cordillera del saliente y su reflejo engendró criaturas extrañas en el follaje negro del mango, movido por el viento del norte. Era diciembre y había más estrellas que en ninguna otra época del año. Una de las veces que salió a orinar, miró el cielo y vio una estrella fugaz. Había oído decir que esas estrellas nunca caen sobre la tierra porque son almas perdidas que habitan en el mar. Pensó que él nunca había visto el mar y, de pronto, lo imaginó como un gran río de cuatro orillas. Cuando él era muy chico, el indio Belisario trabajaba para el Tata Juan. Belisario era un hombre ya viejo que había salido pequeño de su pueblo, al que jamás había vuelto. ¿A qué vuelvo?, decía cuando le tocaban el tema; allá sólo quedan ánimas. Ya nadie vive en el lugar donde nací; todos se han muerto, o se han ido, que es casi la misma vaina. A primera noche, concluida la jornada, Belisario conversaba con los demás peones en el corral y afirmaba haber estado muchas veces en el mar; hablaba de tiburones, de balandros y de otras cosas que ninguno de sus oyentes había visto nunca ni sospechaba que existieran. El mar es un río redondo y salado, decía Belisario, pero uno sólo puede ver una de sus orillas; las otras nadie las ha visto. Dicen que en ellas también vive gente como nosotros, pero nadie ha visto a esa gente. Por mi parte, creo que sí puede haber algo en esas orillas y me gustaría conocerlas algún día. El abuelo escuchaba embelesado a Belisario, hasta que éste ponía fin a sus historias con un salivazo chocolate, daba las buenas noches y caminaba parsimoniosamente hacia la barraca donde dormía con los otros peones. En esa época, muchas noches el abuelo se durmió pensando en las orillas del mar; y años después, ya grande, quiso ir al mar a buscar pescado para la cuaresma, pero el Tata Juan lo disuadió. En el mar hay

muchas enfermedades, dijo; yo nunca he ido allá, pero don Luigi (su padre, presumiblemente italiano, aunque llamado el Francés) me habló de éso cuando estuve en edad de entender las cosas; me contó que en el mar están las mentadas sirenas, que son causa de muchos males. El abuelo no hizo el viaje: un deseo del Tata Juan era una orden inapelable para su mujer, para sus hijos y hasta para sus animales. Luego, poco antes de casarse con la abuela, oyó decir que un hombre de Guacá había cruzado el mar en una canoa más grande que una casa y que echaba humo como un tren. Eso le pareció pura fantasía de tunantes y dejó de pensar en el mar. Sin embargo, esa noche en que nació Ninfa volvió a pensar en el mar y, sin explicarse cómo ni por qué, resolvió que era un río de cuatro orillas. Ahora no había estrellas ni luna ni tenía ganas de pensar en el mar, tal vez porque ya no era joven o porque el asma y la lluvia le hacían más doloroso el sufrimiento de Ninfa. Bueno, pensó, que sea lo que Dios quiera, pero que todo acabe pronto y no haya necesidad de llevarla a la estación. Se sonó la nariz con el pañuelo de bolas mientras oía a Nena mover cosas en el cuarto. La lluvia casi había cesado y una ligera brisa desprendía las gotas depositadas en las hojas de los árboles. Los pollos habían encontrado algunas lombrices debajo del mango y se las disputaban en medio de agudos chillidos. La madre descubrió un hueco donde había varias y cloqueó llamándolos. Los pollos abandonaron las primeras y se precipitaron sobre las segundas; cuando acabaron con ellas, la gallina los guió hacia donde había un tronco podrido y comenzó a escarbar en la tierra suelta y mojada. Tres orugas gordas y blancuzcas aparecieron retorciéndose y los pollos las devoraron. La gallina los vio comérselas y después los apartó y siguió escarbando. El arroz había consumido el agua; la abuela lo tapó y le sacó los tizones, dejándolo sólo al calor de las brasas. Luego fue al cuarto. La tía estaba acomodando las piernas de mi madre. La cosa será en cualquier momento, comentó. La abuela asintió en silencio y permaneció quieta, cerca de la puerta. Veía a mi madre retorcerse y hacer fuerza y una fugaz preocupación puso arrugas en su cara. Después contempló la imagen de San Antonio que había encima del tocador, delante de la cual estaba encendido un candil de sebo, y rezó sin

mover los labios. Oyó al abuelo sonarse la nariz y fue a preguntarle si quería más té. Dentro de un rato, dijo el abuelo sin mirarla. Ella miró hacia la puerta del cerco y dijo: las quebradas deben estar muy crecidas. Él aprobó con un gruñido. Ha caído mucha agua, agregó; ¿cuándo escampará? Ambos escrutaron el cielo del sur por entre las ramas de los cedros. Quién sabe, dijo ella; Dios y la virgen quieran que pronto. No hablaron más y el abuelo se atuzó los bigotes. La abuela comprendió que el abuelo estaba preocupado por lo mismo que ella. Me avisa cuando quiere el té, dijo y regresó a la cocina. La abuela oyó la saloma de Milton cuando éste aún estaba lejos. Debe venir por el Camino Oscuro, pensó. Destapó el arroz y comprobó que estaba listo. La saloma de Milton se unía al zumbido del río en la calma gris. La abuela oyó las pisadas de la yegua en el pedregal, al bajar la loma de la quebradita, luego el chapoteo en el vado y de nuevo las pisadas firmes en el cascajo de la pendiente opuesta; después, percibió el trote fuera de la piñuela y, ya con toda claridad, los golpes de las trancas al abrir Milton la puerta del cerco. Milton traía la silla cubierta con una lona embreada y el cuerpo de la yegua despedía vapor. La abuela salió al portal, de la cocina. Milton detuvo la yegua junto a las goteras y soltó de la silla el saco que contenía las compras. La abuela lo tomó. ¿Traes todo lo que te encargué?, preguntó. Sí, pero las sardinas son de otra marca. ¿Te despachó doña Nelly? No, Riche; doña Nelly estaba acostada; parece que tiene catarro. Bueno, desensilla y ven a tomar maizena. Milton condujo la yegua hasta el portalito trasero, donde el abuelo guardaba las monturas y los aparejos de carga. Dejó la silla en su sitio y soltó la yegua en la cuadra de hierba. En la cocina, se sentó junto a la puerta y esperó a que la abuela le sirviera la maizena. El agua me dio fatiga, dijo. Había hecho casi todo el camino bajo la lluvia. Había habido pequeñas bonanzas pero no había visto el sol. Las nubes cubrían el cielo en todas las direcciones; no se veían los cerros ni la costa y de las hondonadas, durante las bonanzas, surgían columnas de neblina. La abuela le dio la maizena y bebió sin respirar. ¿Cómo ha seguido Ninfafa?, preguntó al terminarla. Igual; Nena está con ella, respondió la abuela mientras tomaba la totuma y la ponía en la batea de los trastos sucios.

La comida está ya; ¿la quieres de una vez o esperas un rato? Esperaré a que baje la maizena. ¿Riche no te dijo nada de la cuenta?, preguntó la abuela. En la tienda estaban dos muchachos de Cochea y un hombre que Milton no conocía. Cada uno tenía una bolsa colgada del hombro y Riche conversaba con el hombre acerca del mal tiempo y de unas novillas cebú que doña Nelly había comprado a un ganadero de Bijagual. Me dijo que le dijera a papá que debemos doce dólares, respondió Milton. Habrá que abonar algo, dijo la abuela. El abuelo llevaba dos semanas sin poder trabajar. Si sigue enfermo, habrá que venderle un novillo a doña Nelly, pensó la abuela. ¿El domingo que estuviste en el Jagüita viste al monguto? ¿Se podrá vender? ¿No está muy flaco? Milton meditó antes de contestar: Está un poco delgado; creo que tiene mejor estado el careto. Por ese podría darnos cuarenta dólares, pensó la abuela; con eso se aliviaría la situación por un tiempo. En ese momento oyó un grito de mi madre. La brisa había dejado de soplar y las gotas de lluvia volvían a ser gruesas. El abuelo las veía caer con intensidad creciente en la zanja de las goteras y en la tierra pelada del patio. Había observado a Milton desmontar para abrir la puerta, cerrarla, montar de nuevo y pasar hacia la cocina; había seguido todos sus movimientos y luego había intentado captar la conversación con la abuela, pero los quejidos de mi madre y ahora el sonido de la lluvia en el zinc ahogaban las voces. Sin embargo, creía haber escuchado que la abuela hablaba de vender un novillo. En los últimos dos años habían vendido cinco reses y la peste había matado tres; quedaban catorce. Una ráfaga de preocupación lo agitó. Si el asma seguía molestándolo... Faustino aún era demasiado joven para afrontar todas las responsabilidades de la casa; y al Tata Juan no podía pedirle ayuda, porque estaba muerto; y ni aunque hubiera estado vivo habría podido hacerlo: desde que hizo testamento, todos los días anunciaba que pronto moriría y prohibió que alguien le pidiera algo; además estipuló que nadie tocara nada de la herencia hasta que él no tuviera un mes de sepultado. No quiero que mis hijos parezcan gallotes, decía, que les sacan los ojos a las bestias todavía estando vivas, señor, que esperen y aguanten, que mi hora no demora. El abuelo frunció los labios y se acarició el bigote: ni en las

proximidades de la muerte cambió el Tata Juan su modo de ser. Milton oyó el grito y no preguntó nada. Permaneció un rato mirando hacia el camino y luego fue a donde el abuelo y se sentó en el quicio. ¿Cómo sigue usted?, preguntó. Un poco mejor; ¿cómo te fue por la tienda? Bien, dijo Milton. El abuelo volvió a toser. Milton quitó la vista para no ver su cara congestionada y sus ojos llorosos. El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza ¿Por qué no toma una cucharada de jarabe?, preguntó Milton. Ya tomé, respondió el abuelo, casi sin aire. Pasó el espasmo y ambos continuaron callados. Milton oía el silbido trabajoso de la respiración del abuelo. Tal vez haya que buscar gente para llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo al rato. Milton esperó que continuara. Faustino ya no demora y donde Mime están Isidoro y Silvestre; habría que decirle a Canducho y a algún otro; quizá Chángel pudiera ir... Yo podría, dijo Milton. No, estás muy chico, dijo el abuelo; sólo servirías para llevar los caballos, no para relevar a los cargadores. ¿Quiere que vaya a avisarles? preguntó Milton. No, hay que esperar; Nena es la que decide, dijo el abuelo. Un nuevo acceso de tos le impidió seguir hablando. Cuando pasó, respiró hondo, con la boca entreabierta para tomar más aire. Ahora llovía más fuerte y la gallina y los pollos regresaron al portal. Los pollos pasaron debajo de la silleta del abuelo y Milton agarró uno. Tenía el buche tibio y lleno. La gallina cloqueó y quiso picar a Milton; éste la espantó con el sombrero y luego soltó el pollo, que corrió a acomodarse con la madre y los hermanos junto a la pared. La abuela llegó a la cocina y vio a los pollos desaparecer debajo de la madre. ¿Quiere más té o le traigo ya la comida?, preguntó al abuelo. Mejor té, dijo el abuelo; todavía no siento hambre. ¿Y tú?, preguntó a Milton. Tampoco quiero todavía. Hoy nadie tiene hambre, se dijo la abuela y fue a buscar el té. ¡Milton! llamó desde la cocina, ven a llevarle el té a tu papá. Milton entró en la cocina. La abuela estaba parada en el centro, con una totuma vacía en la mano. ¿Le dijiste lo de la cuenta?, preguntó en voz baja. No, dijo Milton. No le digas nada. La abuela sirvió té de una jarra de tagua azul y le dio la totuma a Milton. Aquí tiene, dijo Milton al abuelo. Éste sopló el té humeante y luego bebió un largo trago. Sentía que la infu-

sión de hojas de guanábano aliviaba su garganta, irritada por la tos. Los truenos habían dejado de oírse y ahora volvieron a retumbar por el sur, apagados y lejanos. En Dolega también debe estar lloviendo, pensó el abuelo. Las tormentas casi siempre venían del sur, precedidas de un viento frío. Si uno estaba en la estación o en el llano o en cualquier sitio despejado, podía ver la tormenta en el horizonte; parecía una cortina de hilos muy finos, colgada de las nubes; y si uno observaba bien, podía ver cómo se aproximaba mientras las masas de nubes iban juntándose hasta cerrar el cielo. En la soledad del llano, la tormenta ahogaba la luz y también parecía querer ahogarlo a uno. Las primeras gotas eran gruesas, espaciadas y muy frías; después, el diluvio se cerraba y el mundo desaparecía en un limbo cenizo. El caballo había dejado de comer y estaba parado debajo de un naranjo. Cuando escampe, cortas unas cañas y se las echas al caballo; desde antayer no come caña, dijo el abuelo a Milton. ¿Se las doy con cáscara o peladas? Mejor pícaselas; así no desperdicia nada. El caballo tenía más de diez años, pero aún se veía fuerte; ahora estaba con una pata floja y los ojos cerrados. Mi madre gritó: ¡Roberto! y entrevió, como si estuvieran allí, pero velados, una sonrisa y un rostro; casi que sintió otro cuerpo junto al suyo, y su piel revivió palabras dichas mucho antes y caricias largas y lentas en el sonido de la lluvia. Debajo del dolor vibraban voces y recuerdos de otros sudores, de otros días, de otras noches de agua o de luna; los dolores de ahora prolongaban aquel, fugaz, de una tarde junto al río Majagua, cuando abrió su piel a otra piel ardorosa y a la vida que ahora, ¿cuándo, Dios, cuándo?, nacería. Tía Nena decía: no te desesperes y haz lo que te digo. Mi madre procuraba seguir sus indicaciones, aunque le parecía que el dolor no estaba sólo en el vientre, porque sentía agujas clavadas en todo el cuerpo. De pronto se le ocurrió que no debía estar sola con la Tía, que él debía estar acompañándola; así ella no sentiría los dolores sino la ansiedad gozosa de ambos por lo que estaba a punto de ocurrir. Tengo sed, dijo; no puedo más. Espera, dijo Tía Nena; espera, hijita, que falta muy poco. La abuela estaba dándole de comer a la perra cuando Faustino asomó en la puerta del cerco cubriéndose con una lona. El abuelo lo vio y dijo: viene Faustino. Ya lo

había visto, contestó la abuela. Milton siguió sentado en el quicio, viéndolo aproximarse. ¿Te fue bien? preguntó el abuelo. No pudimos hacer mucho, dijo Faustino; el agua no dejaba abrir los huecos para los postes. Debían tender quinientas brazas de alambrada y apenas habían tendido cien. No desensilles el caballo, por si hay que llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo. ¿Se puso mal?, preguntó Faustino. Sí, dijo el abuelo; poco después de que te fuiste. Faustino amarró el caballo en el calabazo próximo y tapó bien la silla con la lona y caminó hacia la cocina. En la oreja de un horcón colgó la bolsa en que llevaba al trabajo la totuma y la raspadura. ¿Quieres comida o maizena?, preguntó la abuela. Maizena, respondió sentado junto a la puerta. La perra había terminado de comer y los cachorros retozaban con ella en el nido. ¿Soltaste el caballo?, preguntó la abuela. No, está amarrado en el calabazo. Yo creo que no va a ser necesario llevarla, dijo la abuela; le he ofrecido una manda a San Antonio. Las quebradas están hondas, dijo Faustino; en la de Ismaela el agua tapa los estribos y en la otra me mojó los peleros. Ahora llovía muy fuerte y la luz del mediodía agonizaba en las hojas de los árboles. Algunas gallinas habían buscado refugio en el portal de la cocina y uno de los cachorros se acercó olisqueando a ellas; una le dio un picotazo en la cabeza, el perrito chilló y la perra, enfurecida, las ahuyentó del portal y tuvieron que buscar amparo en los aleros de la otra casa. La lluvia había vuelto a formar arroyos en la sabana y la zanja de las goteras se desbordaba. Si sigue lloviendo así, no podremos trabajar mañana, dijo Faustino, que miraba hacia afuera con la totuma vacía en las manos. La abuela iba a comentar algo pero en ese momento, después de haberse apagado el estampido de un trueno, oyó el grito largo y hondo, desgarrado, de mi madre. ¡Goya, trae el agua!, gritó Tía Nena. La abuela y Faustino dejaron en el cuarto la paila humeante. Ten listas las tijeras, dijo la Tía. La abuela tomó las tijeras, les echó agua caliente, las secó con un trapo limpio y las puso junto a las sabanitas. Pon a calentar más agua en la olla azul, ordenó a Faustino y se aproximó a la cama de mi madre. Ya no habrá que ir a la estación; bendita sea la Divina Providencia, pensó y miró agradecida la imagen de San Antonio. El abuelo y Milton miraban la lluvia sin

hablar. Se habían formado charcos en las depresiones de la sabana y el abuelo se preguntó de dónde sacaría el cielo tanta agua: en cuatro días, prácticamente no había cesado de llover. Lo acometió un acceso de tos y Milton tuvo la sensación de que su propio pecho estaba a punto de estallar; le parecía que en la fatigosa respiración del abuelo había como una renuncia a la vida. De pronto oyó el grito de Ninfa y el miedo le enfrió los huesos, sin que supiera por qué. El abuelo también lo escuchó, apagado por la tos, y sin que tampoco supiera por qué se sintió contento. Ese grito había sonado distinto a los anteriores: parecía brotado de la sangre. Cuando pasó la tos, llamó a la abuela. Ahora voy, respondió ella desde el cuarto. Y en ese mismo instante mi primer llanto se mezcló con el sonido de la lluvia en el zinc, con el estornudo del caballo amarrado en el calabazo y con el lejano zumbido del río. El abuelo sonrió en silencio y, como si repentinamente se hubiera librado de una carga muy pesada, aspiró hondo y miró la lluvia, los cedros, su viejo caballo februno y a Milton. La familia está creciendo, comentó luego. Sí, dijo Milton. Y, sin decir más nada, el abuelo agarró la varita seca y de nuevo comenzó a dibujar figuras en el suelo.

Enrique Jaramillo Levy

## La figura

*Los inválidos, los deformes, nos turban  
espiritualmente porque son la prefigura-  
ción de una de nuestras posibilidades:*

Salvador Elizondo,  
en **Cuaderno de Escritura**.

**E**stuvo pendiente, de una manera casi visceral, del repiqueteo leve de la lluvia sobre el vidrio, hasta que la figura de Alma adquirió una textura tan real que hubiese podido extender la mano y palparla, como si en lugar de ser una alucinación, ella estuviera realmente allí, de pie frente a su silla de ruedas, al igual que otras noches de lluvia, mirándolo fumar distraídamente su pipa.

El cabello negro de la muchacha despedía siempre un nítido olor a violetas que él aspiraba, fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir a pesar de su esfuerzo por no cambiar la dirección de la mirada, fija en los goterones que escurrían por el cristal. El sonido peculiar de esa lluvia interminable de los trópicos lograba amplificarse entonces de tal forma en su cerebro a fuerza de concentración, que las palabras que Alma pronunciaba por distraerlo un poco no llegaban a ser más que vagos murmullos.

Y no obstante esa actitud suya, ella insistía en quedarse acompañándolo hasta que lo vencía el sueño y dejaba de oír la lluvia y las palabras con la cabeza doblada sobre el pecho. En seguida, evocaba

---

ENRIQUE JARAMILLO LEVY (1944), obra: *Catalepsis* (1965), *Duplicaciones* (1973), *El búho que dejó de latir* (1974), *Renuncia al tiempo* (1975) y *Ahora que soy él* (1985).

las veces que corría alegremente tras Alma en una playa solitaria, hasta que le daba alcance y caía jadeante sobre aquella risa que estallaba contagiándolo. Pero escenas como ésta no duraban, porque de pronto un grupo de estudiantes de la edad de Alma se la arrancan de los brazos y comienzan a patearlo en el suelo, gritándole viejo sátiro. Al despertar lleno de angustia ya ella se había marchado.

Enrique tenía ahora la impresión de oír otra vez su voz a través del chocar intermitente del agua contra ese cristal empañado, que no le dejaba ver el jardín que Alma atendía antes con tanto esmero cuando él quedó inválido por la enfermedad. La sensación de aquella presencia se hizo más rotunda cuando dejó de estar atento a la lluvia y comprobó que dentro de su cabeza se estaban articulando, efectivamente, palabras ajenas a su voluntad, y que a pocos metros de la silla de ruedas, una silueta, que él había ubicado sólo en su imaginación, comenzaba a materializarse.

“Te dije una vez que siempre estaría aquí para cuidarte”, comprendió que decía la voz en su cerebro. “Fue un accidente. No tuviste la culpa”.

Cuando Alma era un cuerpo hermoso, del que no quedaba parte alguna por explorar, no había tenido jamás la realidad obsesiva de esta figura que ahora le permitía ver, con una claridad que perdiera horas atrás el vidrio, las cosas que permanecían al fondo del cuarto. Así pudo distinguir, directamente detrás de la silueta, la mecedora donde él solía balancearse con Alma sentada en sus rodillas, complaciente. Y viendo cómo cumplía ahora la promesa de estar siempre a su lado, tuvo ganas de hacer girar las ruedas hasta quedar junto a ella y decirle: “Siéntate como antes en mis piernas, chiquilla mía!”

No lo hizo porque Alma estaba muerta y él pensaba que esa presencia no era más que otra señal de su demoleadora tristeza. Entonces escuchó nuevamente, como si fuera la confirmación deseada, una coherencia de palabras que cobraron significación inmediata en su cabeza: “Estoy contigo, Enrique... No lo estás imaginando”.

El olor a violetas se intensificó en seguida y Enrique no pudo resistir la tentación de tratar de palpar aquella figura que no dejaba que sus

ojos se detuvieran en ella. Si Alma estaba allí, si había vuelto asegurándole que él no tuvo la culpa, sólo podía ser porque la pobre ignoraba realmente la fuerza asesina que los celos lograron engendrar en su ánimo, después de verse condenado a una invalidez permanente. No le bastó después con los cuidados de la muchacha, con las noches de lluvia que permaneció a su lado. El sabía que por las tardes se iba de paseo al campo con chicos de su edad, que las faldas cortas y las blusas apretadas ya no eran para él. Y por eso la había hecho rodar por las escaleras en un momento de ira, por eso se acercaba ahora a esta presencia, que milagrosamente regresaba a él para cuidarlo. Tenía que decirle la verdad, pedirle perdón abrazado a su cintura. Ya no soportaba más la culpa.

Por más que dirigía la silla hacia la figura de Alma, no alcanzaba a disminuir los pocos metros que lo habían separado de ella desde el principio. Aunque no percibía ya palabras articulándose en el cerebro, continuaba recibiendo el fuerte olor a violetas que provenía de aquel cabello negro que era lo único conciso en el rielar incansable de la silueta.

Quiso acabar con las dudas que otra vez agujoneaban su empeño y, para probarse que no estaba imaginando cosas, aceleró súbitamente el movimiento de sus manos sobre las ruedas en un afanoso intento de apresar la aparición antes de que se esfumara.

Penetró en la oscuridad y allí quedó, frenético en su silla, dando vueltas y más vueltas con los brazos extendidos.

# Índice

9	PRESENTACIÓN
	<p style="text-align: center;">Rodrigo Miró <b>El cuento en Panamá</b></p>
21	EL CUENTO EN PANAMÁ, RESEÑA HISTÓRICA
	<b>PRELUDIO COLONIAL</b>
39	EL PRIMER CUENTO PANAMEÑO
41	Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: <i>Del caso experimentador de la grandísima habilidad que tuvo un vecino de la ciudad de Panamá en nadar</i>
	<b>ALGUNOS CUENTOS REPRESENTATIVOS</b>
47	Salomón Ponce Aguilera: <i>La apuesta</i>
55	Darío Herrera: <i>La zamacueca</i>
60	Ricardo Miró: <i>El Jesús malo</i>
70	Gaspar Octavio Hernández: <i>Edénica</i>
73	Joaquín Darío Jaén: <i>El hombre que no tuvo la culpa</i>
80	Ignacio de J. Valdés Jr.: <i>Cásate, hijo, cástate</i>
84	José María Núñez: <i>Un hombre</i>
88	Gil Blas Tejeira: <i>Salomé</i>
93	Graciela Rojas Sucre: <i>Fonchíngale</i>
104	Rodolfo Aguilera Jr.: <i>Rodríguez</i>
108	Rogelio Sinán: <i>A la orilla de las estatuas maduras</i>
120	Roque Javier Laurenza: <i>Muerte y transfiguración de Emiliano García</i>

133	Manuel Ferrer Valdés: <i>La novia de octubre</i>
143	Julio B. Sosa: <i>Se llamará Jesús</i>
155	José María Sánchez B.: <i>Ino</i>
165	César A. Candanedo: <i>La plata manda</i>
171	Tobías Díaz Blaitry: <i>El loco</i>
181	Mario Augusto Rodríguez: <i>Sequía</i>
189	Ramón H. Jurado: <i>Piedra</i>
197	Juan O. Díaz Lewis: <i>Viernes Santo Bautista</i>
209	Carlos Francisco Changmarín: <i>Seis madres</i>
233	BIBLIOGRAFÍA DEL CUENTO Y LA NOVELA PANAMEÑOS

Franz García de Paredes  
**Panamá: cuentos escogidos**

249	PRÓLOGO
253	Darío Herrera: <i>La nueva Leda</i>
258	Rogelio Sinán: <i>La boina roja</i>
281	Manuel Ferrer Valdés: <i>Los alacranes</i>
285	César A. Candanedo: <i>El cerquero</i>
304	José María Sánchez Borbón: <i>La muerte de Nicanor</i>
309	Ramón H. Jurado: <i>Herenia, la lejana</i>
315	Boris Zachrisson: “ <i>El arete</i> ”
319	Ernesto Endara: <i>La renuncia</i>
341	Justo Arroyo: <i>Revelación</i>
349	Rosa María Britton: <i>Apartamento Uno. ¿Quién inventó el mambo?</i>
355	Pedro Rivera: <i>Knock Out</i>
359	Dimas Lidio Pittí: <i>Los caballos estornudan en la lluvia</i>
377	Enrique Jaramillo Levy: <i>La figura</i>

## *Biblioteca de la Nacionalidad*

### TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.  
**El Estado Federal de Panamá**, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.  
**Panamá: Cuentos escogidos**, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.  
**Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá**, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.  
**Panameñismos**, Baltasar Isaza Calderón.  
**Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular**, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.  
**Historia de la instrucción pública en Panamá**, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.  
**Formas ideológicas de la nación panameña**, Ricaurte Soler.  
**Papel histórico de los grupos humanos de Panamá**, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.  
**Compendio de historia de Panamá**, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.  
**Tradiciones y leyendas panameñas**, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.  
**Luna verde**, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.  
**Sin fecha fija**, Isis Tejeira.  
**El último juego**, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.  
**El ahogado**, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.  
**Manosanta**, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.  
**Estación de navegantes**, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.  
**El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia**, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.  
**El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.**
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.  
**La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes**, Ismael Ortega B.  
**La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación**, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.  
**Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño**, Hernando Franco Muñoz.  
**El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha**, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.  
**Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio**, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,  
como testimonio de lealtad a su legado  
y de compromiso indolegable  
con el destino soberano de la Patria.